

XAVI DAURA



Una novela muy española.

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Cita
Quién es quién
Lunes
Cómo se gana una liga
Playa Bávaro, 1991
El entrenamiento
La cerveza más amarga
Dejar de jugar
¿Qué hora es? La hora del triunfador
Osaka
Rafael Bravo: El mito
Llorando en la cantina Azteca
Mi casa es la tuya
Los presidentes hablan de Rafael Bravo
Agradecimientos
Xavi Daura
Notas
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Rafael Bravo se prepara para ser el seleccionador de España en el Mundial de Rusia. Ahora sus hombros deben soportar el peso de la mayor responsabilidad que puede recaer sobre un español. El orgullo y el futuro de toda una nación están en sus manos.

Una larga carrera como futbolista y entrenador lo avalan. Solo hay un problemilla: el día que recibe la noticia se desploma por un ataque de ansiedad. A partir de ese momento el contador empieza a correr y tiene menos de un mes para descubrir qué le está pasando. Para revivir junto al lector su disparatada infancia en Extremadura, sus primeros años de correrías futbolísticas, su ardiente matrimonio e inevitable divorcio, su surreal retirada en Japón... A su lado, la doctora Angulo, psicóloga especializada en deportistas, y Marta Prieto, relaciones públicas de la selección, no descansarán hasta verle preparado. Hay que echarle cojones, Rafael. El éxito aguarda al otro lado.

En esta novela, Xavi Daura usa el humor y la hipérbole para dar voz a un personaje a medio camino entre José Luis Torrente y Tony Soprano. El resultado es una historia para leerse a carcajada limpia sobre un macho ibérico tan reprochable como inolvidable.

BRAVO

Xavi Daura



Baila, baila, baila... o muere

Loca, SHAKIRA

Quién es quién

Quiero dejar claro algo desde el principio: soy un tío cojonudo.

Mi vida ha sido una serie imparable de buenas decisiones tomadas en todo momento desde mis cojones, los mejores consejeros que tengo. Que cualquier hombre puede tener, me atrevo a decir. Dos pelotas perfectas en las que hay que confiar ciegamente porque saben lo que es mejor para nosotros, aunque parezca arriesgado, peligroso o incluso mortal. Son como el ángel y el demonio que salen cuando algún personaje de tebeo tiene un dilema, aunque en su caso ellos siempre están de acuerdo en todo. Es decir, son el doble de efectivos. Imparables.

Sin dudas, sin miedos.

Somos un EQUIPO.

Me llamo Rafael Bravo y soy entrenador de fútbol en Primera División. En otras palabras: tengo el trabajo más importante al que puede aspirar nadie en este país. Más que astronauta.

Ser entrenador de fútbol significa representar a una afición, una ciudad, una forma de ser. Un entrenador representa a una nación entera, con su bandera, su presidente y sus bebés. Bien, pues ese soy yo.

Algunas cosas sobre mí: tengo cuarenta y ocho años y me gusta lo que a cualquier español de a pie. A saber: el cachondeo lo primero, comer bien, beber y santiguarme al pisar cualquier campo de fútbol, vaya a jugar o no. Dicen que Dios está en todas partes, pero yo tengo la certeza de que está más en los campos de fútbol. Por lo menos, el Dios español.

Me siento muy cómodo en el vagón-cafetería del AVE, no entiendo el vagón silencioso. Amo el dinero, pero detesto las moneditas de céntimos.

Me divorcié de mi mujer hace catorce años y tengo tres hijos con ella. Trillizos, salieron de golpe.

He estrechado la mano del rey cuatro veces en mi vida y he cenado con tres presidentes distintos. De hecho, esta semana ceno con el cuarto. Tengo un trato publicitario con la marca de relojes Viceroy, aunque a mí me gustaría que fuese con Omega, ¡qué le vamos a hacer!

Escribo toda esta morralla porque he tenido que empezar a hacer terapia y este es el primer ejercicio que me ha mandado la psicóloga, la doctora Angulo. Tengo que escribir un diario como si fuese una niña, ya ves tú.

Todo empezó hace aproximadamente un mes, cuando la Federación anunció que el valenciano Roberto Solana iba a ser el nuevo seleccionador de España. Muy buen entrenador, relativamente joven pero que ha sabido liderar durante casi una década al equipo más entregado que he visto en todos mis años en el fútbol.

Todo fue bien hasta que tres días después salió a la luz un caso muy grave de evasión de impuestos que implicaba a Solana y a todo su antiguo club. Todos. No es una forma de hablar; todos los trabajadores de ese club estaban implicados. Por lo visto, nadie pagaba impuestos en ese equipo; era algo que simplemente no iba con ellos, declararon. Y lo decían en serio, no era una defensa. Se habían olvidado de pagar impuestos desde 2005, cuando se jubiló el gestor del club. A nadie le caía demasiado bien ese hombre, así que no se preocuparon de poner a otro en su lugar. No querían a otro tío bajonero recordándoles que había que pagar tasas, justificar gastos, hacer declaraciones de la renta... Ellos solo querían jugar a fútbol.

Durante todos estos años han ido jugando y cobrando millones de euros por ello; millones que iban directamente a sus bolsillos, con los que luego pagaban *en mano* a cada uno de los jugadores y al personal. No había ni bruto ni neto, la cifra que veían era la que tenían. Y, como el club era mucho más feliz así, nadie hacía preguntas. Entre todos los clubes de Primera División, ellos eran famosos por su buen carácter y su aparente paz interior. Era como ver jugar a un equipo de vacas Kobe, tan relajados y con la cabeza despejada.

Recuerdo que cada jugador llegaba a los partidos en su propio helicóptero privado, vestidos con abrigo de pieles y andando con cetros de oro, mientras los entrenadores y directivos hablaban muy animados de todos los negocios de construcción en los que estaban metidos. No entendían cómo no existían muchas más empresas constructoras, con lo fácil y rentable que era.

Jugar en su campo era muy divertido porque eran el único equipo de fútbol con *cheerleaders* y fuegos artificiales para la media parte. Si terminaban ganando el partido, para celebrarlo disparaban cañones llenos de billetes de cincuenta euros al público. En la vida he visto una afición más entregada.

A todos nos parecía que vivían en un mundo de fantasía... y resulta que simplemente no estaban pagando impuestos. Los mandaron inmediatamente a la cárcel (a todos) y lo único que declaró Solana fue: «No me arrepiento de nada, han sido los años más felices de mi vida».

Así que la Federación tuvo que recurrir a una segunda opción: Fernando Cáceres, de La Rioja.

Fernando duró un poco más, llegó a cumplir una semana entera como seleccionador, hasta que en la entrevista que le hicieron en *Los desayunos de TVE* declaró que el fútbol femenino le parecía una «puta parodia».

Tal cual.

Lo más jodido es que nadie le preguntó por ello. Soltó esa perla de la nada, sin más.

Estaban al final de la entrevista, casi fuera de tiempo, y el presentador iba despidiendo ya a sus contertulianos cuando Fernando dijo: «Y que quede claro algo: el fútbol femenino me parece una puta parodia», como si fuese algo que se había anotado en la mano y casi se le olvida decirlo. Obviamente, el presentador reaccionó con un «¿disculpe?» creyendo que lo había entendido mal, y Fernando continuó con una sonrisa en la cara: «Pues eso, que últimamente hay mucha reivindicación feminista y todo eso... y, bueno, yo entiendo que las mujeres tienen que poder defender la suya... pero que el fútbol no lo toquen, por favor».

El presentador, atónito, no dejaba de echar miradas fuera de cámara. «Pero todo esto... ¿lo está usted diciendo en serio? ¿Aquí, ante las cámaras de Televisión Española, que están funcionando perfectamente y emitiendo en directo?»

El equipo técnico reaccionó llamando a enfermería porque creían que al invitado le estaba dando un derrame cerebral.

Se lio una buena.

Incluso el presidente del Gobierno tuvo que posicionarse en contra de Fernando públicamente. Con lo que, en efecto, la Federación tuvo que expulsarlo.

Entonces, estando ya a menos de veinte días del Mundial, anunciaron al gallego Manuel de Prada como última opción. Todos nos alegramos; Manuel es un tío afable, un veterano muy amigo de la comunidad futbolística en general.

Salimos a celebrarlo con una cena todos juntos. Pero la celebración duró poco, ya que inmediatamente salió a la luz un grave caso de trata de blancas en la UEFA, y por lo visto él era una persona clave en toda esta tenebrosa operación.

Se descubrió que altos cargos de la UEFA llevaban años traficando con personas. Mujeres y hombres secuestrados, gente corriente que desaparecía y pasaban a formar parte de este peligroso submundo dominado por directivos de fútbol.

La investigación empezó creyendo que estaban tras un caso de prostitución a gran escala, pero no era nada sexual. Era mucho más sofisticado: resulta que estos altos cargos de la UEFA estaban organizando una liga clandestina de partidas de *Quién es quién*, pero con personas de carne y hueso. Hacían partidas de verdad, con gente.

Partiendo del famoso juego de mesa *Quién es quién*, en el que cada jugador tiene que adivinar el personaje que oculta su contrincante a base de preguntas sobre su aspecto, volcando los personajes descartados en su tablero hasta que por eliminación solo quedaba uno, estos señores, borrachos de poder, habían emprendido el proyecto de hacerlo de verdad, con gente real.

Llevaban años secuestrando a gente que se pareciese físicamente a los personajes del juego original. Tenían equipos de sicarios contratados por todo el mundo trabajando día y noche para buscar, por ejemplo, tipos pelirrojos con melena y bigote setentero para hacer de Alfred, o mujeres negras de edad media y con el pelo rizado para hacer de Anne. Tenían que conseguir dos de cada, claro, para jugar con dos tableros.

Los drogaban y luego despertaban en una mansión a las afueras de Zúrich, donde los tenían viviendo en muy buenas condiciones, pero no se les permitía salir. Contrataron a peluqueros, maquilladores y dietistas para conseguir que se parecieran lo más posible a los personajes de dibujo. Y cada cierto tiempo, cuando tocaba partida, los cargaban en camiones y los llevaban a campos de fútbol reservados para tales eventos, donde habían montado dos tableros enormes en medio del campo y los directivos apostaban millones en estas macabras partidas a escala real de *Quién es quién*, jugando de punta a punta, comunicándose con megáfonos.

Era una enorme y malvada gilipollez.

Agentes de la Interpol entraron con violencia en nuestro restaurante favorito para venir a nuestra mesa a detener a Manuel, esposándolo ahí mismo delante de todos. Pasamos de estar brindando por la Selección a tener a esta leyenda del fútbol volcada sobre el mantel, apresado como un terrorista, tirando todas las copas con su rechoncho cuerpo. Manuel, ya mayor para estos líos, sudaba y lloraba. Con su cara rosada de cerdito aplastada contra el tiramisú, me miró fijamente a los ojos y me gritó: «¡BRAVO! ¡TÚ ERES EL SIGUIENTE! ¡Más te vale dar la talla en este podrido pozo que es el negocio del fútbol!».

Se lo llevaron gritando y pateando, y según se alejaba gritó: «¡ESTAMOS TODOS CONDENADOS! ¡NADIE SABE QUIÉN ES QUIÉN! ¡NOS VEMOS EN EL INFIERNO, CABRONES!».

Y esto nos lleva a esta misma semana. Estaba yo tranquilamente en casa viendo mi concurso favorito, *Ahora caigo*, cuando me sonó el móvil.

Era Luis Rubiales, presidente de la Federación, quien me llamó personalmente para comunicarme que era su cuarta (y ahora ya definitiva) opción como seleccionador de España.

Por un segundo, me quedé de piedra.

Me dijo que lo acababan de anunciar a la prensa, así que más me valía confirmar oficialmente que estaba a bordo. Insistió en que no me preocupara de nada, que el trabajo iba a ser mucho más fácil de lo que parecía, y que a la afición le daba igual que fuese primera o cuarta opción, que no hiciese caso de todo lo que se estaba diciendo sobre mí en las redes.

Sudor frío.

No solo necesitaba una respuesta rápida, también necesitaba que acudiese a mi presentación oficial en Las Rozas antes de dos horas, donde me esperaban todos los periodistas en su ya cuarta rueda de prensa con el nuevo seleccionador en menos de un mes. Me habían mandado todas las respuestas por correo electrónico y me las tenía que estudiar en el taxi, que me estaba esperando en la puerta de mi chalé.

—Pero... a ver... cómo... —solo le podía responder con titubeos.

—Ya sabes, el fútbol es así.

—Ya, pero... *así* ¿cómo?

—Te digo sin ninguna duda, Rafael, que este es tu momento. España te espera.

No dije nada, me estaba quedando sin aire.

—¡Ah! Y por lo que más quieras, no abras Twitter, eso ni de coña. ¡Venga, te veo ahora!

Y ahí me quedé, con el móvil pegado a la oreja pero sin nadie al otro lado, mientras sonaba insistente el timbre.

En la tele, un concursante de *Ahora caigo* se estaba jugando todo su dinero a una sola pregunta y la respuesta era mi nombre. Pero no lograba sacarlo. Probaba nombres absurdos, pero no le salía el mío.

Cada vez me costaba más respirar.

El cronómetro del concurso corría endiablado hacia atrás, mientras yo intentaba todavía asimilar la llamada que acababa de recibir, a menos de quince días del Mundial.

El cronómetro corría.

El taxista había pasado de tocar el timbre a aporrear directamente la puerta.

El tiempo se acabó y el concursante se lamentó por haberlo perdido todo. Arturo Valls le dijo: «Es verdad que eres joven, y quizá Rafael Bravo ya es un referente un poco antiguo...».

No sé si fue por el *shock* del momento o por las amenazantes últimas palabras de Manuel de Prada con la cara llena de nata... pero de repente dejé de respirar. El corazón me iba a mil.

En la tele, Arturo Valls gritaba: «¡Qué peena!». Y, según se abrió la trampilla que hacía caer al concursante por su agujero, yo pasé a verlo todo negro y me desmayé.

Lo siguiente fue despertarme en la consulta de la doctora Silvia Angulo, la psicóloga de la Selección. Una mujer con gafas de pasta y vestida toda de gris. Andaba revisando unos dossiers y dando vueltas a mi alrededor. Estaba sedado.

Antes de que pudiese entender dónde estaba, me dijo que había sufrido un ataque de ansiedad que me había bloqueado y mi cuerpo había reaccionado apagándose. Esto, en hombres de mi edad, es particularmente peligroso.

Pero no tenía que preocuparme de nada, la Selección lo tenía todo bajo control. Eso sí: me tenía que mentalizar de que iba a ir al Mundial como seleccionador, que en eso no había vuelta de hoja. Ya no quedaba nadie más, yo era la última opción. Así que había que ponerse manos a la obra para, en menos de quince días, recomponer mi cabeza y conseguir hacer un buen trabajo.

Yo me sentía extremadamente intranquilo. Jamás había tenido un ataque de ansiedad. Noté como si mis cojones se hubiesen guardado dentro de mi cuerpo.

«Vamos a trabajar desde ya para que tú, Rafael Bravo, puedas guiar a España hacia el éxito.»

Lunes

Son las 7:25 de la mañana y tomo café mirando las noticias.

Hoy es mi presentación oficial. A las 9 en punto.

Mis palabras se repetirán en todos los informativos del país durante todo el día de hoy, lunes, para que resuenen durante toda la semana en periódicos, tertulias y enlaces de Internet. Para que toda España me abrace como su nuevo seleccionador.

Estoy en el salón de mi casa escribiendo estas palabras, como me ha recomendado la doctora Angulo, para que no me vuelva a dar otro ataque de ansiedad. Reflexionar, relativizar, quitarme presión. Escribir para verme desde fuera y darme cuenta de que todo está bien.

Después de mi derrumbamiento el jueves pasado, tuvieron que cancelar la presentación que había preparada para entonces y encerrarme todo el fin de semana con la doctora Angulo y la jefa de Comunicación, Marta Prieto, con tal de encontrar «la actitud y el enfoque adecuados para presentarme al público». La prensa buscará algo de sangre y, siendo yo la cuarta opción para este trabajo, van a estar sedientos de polémica.

Marta Prieto se ha pasado todo el fin de semana buscando una fórmula suficientemente ambigua como para responder todas las preguntas de la prensa, pero a la vez satisfactoria para poder crear una narrativa, un personaje. Un eslogan que pueda responder seguro de mí mismo.

Repito lo que ella me ha explicado, yo no entiendo nada. «Generar el *clickbait*», decía.

Con sus gafas de pasta y su té del Starbucks siempre humeante, Marta Prieto es capaz de atender tres conversaciones distintas y actualizarse minuto a minuto vía Twitter, Facebook e Instagram.

«Alimentar *trends*, *hype*, *branding*, dominar el discurso multimedia.»

Signifique lo que eso signifique, concluyó que la mejor manera de afrontar la rueda de prensa es utilizando mi propio apellido: Bravo.

«Bravo» puede significar lo que cada uno quiera interpretar —decía Prieto—. Es una palabra positiva y a su vez determinante, tajante igual que festiva. Transmite mano dura a la vez que optimismo. Significa aplauso, significa fuerza, significas TÚ... y contigo, todos. España. Una perfecta declaración de principios. Para cualquier pregunta, tu postura es... Bravo. La nueva imagen de la Selección. Un nuevo espíritu.

Así que ese es el plan que debo seguir esta mañana: llevar la rueda de prensa como tantas otras, con naturalidad; pero, si me hacen alguna pregunta difícil, yo digo: «Bravo».

Lo importante es la actitud con la que lo diga. Si hay que transmitir optimismo, lo digo con alegría. Si conviene transmitir mano dura, lo digo con determinación. Un nuevo orden: «A partir

de ahora, Bravo». Ya puedo ver los titulares.

Enfundado en mi Ermenegildo Zegna negro recién planchado, mis zapatos Hugo Boss para ocasiones especiales y el imprescindible Viceroy brillando en mi muñeca, oigo el Mercedes que me reclama en la puerta.

Me veo preparado. Me siento preparado.

YO SOY BRAVO.

11:15 h

De vuelta de la presentación, voy en el coche rumbo al aperitivo/comida que ha organizado la Federación de Fútbol con sus trabajadores, directivos y demás cargos importantes. Viene hasta el presidente del Gobierno.

No es bueno cantar victoria antes de tiempo, ¡pero creo que la cosa ha ido estupendamente! Lo del eslogan de «Bravo» ha funcionado, no ha habido líos y los periodistas parecían satisfechos. Han sido cuarenta minutos que han pasado volando, respondiendo preguntas con Luis Rubiales a mi lado.

Daba gusto ver lo bien que estaba montado; un montón de periodistas, cámaras y fotógrafos apelotonados delante de una pared roja del tamaño de un campo de tenis en la que se podía leer en letras gigantescas «RAFAEL BRAVO», rodeado de los logotipos de Movistar, La Caixa, Seat y Cruzcampo. Las cuatro patas que sostienen el deporte en España y mi nombre en medio.

Sin mesa, la presentación la hemos hecho sentados en taburetes y con micrófonos de mano. Distendida.

Primero ha salido Rubiales, que ha dicho unas palabras a favor de la deportividad, de los valores de la Roja y de mi carrera como entrenador español. Ha hablado de lo ilusionados que están todos en la Federación por haberme escogido a mí como líder de la Selección (obviando descaradamente el hecho de que haya sido la cuarta opción en su lista).

—Y, sin más dilación, pido un aplauso, un «bravo» —risas— ¡para Rafael Bravo!

Así he salido yo con todo el subidón. Sintiéndome firme, elegante y contento entre tantos aplausos. Un chico me ha dado una botellita de agua y ha empezado la rueda de prensa.

He notado que lo de escribir este diario me ayuda a hablar más tranquilo y con las ideas mejor ordenadas. Tengo que reconocerle a la doctora Angulo que la terapia está funcionando y toda la preparación con Marta Prieto está yendo como un tiro; me he sentido al mando de la situación.

Los periodistas más cabrones han insistido en lo de ser el cuarto plato en el proceso de selección y en si lo precipitado del asunto no afectará al desempeño de mis funciones. Pero ha sido fácil capearlo explicando que eso ha venido dado por cuestiones totalmente ajenas a mi persona, que no soy más que un hombre que quiere hacer lo mejor posible su trabajo. Que yo soy Bravo.

Que yo lo celebro y digo: «¡Bravo!».

Y cada vez que decía eso se arrancaba un aplauso. Rubiales me sonreía y chocábamos las manos.

También han buscado polémica preguntándome por Gerard Piqué y sus declaraciones antiespañolistas. Fácil: mi trabajo no es la política, sino el fútbol. «A partir de ahora no habrá banderas, solo Bravos.»

O cómo pienso gestionar el problema de Ramsés Pérez, el delantero del Real Madrid famoso por sus fiestas excesivas, que se presenta visiblemente resacoso a los entrenos. No he querido entrar en la polémica fácil, optando por no hacer comentarios al respecto.

Simplemente, he dejado claro, con determinación y mano dura, que «yo digo... Bravo».

Aplausos.

Llego ya al evento y veo que en mi móvil se está acumulando una cantidad ligeramente mayor de lo normal de WhatsApps y menciones en redes. Supongo que es lo natural en este tipo de situaciones.

14:30 h

Me encuentro encerrado en el baño del recinto donde se está dando el aperitivo con la Federación. Me he tenido que refugiar a escribir para ordenar las ideas con calma.

Bueno, este evento ha ido un poco mal.

Las cosas se han torcido de una manera que no esperábamos. Todo el mundo que se me ha acercado me han preguntado por Ramsés Pérez mientras el móvil no paraba de vibrarme. Los titulares de la presentación ya están en Twitter:

Rafael Bravo aplaude las polémicas fiestas de Ramsés. En su presentación oficial, el técnico extremeño ha declarado decidido y sin tapujos: «Yo digo BRAVO a las fiestas de Ramsés Pérez». Este está siendo un mes entretenido para el delantero más caro de la liga española: el polémico Ramsés ha sido visto en multitud de clubes y discotecas, además de verse indirectamente implicado en casos de delitos de narcotráfico y trata de blancas. La novedad ahora es que cuenta con un poderoso aliado: Rafael Bravo, nuevo seleccionador, que públicamente aplaude su estilo de vida «alternativo» a dos semanas de empezar el Mundial.

Esto, en la página web del *Marca*.

Y en el mismo artículo enlazan vídeos de la cuenta de Instagram del subnormal de Ramsés en discotecas, al lado de un vídeo de mí mismo diciendo «Bravo» en la rueda de prensa de esta mañana.

¡Me cago en la puta, no han entendido nada!

En el aperitivo, el primero en acercarse ha sido Vicente del Bosque, que ha venido a felicitarme y medio en broma me ha dejado caer un «anda la que has liado, ¿eh, cachondo?», y entre saludos y fotografías no he entendido a qué se refería. Poco a poco, la gente iba pillando

confianza y dándome su opinión sobre el asunto. «No creo que sea como para crucificarte así..., pero tampoco entiendo que hagas estas declaraciones tan a la ligera», «El caso de Ramsés es especialmente mediático, no deberías meterte en este fregao» o «¡Ya dirás dónde y a qué hora se sale hoy, zorro!», mientras mi móvil vibraba y escupía tanta información que yo no alcanzaba a leer nada.

Sin saber de qué coño me estaba hablando nadie, han vuelto los sudores fríos. La taquicardia, la ansiedad.

Hasta el presidente, el puto Pedro Sánchez, ha venido a decirme: «Personalmente, no entiendo el enfoque de estas declaraciones y no puedo decir que las comparta. Lo siento, Rafael». Y así me ha dejado, con la palabra en la boca, antes de que nos pudieran sacar ni una foto juntos.

Ha sido entonces cuando he tenido que venir aquí, a este retrete en el que estoy repasando todos estos artículos destructivos mientras WhatsApps de crisis de Marta Prieto se acumulan y entorpecen mi lectura.

RAFAEL, DÓNDE COÑO ESTÁS.
YA SOMOS TRENDING TOPIC.
DEL MALO.
LLÁMAME INMEDIATAMENTE.

Veo en el *As* que Ramsés ya ha hecho declaraciones al respecto en su cuenta de Twitter @RamsesFukYes.

Bravo me entiende, él sabe q soy el mejor y q hay q cuidarme. Hoy se sale con él & las followers + guapas q se kieran apuntar: DM plz! #lunes #fiesta.

¡PUTO PALETO! ¡ME CAGO EN DIOS!

En su Instagram ha publicado lo mismo, pero escrito encima del vídeo de un niño bailando con gafas de sol en una discoteca. ¡ME CAGO EN LA PUTA, NO ENTIENDO NADA!

Me quedo sin batería.

Se me apaga el móvil y me veo a mí mismo reflejado en la pantalla negra, sentado en el cagadero.

18:00 h

Después de una reunión de dos horas con el departamento entero de comunicación de la Federación, no sé cuántas llamadas a emisoras de radio y periódicos digitales, tengo un hueco para escribir.

Al quedarme incomunicado, Marta Prieto no ha tardado en encontrarme en el baño de hombres. Ha reventado la puerta de una patada y me ha sacado a rastras de ahí. Tirándome del pelo, cagándose en mi alma.

Según ella, este tipo de crisis exigen dar la cara cuanto antes para poder dominar la noticia con nuestra versión, antes de que sea irreversible. No ha sido una cagada mía, sino de la prensa, que ha querido sacar una historia jugosa de donde no había nada. Por eso, el plan que debemos seguir es responder todas las llamadas y tuitear desde todas las cuentas posibles para aclarar este malentendido.

Con «BRAVO» nos referimos a la persona, no al aplauso. Disipar cualquier duda. BRAVO SOY YO. Y, a partir de aquí, explicar que esto implica un cambio de gestión, que yo soy un punto y aparte que va a redirigir la Selección con mano firme. Que «BRAVO» implica que se han acabado las juergas y las gilipolleces, ahora se va a jugar a fútbol y nada más.

Todo esto es lo que acabo de explicar a todas las llamadas que he recibido, repitiendo una y otra vez la misma historia hasta que las palabras en mi cabeza han empezado a dejar de tener sentido.

He hablado también con la doctora Angulo y me ha insistido en que, pase lo que pase, tengo que seguir escribiéndolo todo aquí, que hacerlo me aclarará la cabeza, que la única salida es hacia delante, atravesando el bosque espeso en el que se está convirtiendo este lunes, y que este diario servirá como machete para abrirme paso. Sin mirar atrás. Sin mirar Twitter.

Bravo soy yo.

Bravo soy Yo.

BRAVO. SOY. YO.

Y... MIERDA. Acabo de abrir Twitter y no solo siguen siendo *trending topic* Ramsés Pérez, Rafael Bravo y la Selección... Ahora también está «Yo soy bravo». No «Bravo soy yo». ¿Qué coño...? ¡Lo están poniendo al revés!

No puede ser... Un montón de asociaciones feministas están escribiendo que esta frase implica una «masculinidad tóxica» peor que la del puto Ramsés.

Voy bajando con el dedo, leyendo titulares y comentarios como «El nuevo seleccionador perpetúa la bravuconería en la cultura del fútbol», «No solo no se disculpa, sino que fanfarronea de su virilidad», «Una vez más, hombres ricos y poderosos presumiendo de lo gordos que tienen sus cojones», «Rafael Bravo se define a sí mismo como UN HOMBRE BRAVO», «Preparémonos, vuelve el derecho de pernada»...

¡QUÉ COÑO ESTÁ PASANDO!

Marta Prieto viene a por mí y para comunicarme que vamos de mal en peor, que entramos en *Def Con 1*.

«Malas noticias, Rafael, tenemos que mandarte a Vietnam y dejarte solo en medio de la jungla», me dice.

En otras palabras: me voy a *El Chiringuito*.

19:30 h

Me encuentro en la sala de invitados de *El Chiringuito de Jugones* y me tiemblan las piernas. Desde aquí se oyen los gritos que están pegando en el plató.

No me he cambiado de ropa en todo el día y me la noto pegada a la piel. Mugrienta. Imagino que es por los distintos tipos de sudor que mi cuerpo está segregando a lo largo de este lunes, que me está pareciendo una semana entera. Siento como si llevara quince días seguidos con este traje, arrugado y maloliente. Como si hubiese aterrizado de un vuelo de mil horas y ahora estuviese buscando las maletas que me ha perdido la aerolínea, desperdigadas por distintos continentes.

Con la boca seca de no haber comido nada en todo el día, me encuentro devorando un cuenco de kikos y pasas en este camerino feo y claustrofóbico.

Delante de mí tengo a Marta Prieto y la doctora Angulo, mirándome según escribo. Cada una con su vaso de té humeante. Han venido a darme apoyo, moral y psicológico. Según Prieto, tengo que salir ahí y explicarme de manera tranquila. Con conceptos claros, nada de metáforas ni dobles sentidos. Olvidemos la estrategia de comunicación original, ahora hay que hablarle a los medios como si fueran niños de tres años. Ser lo más literal posible. La vaca hace «mu» y el perro hace «guau».

Y evitar por completo hacer declaraciones con la palabra «bravo».

Tengo que seguirles el rollo, pero no caer en provocaciones. Si consigo mantenerme centrado y hablar con calma, voy a parecer el más sensato por contraste.

Viene una chica con pinganillo y me pide que la acompañe. Me dice cuándo voy a entrar, pero no cuándo voy a salir.

23:03 h

No sé dónde estoy.

No sé cuánto rato he pasado corriendo.

No he parado hasta que he encontrado esta gasolinera en medio de la nada. Por fin, puedo sentarme.

Coches y camiones pasan a toda velocidad, salpicando charcos a solo unos metros de mí. Rugen pesados en medio de la noche, ajenos al drama.

Tengo frío. Será porque he perdido los pantalones y voy descalzo. También me han arrancado una manga de mi Ermenegildo Zegna. Estoy sentado a una mesa de madera, de esas en las que se sientan las familias a comer bocadillos. Veo unos arbustos que pueden ser útiles para esconderme si aparecen los de *El Chiringuito*. Los Jugones.

He llorado y de la nariz me caen mocos. Ahora sí que estoy temblando de verdad, apenas puedo escribir recto. Todavía no entiendo qué ha pasado, voy a intentar reconstruir los hechos.

He salido al plató y me han sentado en esos banquillos, entre Pedrerol y los ocho tertulianos

(¿por qué *tantos*?), y bajo los focos calientes he notado cómo mi olor corporal empeoraba.

Lo primero ha sido Pedrerol preguntándome por mi situación. He respondido explicando lo que me ha pasado hoy, sin más. Me han escuchado atentamente y, de hecho, me ha sorprendido lo fácil que ha sido. Ambiente sorprendentemente sosegado. Me han hecho preguntas tan sencillas como: «Entonces estás diciendo que NO apoyas las juergas de Ramsés Pérez, ¿no es así?» o «¿Eres muy fiestero, Rafael?». Cosas que se pueden responder con un sí o un no.

La cosa se ha empezado a torcer cuando Pedrerol ha pinchado la imagen en la que salgo yo en la presentación, sonriendo con mi apellido «BRAVO» enorme a mis espaldas.

—Claro, Rafael. Pero es que, a ver, yo veo esta foto en la que claramente se lee BRAVO y, objetivamente, lo veo como toda una declaración de intenciones. ¿Cómo explicas tú que esto no es un gran aplauso, un ¡bravo!, hacia todo lo que te estás posicionando en contra? Estaremos de acuerdo en que, como mínimo, es un poco *raro*.

En este momento ha sonado un clic como de cámara fotográfica y una voz diciendo «retratado». De la nada. En las pantallas de plasma ha salido de repente mi cara de capullo congelada en un fotograma, enmarcada en un recuadro incriminatorio de color rojo. He quedado oficialmente *retratado*. Una especie de broma del programa pensada para humillarme.

—Pero, a ver, si es que Bravo es mi apellido, ¡nada más! ¡No es un aplauso a favor ni en contra de nada!

—A ver, yo aquí interpreto que claramente estás pensando «¡bravo!» con toda tu alma. ¡Sale ahí escrito, encima de tu cabeza!

—Pero ¿cómo cojones van a salir escritos mis pensamientos? ¿Cómo coño puede ser eso algo real?

—Bueno, vamos a ver, no es necesario utilizar lenguaje grosero, por favor, sosiego.

Podía ver a Marta Prieto detrás de las cámaras alzándome la palma de su mano y apretando sus labios en señal de calma. Pidiendo paz según iban sonando efectos de sonido de tensión, como si estuviésemos descubriendo al asesino en una peli de detectives. ¡Pum! ¡Chan!

Antes de poder apaciguar ese ligero resbalón, un grito de Roncero me ha pillado por sorpresa.

—¡Claro, coño! ¡Lo que pasa es que Ramsés es del Real Madrid y esto es una caza de brujas, como siempre! ¡Los del Barça bien que se van de parranda también, pero nadie les dice nada porque son taaaan guapos! YO TAMBIÉN DIGO: ¡BRAVO! —Y se ha levantado para besarse el puño en un gesto de respeto hacia mí.

Entonces, Marta Prieto ha abierto mucho los ojos, meneando muy rápido la cabeza para decirme que eso NO nos conviene. Pero Roncero ya estaba encendido, ya le podíamos ver las venas del cuello a punto de explotar.

—¡ESTE HOMBRE ES UN EJEMPLO PORQUE ESTÁ DICIENDO EN VOZ ALTA TODO LO QUE LOS DEMÁS NO NOS ATREVEMOS A DECIR! ¡BRAVO SUS HUEVOS!

A mi lado, el viejo Loco Gatti me ha cogido de los hombros, sonriéndome, riéndose como un perro sarnoso no sé exactamente de qué. Oliendo a coñac. En el otro lado del plató, los demás

tertulianos me miraban muy serios, casi enfadados desde sus banquillos. Cristóbal Soria es el que me ha dado más miedo, con su penetrante mirada de oficial nazi. Caras de desaprobación mientras los plasmas de todo el plató iban reproduciendo los vídeos de Instagram del gañán de Ramsés Pérez. Roncero seguía gritando a lo bestia como un gnomo cabreado, quitándose su bufanda del Real Madrid y blandiéndola como si se estuviera protegiendo de fantasmas que solo él podía ver.

Pedrerol intentaba simbólicamente calmar a esa bestia, levantando una mano, mientras daba indicaciones mudas con un bolígrafo a alguien. O a la nada, quién sabe. El programa había caído en una de sus famosas derivas terroríficas y yo me encontraba en medio de ese tsunami.

De repente, ha saltado el tertuliano culé Quim Domènech en el otro extremo del plató.

—¡Ramsés Pérez es un mamarracho! ¡Ni es un jugador de fútbol decente, ni siquiera un hombre, es un NIÑATO! Le importa más la fama y el mamoneo que marcar goles. ¡Eso no se puede decir de ningún jugador del Barça!

—¡Y UNA MIERDA! ¡RAMSÉS ES UN HOMBRE CON LOS HUEVOS MÁS GORDOS QUE CUALQUIERA DE NOSOTROS!

Marta Prieto tenía ya la cara hundida entre sus manos. Yo lo miraba todo acojonado, era imposible meter baza en ese jaleo.

—Bueno, hombre, tampoco creo que sea plan de ir por ahí, Tomás —lo intentaba frenar Pedrerol.

—¡Cómo que no! ¡El mismo seleccionador de ESPAÑA aquí presente lo ha reconocido, que es un hombre BRAVO, que tiene unos huevazos enormes como los de Ramsés Pérez! ¿Es así o no? —Se quedó mirándome fijamente.

—Bueno... eh, yo...

Todo eso me había superado.

—¡PUES CLARO QUE SÍ, COÑO! —Roncero seguía con el piloto automático—. ¡YO SOY BRAVO! ¡Y YO TAMBIÉN! ¡Y TODOS! ¡Saquémonos todos los cojones para que quede claro que Rafael Bravo los tiene más gordos!

Y, según lo decía, el puto loco se ha desabrochado el cinturón y se ha bajado los pantalones. Se estaba sacando los huevos de verdad. Pedrerol ha hecho el ademán de pedir orden, pero ha sido inútil (y tampoco se ha esforzado en exceso, él mismo sabe que es absurdo pretender frenar estos trenes).

Cristóbal Soria, impertérrito hasta ese instante, ha saltado como si lo hubiese disparado un muelle, poniéndose en pie y bajándose los pantalones también. Obviamente, al Loco Gatti le ha faltado rato para animarse también a sacarse los testículos. Como su propio nombre indica, es un kamikaze.

En escasos segundos, me he visto rodeado de penes y testículos de avanzada edad.

Una nube de olor fortísimo a whisky me ha invadido de golpe; era Pipi Estrada levantándose para enseñar sus genitales. He sentido que me iban a violar y Marta Prieto, mi faro, ya no estaba ahí.

Los efectos de sonido en ese momento ya sonaban gratuitamente, sin sentido alguno. Voces pregrabadas exclamando sorpresa, ruidos de terror, truenos. Y Pedrerol intentando hacerse oír sin resultado. «Por favor, por lo menos no enfoquéis los genitales», pedía a Realización.

Roncero gritándome a pleno pulmón, con sus cojones peludos a escasos centímetros de mi cara, exigiéndome que enseñase los míos también. Mirara donde mirase, estaba rodeado de pantallas con su cara en un detalladísimo primer plano, con la frente perlada de sudor y su boca disparando capellanes de pura ira. Y ante mí, más y más penes y testículos agarrados por las manos de sus respectivos propietarios, cada vez más cerca. Ahogado, ya solo podía respirar aire de polla.

—VENGA, COMPAÑERO, ¿ESTAMOS O NO ESTAMOS?

Ha sido entonces cuando me han agarrado entre varios para quitarme los pantalones a la fuerza. Mientras uno me quitaba los zapatos, otro me desabrochaba el cinturón. No he querido ponerme violento, pero tampoco daba crédito a lo que estaba sucediendo. Me he resistido todo lo que he podido, pero ha sido inútil frenar el terrible acoso de mil manos desnudándome a la fuerza mientras penes y testículos fuera de control rebotaban contra mi cara.

No creo que se haya visto nada en televisión porque han formado un corrillo hermético, bloqueando cualquier visión más allá de ese infierno oscuro de carne y pelo. La violencia les ha llevado a arrancarme pedazos de ropa. El ansia por verme los huevos.

Por alguna razón, me he acordado de cuando era un niño, en mi pueblo.

Ese pensamiento ha generado un cruce de cables en mi cerebro y he arremetido como un rinoceronte contra ellos, tirando al suelo al pobre Loco Gatti, desnudo de cintura para abajo, regalándome la terrible visión de su ano abierto ante mí. Con ese recuerdo en mente, he salido corriendo de ahí sin rumbo claro, llevándome por delante al equipo técnico y personal que me he encontrado. He chocado contra el panel de efectos de sonido, desatando una ristra de ruidos, notas, frases recurrentes y efectos de tensión solapados. Una auténtica pesadilla sonora que me ha hecho correr todavía más enloquecidamente hacia todo lo que pareciese una salida.

Sin pantalones, abriendo puerta tras puerta, atravesando pasillos infinitos, saltándome controles de seguridad... he conseguido dar con el exterior, donde he seguido corriendo como si me persiguiera el mismo diablo.

He salido de los estudios de televisión arrastrando la petaca de mi micrófono por el asfalto de la M-30, corriendo sin mirar atrás, hasta llegar a esta área de servicio perdida, sin dinero, sin móvil, pero con el diario en el bolsillo de mi chaqueta mutilada. Respirando hondo. Asumiendo el trauma. Reprimiéndome para no volver a llorar.

¿Soy Bravo?

Suena un pitido. Es mi Viceroy indicándome que ya estamos a martes.

Cómo se gana una liga

Como entrenador de pura cepa que soy, la gente se me acerca a menudo preguntándome: «Rafael, amigo, ¿cómo demonios se gana una liga?». A lo que yo siempre respondo: «¡Yendo al partido follao y cagao!». Y nos reímos sanamente.

Y bueno, no, eso es una broma.

La verdad es que es muy complicado. Ganar una liga tiene mucha ciencia, hay que saber jugar con los elementos, ser un buen líder.

Nunca será tan fácil como gritar a tus jugadores: «¡A METER GOLES, CABRONES!»... ¡Ojalá! Los jugadores son como niños malcriados a quienes hay que obligar a comer sus verduras. Hay que saber motivarlos, retarlos. Manipularlos un poco para que salgan al campo a darlo todo. Hay que darles una de cal y otra de arena, tenerlos felices pero a la vez alerta.

Uno se puede leer mil libros de teoría futbolística y repasarse todos los *Informe Robinson* que hayan emitido, que lo único que conseguirá será una jaqueca terrible.

Toda esta prosa es muy bonita, está muy bien teorizar sobre el juego. Pero, a lo largo de los años y después de liderar varios equipos, he descubierto que la clave del éxito está en saber escoger la película que se les pone en el autocar hacia el partido.

Hay que ser hábil eligiendo con qué se van a distraer los chavales antes de saltar a la batalla. Es fundamental que las horas antes del partido las vivan con alegría, que consigan un estado mental limpio, de no pensar en nada. Zen. Llevo dos ligas y una Champions ganadas a mis espaldas, así que creo que sé lo que me digo.

La peli del autocar es el secreto de mi carrera como entrenador.

Clasicazos como *Beethoven* (la del perro), *Batman forever*, *Cara a cara* o *La señora Doubtfire* siempre se encontrarán en el salpicadero de cualquier autocar que se precie, en formato VHS. Y siempre, el 100 % de los casos, funcionan.

Películas hechas para verlas en el autocar hay un montón, pero hay que saber elegir. Por ejemplo, *El peque se va de marcha* en un viaje hacia Logroño puede sonar como un plan divertido, pero por culpa de esa mala elección nos metieron siete goles en un partido de Copa del Rey. Por lo visto, esta entretenidísima comedia familiar en la que un bebé se pierde gateando por la gran ciudad deprime a los jugadores. Muchos de ellos son padres de niños que todavía no han aprendido a hablar, así que esta película les hace pensar en el poco rato que pasan junto a ellos. Imaginan que sus hijos, frustrados por la escasa atención que están recibiendo, se escapan y montan su propia vida en la puta calle. Después de ese partido se volvieron tristes a sus casas y

todos publicaron *posts* de Instagram junto a sus chiquillos. Los *posts* más cariñosos que he visto en mi vida.

Hook, por otra parte, siempre nos hace llorar a todos (yo me incluyo, por supuesto), pero a ellos les deja con un subidón increíble, que si se empalma adecuadamente con la llegada al campo contrario se traduce en un partido apasionante. Se vuelven invencibles.

Según mi experiencia, estos serían algunos de los títulos más recurrentes:

La familia Adams es una apuesta arriesgada, pero ha dado alegrías. Motiva en especial a los porteros.

Dos tontos muy tontos: éxito asegurado, goleada garantizada. Pero hay que saber administrarla; si se abusa de ella, deja de funcionar. Lo mismo pasa con *La roca*.

Casper en días de mucho calor siempre refresca y deja buen sabor de boca.

Jurassic Park funciona muy bien pero solo si se deja a medias. La segunda mitad los cansa.

Ace Ventura los confunde, mientras que *Ace Ventura: Operación África* los anima una barbaridad.

Solo en casa, *Big*, *Cheque en blanco*, *Ritchie Rich* o cualquier peli en la que un niño se vuelve rico de repente los convierte en imparables, salen a jugar con un montón de ilusiones e ideas para negocios locos que luego a veces incluso acaban llevando a cabo.

Pretty Woman está prohibida. Antes de los partidos no es nada conveniente hacerles pensar en putas.

La máscara: no tengo claro si es buena o mala para el juego, pero yo me meo siempre con ella.

Puedo decir orgulloso que esta técnica es de cosecha propia, aunque otros entrenadores se la han querido apropiar.

Fernando Hierro creyó que funcionaría también poniéndoles auriculares para escuchar mejor la película. No contaba con que así se perdía el sentimiento de equipo; los jugadores se aislaban y no se reían igual, no aplaudían, no se abrazaban al emocionarse... Lógicamente, los partidos que jugaron esa temporada fueron un desastre. Hierro no sabía de dónde le caían las collejas. Es importantísimo que lo vivan como una experiencia común, mirando todos a la misma pantalla de tele del autocar. Da igual si la escuchan mejor o peor. ¡Da igual si entienden los diálogos!

Guardiola quiso ir de guay y una vez regaló a todos sus jugadores iPads con wifi en los que cada uno podía escoger entre la amplia oferta de la plataforma HBO. El peor partido de su carrera, obviamente. La mayoría se pasó la primera mitad del viaje intentando decidir qué peli mirar. Peli que luego dejarían a medias, claro. Llegaron más desubicados que un grupo de hormigas en el culo de un mono.

Esta sofisticada técnica de calentamiento se tiene que combinar con el típico discurso motivacional que se da en el vestuario justo antes de salir a jugar. Hay que saber relacionar el discurso con el argumento de la película que se acaba de ver, claro. Por ejemplo, uno de mis discursos más icónicos:

«Venga, chicos, escuchadme. ¡Chicos! ¡Silencio, cojones! Vamos... sé que todos lo hemos

pasado de miedo con *Solo en casa 2: perdido en Nueva York*, pero ahora toca ponernos serios y afrontar este partido contra el Real Madrid.

»Como todos sabéis, el Madrid es un adversario fuerte, fiero. Y ya les ganamos en el partido de ida, así que ahora saldrán todavía más furiosos.

»En el partido de ida jugábamos en casa, con ventaja, como Kevin McCallister en *Solo en casa*. Controlando cada milímetro del campo de batalla. Pero ahora nos encontramos en terreno ajeno... ¡como Kevin McCallister en *Solo en casa 2*! ¡Acaso eso nos va a achantar? ¡NI DE COÑA, NOS HARÁ MÁS FUERTES!

»Todos vivimos de puta madre en nuestras mansiones igual que Kevin, tirando de la Visa de su padre en el hotel Plaza. ¡A todos nos gusta un buen cachondeo! Pero ahora nos encontramos atrapados en una casa rara, abandonada, destartalada, y los ladrones nos tienen acorralados. O eso creen ellos... ¡porque la hemos llenado de trampas y vamos a metérselas por el culo! Podemos repetir jugadas que en el anterior partido nos funcionaron, como Kevin repite el ataque de tirar botes de pintura atados a una cuerda. Eso les hará creer que nos tienen pillado el truco. Que se confíen... ¡Lo que ellos no saben es que, además, tenemos un yunque absurdamente enorme con el que los vamos a aplastar! ¡¡ESTO ES *SOLO EN CASA 2: PERDIDO EN NUEVA YORK*, UNA SECUELA AMBICIOSA!! ¡¡MÁS GRANDE, MÁS FUERTE!!»

«¡SÍ, JODER!», gritaban mis jugadores. Y salían a ganar.

Cuatro goles a cero les metimos ese día.

Más adelante, en las temporadas de 2008-2009 y 2009-2010, probamos a ver capítulos de la serie *Lost*, que por aquel entonces estaba pegando muy fuerte. Se le ocurrió a Alfonso, el masajista del equipo. Al principio reconozco que me pareció una idea un poco fuera de lugar, no me convencía lo de cambiar películas por una serie, ¡pero terminó siendo un éxito absoluto! Nos tragábamos cuatro y hasta cinco episodios en cada viaje. Estábamos enganchados hasta la médula. ¡Y era perfecta para dar discursos! Muy inspiradora.

Algunos equipos leen pasajes de la Biblia; nosotros veíamos *Lost*.

Qué serie tan trepidante... Siempre con un giro final que nos dejaba con el culo torcido. Gritábamos, aplaudíamos y en el vestuario sacábamos teorías entre todos. Si había tiempo, asignaba a cada uno un personaje de la serie y hacíamos un poco la pantomima. Llegamos a hacer bote para comprar pelucas y disfraces. Durante esa época, jugamos nuestros mejores partidos.

Pero a veces también causaba problemas, no lo voy a negar. *Lost* se convirtió en un arma de doble filo.

Impuse la norma de que no se podían ver episodios nuevos fuera de los viajes... pero no siempre se respetaba.

Intentábamos ir en autocar todo lo posible para poder avanzar con temporadas atrasadas. Si el destino era lejano y convenía más viajar en avión, nosotros íbamos igualmente en autocar. Incluso si había mar por el camino y había que coger un ferri, nos organizábamos. Incluso si jugábamos en

casa, arrancábamos el autocar y dábamos tres vueltas a nuestra ciudad. Lo que hiciese falta para avanzar *Lost*. ¡Pero aun así había cabrones que veían capítulos nuevos en casa, por su cuenta!

«Yo es que la veo con mi novia», me decía alguno. «¿Y tu novia te está pagando los millones que te paga el club, hijo de puta? —les respondía yo—. ¡ME DA IGUAL EL TIPO DE CONTRATO QUE TENGAS, QUE ME LO VOY A FOLLAR VIVO SI TE ATREVES A VER UN SOLO CAPÍTULO MÁS SIN NOSOTROS!»

Me estaba afectando un poco el asunto, lo reconozco. No estoy orgulloso de haber hecho llorar a más de un jugador, cuando el objetivo de todo aquello era precisamente unirnos como una familia. Reconozco que *Lost* se nos fue un poco de las manos.

En una ocasión, tuve un jugador pesadísimo que no paraba de rajar sobre la serie en el banquillo. Era nuevo e iba mucho más avanzado en la serie que el resto del equipo y yo tenía miedo de que me soplara algún *spoiler* que me fastidiara algún misterio. Tenía que hacer cualquier cosa para alejarlo de mí. Nos jugábamos el pase a semifinales de la Copa del Rey contra el Valencia e íbamos empatados, ya en la segunda parte, así que la cosa estaba tensa como para sacar a un novato. Pero estaba volviéndome loco porque el pelmazo lo estaba cascando todo ahí a mi lado. Le pedí varias veces que se callara, pero parecía imposible, el tío era tonto como un zapato. Así que, finalmente, tuve que pedir el cambio y lo hice salir a jugar. Sin calentar ni nada, a pelo. Que le fuera a destripar la serie a otro. En la retransmisión del partido se me puede oír en ese momento gritando: «¡Vete a contarle lo que es el Humo Negro a tu puta madre!».

La afición recibió el cambio con dudas, claro... ¡Pero el idiota terminó siendo el que marcó el gol que nos hizo ganar ese partido! ¡Al final, la jugada me salió redonda!

Estas son las recompensas que te da el deporte por una buena idea, supongo. Saber dirigir un equipo de Primera División es mucho más que entrenar y hacer sudar a tus chavales. ¡Hay que entretenerlos!

Playa Bávaro, 1991

Ángeles.

Mi exmujer se llama Ángeles Torero y es conocida por presentar los informativos de Televisión Española en la edición de mediodía.

Yo la conozco por ser mi mano derecha durante mis años dorados como jugador, la mejor tiradora con arco que he visto en mi vida y la madre de mis tres hijos: Alberto, Juan y King Kunta.

Después de la debacle de *El Chiringuito*, Marta Prieto me ha recomendado pasar un par de días apartado de cualquier foco de atención, mi casa incluida. Por eso me he venido a la mansión de Piqué y Shakira, que han sido tan amables de refugiarme. Desde una de las hamacas de su fabulosa piscina con vistas a Barcelona hago los deberes que la doctora Angulo me ha encomendado: escribir sobre Ángeles.

Hablar de Ángeles me lleva al año 1991.

Yo llevaba dos años y pico jugando en Primera División, me habían convertido en la imagen publicitaria de Cola Cao y me acababa de mudar a mi chalé en Aravaca. Tenía todo lo que un chaval de veintiún años podía pedir, a pesar de que esa temporada la había terminado lesionado; un mal giro en un partido contra el Málaga me había destrozado los ligamentos de la rodilla izquierda.

En ese momento estaba en la última fase de recuperación, así que pasaba la mayor parte del tiempo en casa mirando la tele y corriendo en la elíptica. Nadando en mi piscina y jugando al FIFA. Me escogía a mí mismo de jugador o jugaba en mi contra.

Me gustaba hacer todas estas cosas, pero hacerlas en bucle al final era aburridísimo. Las únicas personas que veía eran la señora que limpiaba, el jardinero y el limpiacristales. No hablaba con ninguno de ellos.

Hasta que un día, viendo un concurso de parejas en la tele, se me ocurrió irme de viaje. En el programa participaban chicos por una parte y chicas por otra, y el objetivo era descubrir quiénes harían mejor pareja. Y la pareja ganadora se iba de viaje a un *resort* de Playa Bávaro, en la República Dominicana.

De repente, me apeteció mucho ese premio y, ya que me sobraba la pasta, pensé que me lo podía dar a mí mismo, saltándome el paso de participar en ese concurso. El dinero está para saltarse pasos.

Y dicho y hecho, me planté en la República Dominicana, en ese *resort* que tan divertido parecía en la tele. El *pack* que me pillé traía dos pulseritas de «todo incluido», una habitación doble y una cena romántica en el restaurante del Capitán Kook.

Pasé unos días dando vueltas por ahí en bañador antes de darme cuenta de que eso era igual de aburrido que estar en casa. Iba a la playa, al zoo, al gimnasio, de bares, al zoo otra vez, al museo de cera, al zoo... Nunca se me ha dado bien viajar solo y por alguna razón eso confluía casi siempre en el zoo. Ir al zoo me tranquilizaba, me hacía sentir acompañado.

No se me había ocurrido que, en el concurso, la gracia del premio era disfrutarlo en pareja, y ahí estaba, viendo los mismos monos enjaulados cada día... hasta el punto de que parecía que eran ellos quienes me observaban a mí.

Ver como los animales del zoo podían follarse entre ellos y yo no terminé poniéndome de mal humor, así que una noche salí a ligar.

Me acicalé un poco, me puse mis zapatos de salir y me fui al Cage Club, la discoteca del *resort*. No podía hacer demasiado con mi imagen porque toda la ropa que había cogido para ese viaje eran un bañador rojo y un polo verde, y así llevaba ya casi quince días vestido. Como ya he dicho, viajar solo no es mi fuerte.

Ya en la discoteca, tardé un rato en darme cuenta que estando fuera de España nadie me reconocería, lo cual hacía mucho más cuesta arriba lo de ligar.

Mi técnica se había basado siempre en pedir una copa en la barra, escoger un punto concreto de la discoteca y quedarme quieto mirándolo fijo mientras bebía lentamente. Por lo general, para el segundo o tercer trago ya se había acercado alguna chica a hablar. Le invitaba a algo y el 100 % de las veces terminábamos follando.

Pero ese no era mi lugar, llevaba ya tres copas y más de una hora mirando al mismo punto. Era una columna en medio del local.

Nunca había pasado tanto rato mirando una columna. Nunca había pasado tanto rato mirando fijamente nada, la verdad. Pero había que persistir. Pensé que debía ser proporcional: cuanto más lejos de casa, más rato mirando la columna.

Hasta que al cuarto ron con Coca-Cola se me empezó a ir ligeramente la cabeza. Poco a poco, fui dejando de ver el mundo fuera de esa columna.

Era una columna cuadrada de color morado, de terciopelo y con una barrita metálica en medio para apoyar vasos de tubo. Bastante manchada de la mitad hacia abajo. Cuando quise darme cuenta, a su alrededor todo estaba desenfocado; solo veía colores, luces intermitentes, ruido lejano... y la columna increíblemente bien definida ahí en medio. Mi cerebro había ido bajando el volumen de la música casi a cero, solo se oía un murmullo.

De repente, estábamos solos la columna y yo en medio de un universo negro, vacío. Es raro de explicar, pero sentí que ella también me miraba a mí.

—Hola, Rafa.

La columna me hablaba.

—Hola, columna —le respondí, educado.

Ella tenía una voz suave de mujer.

—¿Qué haces aquí?

—Pues a ver si follo.

—No me has entendido.

—¿Entonces?

—¿Qué haces aquí, en el universo? ¿Cuál es tu cometido en esta vida? Cada día, cuando despiertas y ves el sol de la mañana, ¿tienes objetivos? Y cuando por la noche observas la luna antes de ir a dormir... ¿has aprendido algo nuevo?

—Coño, pues a ver, que yo recuerde...

—¿Has AMADO, Rafa? ¿Has dado AMOR? —De repente, su tono era un poco agresivo.

—He estado con muchas mujeres... Vienen y van. Muchas eran prostitutas, si te soy sincero. Pero en el fútbol es mucho más normal de lo que la gente puede pensar...

—¿HAS HECHO ALGO VERDADERO EN TU VIDA, RAFAEL BRAVO?!

En ese momento, un estruendo me devolvió a la realidad.

Golpes, gritos, cristales rotos. Sonaba como si un grupo de monos locos hubiese invadido la discoteca con intención de destruirla. Estábamos todos en peligro. ¡Esos putos chimpancés de los que tanto me había burlado estos días ahora venían buscando venganza!

Ya estaba detrás de la barra y me había hecho con un cuchillo de sierra para defenderme cuando me di cuenta de que no era más que un grupo de tías. Llevaban pollas en la cabeza, era una despedida de soltera. Respiré tranquilo, me reí y decidí que nunca más me quedaría mirando una columna fijamente. ¡La mente nos puede jugar malas pasadas!

Esas mujeres estaban armando un escándalo terrible, sonaban como hienas felices de estar en llamas. Era imposible ignorarlas. Acosaban a quien fuese que se les pusiera a tiro, y si se apartaba le gritaban «¡maricón!».

Insultaban, escupían, reían. Eran españolas.

Todo ese jaleo me hizo sentir como en casa, así que me acerqué a ver si me absorbía ese agujero negro de pollas de peluche.

Una vez en su radar, no necesité presentarme porque una de ellas me reconoció. Les dije que sí, que era el futbolista de la tele y se desató el infierno.

«¡SALES EN LA TELE!» «¡NOSOTRAS SOMOS DE CÁDIZ!» «¿CONOCES A ANA OBREGÓN?» «¡HUELE A MONO!»

Intentaba responderles a todo, pero era imposible, ellas mismas se cambiaban de tema sin parar. Estaban extremadamente excitadas. Aullaban. Una de ellas estampó su copa contra su propia cabeza de pura alegría. Se movían tan rápido y gesticulaban tanto que se me hacía imposible contar cuántas eran. Recuerdo entre cuatro y cincuenta, aproximadamente. Pude contar siete pezones al aire, eso seguro.

Antes de darme cuenta, ya me estaban llevando en volandas hacia su habitación, como un explorador capturado por una tribu africana. Una tribu de amazonas de la selva que vuelven a su guarida con la presa: un hombre que huele a mono. Por lo visto, estaban en la *suite* presidencial de mi mismo hotel, en el séptimo piso. En la recepción del *hall* debían de estar acostumbrados a

ver este tipo de comportamiento, porque nos dieron las buenas noches de manera cordial a pesar de lo salvaje de la situación.

Una vez en la *suite*, lo recuerdo todo borroso y acelerado: bailamos, bebimos mil chupitos, lanzamos cosas por la ventana, jugamos al Uno...

La habitación era bastante grande, como cinco habitaciones normales juntas, y de tanta gente que éramos no podía ver dónde acababa. Todo lo que veía era humo, zapatos tirados por el suelo, pollas sobre frentes sudadas, rímel corrido. Yo tenía edad para hacer burradas y estaba bastante en forma, pero el ritmo de esas cachondas era demasiado hasta para mí. Una de ellas saltó de la ventana a la piscina y se abrió la cabeza contra el suelo, pero consiguió rodar como una croqueta hasta la piscina. Técnicamente, lo consiguió.

Yo andaba dando tumbos por ahí hasta que me convencieron de hacerle un baile sexi a la novia de quien estaban celebrando la despedida.

Así fue como conocí a Ángeles, mi futura exmujer.

Echada en una cama enorme, toda ella era morena como una pantera... y juraría que incluso tenía los ojos amarillos con la pupila en forma de raya, como un felino. Más adelante, con los años, he podido ver que no es así, que ella tiene los ojos verdes, pero juro que esa noche tenía los ojos amarillos. Muy intensa.

Me dispuse a bailar para ella, pero apenas empecé a moverme vi cómo todos sus músculos se tensaban, cómo de sus dedos iban saliendo unas uñas blancas cada vez más largas y afiladas. Sus pupilas eran una línea cada vez más fina que penetraban en mí como si no hubiese nada más en el mundo.

Le ofrecí todo lo que sé de baile, que es mover un poco la cadera y balancear los brazos con los dedos índices apuntando hacia arriba, siguiendo el ritmo y chasqueando los dedos de vez en cuando. La situación estaba pasando de divertida a escalofriante. Empecé a sudar frío.

Las demás gritaban encantadas alrededor de nosotros, pero Ángeles no parecía amansarse. Se tensaba más y más, y su pelazo de león parecía cada vez más extenso.

Ignoro si eso pasó de verdad o fue una consecuencia de las drogas que me dieron, pero en mi recuerdo Ángeles se convirtió realmente en una pantera. He tratado con algunos domadores de circo en mi vida y por lo que he aprendido de ellos puedo decir sin lugar a duda que eso no era una persona: era una bestia a punto de atacar.

Mis piernas empezaron a temblar y cada vez me costaba más disimular mis ganas de llorar. Muchas de sus amigas seguían gritando que esa estaba siendo la mejor noche de sus vidas.

Entendí que no estaba en una despedida de soltera, sino en un ritual satánico caribeño y que yo era un sacrificio humano para los demonios. La paranoia se apoderó de mí. Todos: el personal del hotel, de la discoteca, los monos del zoo... estaban compinchados para matarme.

Empecé a buscar de reojo la salida más cercana, imposible de identificar en medio de ese tornado de fieras. Como un portero ante un penalti, Ángeles se dio cuenta de que desviaba un segundo la mirada y de repente se incorporó con pies y manos en el borde de la cama, como una

gárgola. Sin perder contacto visual conmigo, presionó todo su cuerpo contra el colchón, agujereando las sábanas con sus uñas.

Claramente, estaba cogiendo impulso para saltar y arrancarme la cara.

Cerré los ojos y todas estallaron en un griterío incomprensible.

Por un segundo, se me apareció esa columna de la discoteca, como un fogonazo, y lo siguiente que vi fue a Ángeles saltándome encima con la fuerza de un jaguar, apresándome y propulsándonos a través de la habitación para estrellarnos contra el televisor enorme que teníamos detrás, que se destruyó clavando todos sus cristales en mi espalda.

Me arrancó la ropa a zarpazos. Caímos sobre la moqueta, era imposible mantener el equilibrio. Me despedí de la rodilla que se me estaba curando. Tres meses de recuperación echados a perder en un instante con esta fiera. Frotándose contra mí destrozó la ropa que cubría nuestros genitales (lo juro, chamuscó la ropa por fricción en cuestión de segundos) y su vagina agarró mi pene como una planta carnívora atrapa su presa. Estaba follándome.

Sus amigas aplaudían y coreaban su nombre.

No veía nada, no entendía nada. Todo daba vueltas a toda velocidad. Estábamos en un coche cayendo por un acantilado y yo era el muñeco con el que se prueba la seguridad del automóvil, un peso muerto rebotando contra todas las paredes. Me zarandeaba por la habitación sin despegarse de mí, rompiéndolo todo como si su vagina fuese una mano empuñando un martillo y ese martillo fuese mi cuerpo entero.

En menos de un minuto estábamos rebozándonos entre cristales y astillas y notaba cómo empezábamos a derribar a otras personas. Oía gritos y huesos partiéndose. Oía a sangre y a goma quemada.

Y, a todo esto, yo no podía apartar la mirada de los ojos de esa pantera que no paraba de rugir. Detrás de ella solo veía destrucción, paredes salpicadas de sangre, caras desencajadas por el horror... hasta que me quedé inconsciente.

Al despertar, ya era de día.

Me encontré solo en medio de esa habitación enorme de la que únicamente quedaban cables pelados colgando de alguna pared, trozos de madera sueltos, manchas de muchos colores, colillas, cristales y un cubo de basura rebosante en un rincón.

Oí un grifo en el baño y, como la puerta estaba abierta (bueno, no había puerta, solo quedaba el hueco de lo que había sido una puerta), vi que ahí estaba Ángeles aseando su poderoso coño en el bidé. Aunque me fijé en que el grifo indicaba que estaba utilizando agua fría, del bidé salía un vapor que estaba empañando todo el lavabo.

Fue entonces cuando nos presentamos formalmente.

Me contó que trabajaba presentando el Telecupón mientras terminaba la carrera de periodismo. Se suponía que se iba a casar la semana siguiente con un compañero de clase, aunque hacía tiempo que sabía que quería romper con él. Pero le apetecía mucho hacer esa despedida. Esa noche había llegado al clímax que tanto buscaba, que con su novio era imposible ni planteárselo; por lo visto,

era un pobre chaval con gafas al que le gustaba mucho leer y ver películas. Necesitaba a un hombre de verdad. Ya no le iba el rollo intelectual, me dijo.

Todo lo que yo le pude responder fue que no sabía lo que era un «inter-Héctor Al», pero que yo era español, por si le servía de algo.

Algo debían tener esas palabras, porque en ese instante ella se levantó con el coño todavía humeante y me estampó un morreo impresionante bajo el sol dominicano.

No sabía si era por todas las lesiones internas, por la resaca o si era una consecuencia normal de haber sido violado durante horas mientras yacía inconsciente..., pero empecé a notar un mareo extraño, muy agradable, que interpreté como amor.

La agarré por la cintura y le dije que la haría *cabalgar con los delfines*.

Y no era una forma bonita de hablar; si tienes suficiente dinero, hay una empresa en República Dominicana que te permite literalmente montar delfines como si fueran caballos.

Así que, para celebrar nuestro nuevo amor, cabalgamos con los delfines, disparamos unos *bazookas*, esculpimos nuestros genitales en hielo, estrellamos un 4×4 contra una juguetería y salimos a bailar. ¡Estábamos enamorados y queríamos que el mundo lo supiera! ¡Éramos libres!

Reímos, lloramos y aullamos a la luz de la luna.

Prendimos fuego a la *suite* presidencial como ritual sagrado hacia el lugar donde habíamos consumado por primera vez nuestro amor y nos volvimos a España. Es cierto que ese incendio se extendió a cuatro habitaciones más y causó numerosos heridos, pero ¡oye!, mi amor por Ángeles era así de expansivo, si te pillaba cerca igual te reventaba.

Dos meses después, nos casamos en Toledo. Me encargué personalmente de que arrancaran la columna morada de aquella discoteca, de que volara en preferente y pudiese atender a mi boda como invitada de honor. La senté con mi familia y fue ella quien consiguió el ramo de la novia.

¡Así es el amor verdadero!

El entrenamiento

—¿Estás familiarizado con la figura freudiana de *matar al padre*, Rafael?

Esta mañana he tenido una sesión más larga de lo habitual con la doctora Angulo. En lugar de escribir, hemos hablado. Me ha hecho unas preguntas raras de la hostia.

—¿Matar al padre de quién?

—El de uno mismo.

—Pero yo soy huérfano.

—Correcto. Pero en ningún momento estoy hablando de matar a nadie literalmente. Es solo una figura metafórica con la que entender cosas más profundas.

—¿Más profundo que matar a alguien?

—Olvida lo de matar. De lo que te estoy hablando es de cortar con todos los vínculos de dependencia o admiración que nos encadenan a nuestros progenitores. Asumir la madurez en uno. El proceso en el que uno pasa de ser un niño a ser un hombre.

—Yo soy un hombre, de eso no hay duda.

Esta es mi primera semana de entrenamientos con la Selección. Ando un poco disperso y lo último que necesito es una loquera haciéndome dudar de mi masculinidad.

Ya conozco a algunos de los jugadores, pero la mayoría son nuevos para mí. A eso hay que sumarle el poquísimo margen de tiempo que tenemos para definirnos como equipo. No es una buena semana para ponerse a hablar del padre de quien sea y menos para planear su asesinato.

—Rafael, eres un hombre. Eso lo tenemos claro.

—Sí.

—Pero esto no va de tu masculinidad. La muerte del padre en la psicología de un futbolista es un punto importantísimo. A veces es sencillo, pero muchas otras es... bastante delicado. Y siendo tú, además, huérfano, el cuadro puede ser mucho más complejo. Puede que sea el origen de toda tu ansiedad. O puede, también, que no sea nada. Por eso necesitamos hablarlo.

—Entiendo —respondo sin entender nada.

—Muy bien. Entonces, teniendo clara tu condición de huérfano, ¿en algún momento de tu vida has sentido que *abandonabas* a tu padre? Y por «padre» me refiero a cualquier figura paterna; ya puede ser un hermano mayor, un entrenador o incluso un lugar, como por ejemplo tu pueblo natal.

Es verdad que, como entrenador, siempre me he hecho la película de que soy el padre de todos los chavales del equipo. Más que con mis propios hijos.

Son chavales jóvenes y por lo general están atrapados en una ciudad que no es la suya, así que es natural que a ellos también les surja el instinto de verme como una figura paterna. Esto no es un

trabajo de oficina en el que tu jefe es un cateto cualquiera al que dejas de ver al terminar la jornada. Esto es más parecido a un pelotón en plena guerra, de hecho. Nos entrenamos, viajamos, peleamos y dormimos juntos. Siempre juntos, como soldados. Nuestro país nos ha escogido para defenderlo ante el ataque de otros. Somos defensores, somos conquistadores.

Algunos estudios demuestran que, si no fuese por la ira desfogada en el fútbol, cada semana tendríamos una guerra civil.

—La psicología del jugador suele hacer el mismo proceso en la mayoría de casos. Es un proceso de maduración lógica —me cuenta la doctora—. En él podemos identificar estas cinco fases.

Me enseña una pizarrita con cinco puntos, cada uno ilustrado por un simpático dibujillo. Me gustan los dibujillos, por fin algo que entiendo. La doctora me los señala con un bolígrafo:

LUCHA
ILUSIÓN
SUBIDÓN
DISFRUTE
ACEPTACIÓN / MADUREZ

—Según dónde se encuentre el sujeto en su trayectoria futbolística, podemos encajarlo en una de ellas.

—¿Cuál es la mía?

—Tú ya no eres jugador, Rafael. Tú eres entrenador. Lo lógico es que tú ya hayas superado esas cinco fases.

—Esto debe de ser algo nuevo que han puesto hace poco, como el VAR, ¿no? No recuerdo nada parecido cuando yo jugaba.

—Es solo una forma de entender un proceso interior que ha existido desde siempre. Una evolución personal. Nada que ver con ninguna competición. Incluso se podría aplicar a otros oficios.

—¿Es algo así como los cinturones de judo, que según te vas haciendo mejor van cambiando de color?

—No. Bueno... pongamos que sí. Es como los cinturones de judo... pero en la mente.

—Ostras.

—Primero está la Lucha, que se suele relacionar con la adolescencia, incluso con la niñez. Durante ese periodo, el futbolista está luchando para, precisamente, convertirse en futbolista. Necesita diferenciar el terreno del *patio de colegio* del del campo de fútbol profesional. El deporte es una pasión que le rebosa, y ni siquiera él mismo lo sabe. Para él, para *el niño*, eso es la vida normal sin más. No reflexiona, solo reacciona.

—Lucha.

—Exacto. Y en esa lucha necesita un montón de fe. Es lo único que tiene, la fe en que si lucha

con la fuerza suficiente algún día será llamado al Olimpo del fútbol profesional, un día se convertirá en uno de los elegidos... hasta que alguien se fija en él.

—¿El padre?

—No exactamente. Quien se fija en él, *el descubridor*, suele ser alguien externo a su círculo familiar y cercano al entorno profesional. Lo anima a abandonar el nido. Lo anima a *dar la espalda al padre*.

—¡Ahá!

—Esta transición es fundamental que se lleve a cabo de forma amable. De lo contrario, su crecimiento mental como jugador puede verse afectado negativamente. Si se hace mal, puede haber trauma.

Me da la impresión de que, por lo general, los jugadores de la Selección mantienen buena relación con sus padres.

Algunos se pasean en los descansos hablando con ellos por el móvil, otros quedan para invitarlos a cenar. Todos tienen detalles con ellos; les regalan coches nuevos, viajes increíbles, casas más grandes... Son hijos de gente corriente, chavales educados en un entorno obrero, sencillo, que de repente se ven con varios millones de euros entre las manos. Imagino que es normal que tengan gestos de agradecimiento hacia quienes hasta hace nada les estaban llevando al entreno extraescolar. Hacia quienes les lavaban la ropa o les compraban videojuegos.

Por norma general, los padres responden mandando comestibles. Reciben un Mercedes y ellos responden con un buen vino del Eroski. Un viaje a Nueva Zelanda a cambio de galletas del pueblo. Netflix, HBO y Movistar+ por un chorizo. Jóvenes y mayores se entienden a la perfección en esta correspondencia de trueques.

Yo nunca he tenido que preocuparme de eso.

Ayer, Sergio Ramos trajo torrijas que le había mandado su madre, por ejemplo. Repartió entre todo el equipo antes de empezar a entrenar. Estaban todos encantados. Está claro que Sergio Ramos no ha abandonado el nido todavía, el pobre. Este no ha sabido matar ni una mosca.

—No, Rafael. Seguir queriendo a tus padres no implica permanecer en el nido —remarca la doctora—. De hecho, abandonar el nido debe reforzar esa relación.

—Ah.

—Después de que alguien lo haya descubierto, el niño futbolista pasa al estadio de Ilusión. En esta fase ve cómo sus fantasías empiezan a hacerse realidad. A pesar de que la vida le esté invitando a abandonar el nido, aquí es importante mantener el apoyo de los padres. El niño se vuelve profesional, pero debe seguir luchando. Las fases de Lucha y de Ilusión van ligadas. ¿Recuerdas tu Ilusión, Rafael?

—Bueno... recuerdo cuando me ficharon con quince años en un equipo de Tercera, el Valdemorro. Más que ilusión, la sensación era la de ir de un orfanato a otro, sin más. Me gustó, claro, porque en el club me dejaban jugar mucho más a fútbol. No hacía otra cosa.

—¿Y no había nadie con quien pudieses compartir lo que te estaba pasando? Un amigo, un

mentor...

—No hablaba mucho con nadie. Nunca he sido de ir alardeando.

—Hombre, pero no es cuestión de alardear, es simplemente compartir experiencias. Es sano celebrar cuando las cosas le van bien a uno.

—Yo era un chaval discreto, y cuando las cosas me iban bien prefería no confiarme. Los que celebran demasiado corren el peligro de convertirse en vagos.

—No confundamos ilusión con holgazanería. La ilusión es la gasolina para seguir luchando. Es la confirmación de que la fe sirve para algo. Por eso es decisivo el apoyo de los progenitores, para terminar de encarrilar la carrera del chaval en un momento de la vida tan determinante.

—Pues en mi caso no recuerdo haber vivido nada por el estilo... pero yo seguí prosperando como futbolista, ¡mi carrera iba *p'arriba* como un cohete!

—Por supuesto, Rafael.

Baja la mirada y aprieta el botón de su bolígrafo. Anota en su cuaderno.

—¿Por qué apuntas en el cuaderno? ¿He dicho algo que no debería?

Si hay algo que me toque los huevos son los secretos, y, tal como yo lo veo, anotar cosas sobre otra persona es casi como tener un secreto.

—¡En absoluto! Es parte de mi trabajo, nada más. —Aparca el cuaderno a un lado, donde la caja de *kleenex*—. Entonces... después de la Ilusión viene ¡el Subidón!

—¡Suena bien!

—El joven futbolista ya pertenece al mundo profesional, es oficialmente uno de los elegidos. Lo fichan en Segunda, o hasta en Primera, y ya puede empezar a vivir bien. Su ilusión se convierte en un subidón parecido al que al resto de los mortales nos puede proporcionar alguna potente droga excitante. Solo que en su caso el subidón es permanente, no se le quita. Eso le lleva a trabajar más duro, a dar más de lo que se le pide, cada día es la oportunidad perfecta para superarse. Esta fase culmina cada vez que mete un gol. El gol es el paradigma de este subidón. Un chute de adrenalina directo al corazón.

—Esto lo tengo clarísimo, así es.

—Ninguna droga en el mundo puede igualar la sensación de fuerza sobrehumana que proporciona meter un gol ante millones de espectadores. El futbolista se siente sobrepasado y se convierte en un guerrero mitológico que lucha por sus colores. Por una afición, por un pueblo, por una bandera. Es un semidiós.

—Tal cual.

—Sería lógico pensar que ese es el momento en el que el jugador mata al padre. Vuela tan alto que ya no necesita saber nada de sus progenitores.

—Obvio.

—Pues no. En esta fase es crucial mantener el contacto con los progenitores. Ellos se encargarán de que su hijo mantenga los pies en el suelo. En esta fase el ego del futbolista está disparadísimo, recibe descargas eléctricas a cada rato. Así pues, el entorno familiar debe

equilibrárselo. De no ser así, el chaval se creará todas sus fantasías y se quedará estancado en la edad mental que tenía cuando marcó su primer gol televisado. Pongamos que eso le sucede a los diecisiete años; pues si en su familia nadie le baja los humos, ese futbolista permanecerá el resto de su vida adulta con una mentalidad de diecisiete años. Cristiano Ronaldo es muy buen ejemplo de esta clase de patología.

Ahora me cuadran muchas cosas, desde luego.

Por supuesto, yo también me he creído un dios incontables veces. Es inevitable. Cuando juegas en Primera División, el mundo entero te trata literalmente como tal. Te rezan y todo. En la periferia del campo de entreno de la Selección he llegado a ver gente acampada, poniendo velas a pequeños altares que improvisan ahí con camisetas, muñecos y cromos de los jugadores. Como una secta. Como si estuvieran esperando la llegada de extraterrestres.

Pero yo no soy hombre de grandes celebraciones. A falta de un padre, quizá ha sido eso lo que me ha mantenido los pies en el suelo en mi carrera futbolística, como dice la doctora Angulo.

—¿Es posible que este subidón funcione también como forma de distanciarse de las miserias de uno mismo? ¿Que cada gol entierre un poco más el verdadero Yo del jugador?

Al preguntar esto, la doctora mira por un segundo su cuaderno, pero no lo coge. Se reprime.

—Vaya, es una pregunta muy profunda, Rafael. Puede darse el caso, por supuesto. El gol es un momento sagrado, la prueba empírica de que la vida tiene sentido. Y, claro está, sirve como gatillo para que se disparen todas las emociones que uno alberga en su mente, incluidas las que se pretenden enterrar. En ese instante de extrema pureza es cuando la verdadera personalidad del futbolista sale a flote, aunque sea por un segundo. Si el futbolista en cuestión siente que eso le ayuda a enterrar su verdadero ser, eso puede significar que todavía está encallado en la fase de la Lucha. Su lucha no ha sido resuelta. ¿Es posible que sientas que tu lucha no se haya resuelto, Rafael?

Se queda mirándome fijamente a través de sus gafas de pasta. Eso me pone un poco nervioso, así que intento cambiar de tema.

—Tengo otra pregunta: ¿y los porteros? ¿Qué sienten los porteros? Ellos no marcan goles.

Resopla y baja la mirada.

—¿Los porteros...? No... No, los porteros son otro rollo. —Parece un poco decepcionada—. Tienen una psicología completamente distinta, muchísimo más compleja. Vienen a ser algo así como los gatos del fútbol.

—Ajá, comprendo. ¿Y las siguientes fases, entonces?

—Disfrute y Madurez. El futbolista habrá adoptado los subidones en su rutina, lo cual los normalizará. Normalizar los subidones puede sonar aburrido o frustrante, pero, si el crecimiento personal del jugador se ha llevado de forma sana, no tardará en darse cuenta de que no son tan importantes. Que hay que disfrutar del juego y ya está. Ya no se tratará de buscar ansiosamente esos subidones; ya no los necesitará. Seguirá batallando sus pequeñas guerras diarias como cualquiera de nosotros, por supuesto. Pero desde su posición de futbolista consolidado, consciente

de su suerte. Comprenderá el auténtico significado del juego en equipo, comprenderá que él es solo una minúscula pieza en un engranaje mucho más grande. Eso le permitirá volver a gozar del fútbol como cuando jugaba en el patio del colegio.

—¿Sin preocupaciones?

—Sin inseguridades, que es distinto. Habrá logrado ahogar su ego. A esta fase se suele llegar en la segunda mitad de la veintena. En la vida del deportista es fundamental relativizar. Su vida profesional es más corta, así que no se puede aferrar a los subidones como si fueran lo único que le hace sentir vivo. Eso le terminaría generando problemas de ansiedad y una inevitable depresión.

—¿Y qué pasa con el padre?

—El padre sigue ahí, aunque ya lejano. Es un faro muy potente que lo ha guiado desde que abandonó el nido familiar y ahora ya lo ve borroso, apagándose. El futbolista ya ha relativizado, se ha librado de la toxicidad de su ego, y gracias a eso está disfrutando como nunca. Disfruta del juego como un niño, disfruta del deporte, pero también de su vida fuera del equipo. De sus amigos, su pareja, su familia, puede que incluso de una *nueva familia*. Habrá llegado a la Maduración, el momento en el que se dará cuenta de que todo es una gran broma absurda. De que esta propaganda heroica que vende el fútbol no es más que una patraña.

—¿Cómo que una patraña?

—Una patraña bonita, pero patraña al fin y al cabo. La afición, los colores, las banderas, la patria... *la idea de GANAR*. Todo esto forma parte de un imaginario infantil de patio de colegio. Un terreno mental al que, para entonces, recordemos, él ya habrá vuelto. Después de esta apasionante aventura que ha sido el fútbol, el jugador vuelve al estado de felicidad básica del niño. Retorna al punto de partida. Y, paradójicamente, reconectando con su niño interior, el futbolista se convierte en un hombre. Mira lo que hay detrás del telón y descubre que en realidad todo era un cuento, como en el final de *El mago de Oz*. Como los Reyes Magos. Como el *marketing*. Y eso no es malo. De hecho, es liberador. Es entonces cuando, por fin, *mata al padre*. Por primera vez empieza a disfrutar de la vida por su cuenta. Algo así debiste de sentir tú cuando dejaste de jugar, ¿no es así, Rafael? ¿Rafael? ¿Eo? ¿Me oyes, Rafael...?

La cerveza más amarga

Después de nuestro último cara a cara, la doctora Angulo me ha estado insistiendo en que escriba sobre mi infancia. Sobre mis padres. Aun subrayando que soy huérfano, que está pinchando en hueso, ella se empeña como si hubiese encontrado una pepita de oro enterrada. Pero, claro, el trabajo de minero lo tengo que hacer yo. Mientras, ella se pone cómoda delante de cualquier serie de Netflix.

—Lo importante es que escribas cosas... ¿eres huérfano? Pues escribe sobre eso. ¿Cómo recuerdas tu infancia? Si recuerdas algo de tus padres, ¿qué recuerdas? Aunque sean solo sombras y siluetas. ¡Tú escribe! ¿Qué más da, si luego no lo va a leer nadie?

Me lo ha soltado tal cual, mientras se colocaba los auriculares, con la cara de Sandra Bullock pausada en la pantalla de su portátil.

A ver. Entonces... mis padres.

A ver.

Benito Bravo y Dolores López.

Esa gente.

Me tuvieron en 1970, el último de ocho hermanos, todos varones.

Todos, hermanos y padres, nacidos y criados en Dos Piedras, Cáceres.

Mi madre trabajaba en el campo recogiendo cebada, y mi padre, en la fábrica.

La fábrica de cerveza, no había otra.

De hecho, no había otro negocio en todo el pueblo. El pueblo entero vivía por y para la cerveza, que luego se distribuía por los bares de toda España.

Cerveza Dos Piedras: «La más amarga de toda Extremadura».

Ese eslogan no engañaba, ya que por entonces era la única cerveza que se servía en toda Extremadura, así que, técnicamente, también era la más amarga. Además, era muy amarga.

Obviamente, mi padre esperaba que yo terminara trabajando en la fábrica. Como él, como su padre, como su abuelo, como todos mis hermanos y antepasados... Cualquier hombre nacido en Dos Piedras estaba destinado a trabajar en la fábrica de cerveza o, en su defecto, en el bar. A los médicos, profesores y curas los traían de fuera.

Por alguna razón, ahí casi no nacían mujeres y las que había trabajaban en el campo, como mi madre, o se quedaban en casa.

En el colegio, todas las asignaturas estaban enfocadas a enseñarnos a fabricar cerveza. Problemas de matemáticas, frases que analizar en lengua, experimentos de ciencia... todo giraba en torno a la cerveza.

Como en cualquier otra parte, la edad legal para empezar a beber alcohol era a los dieciocho años. Pero con la cerveza se hacía una excepción, así que a los alumnos de Dos Piedras también nos la servían en el comedor del colegio. Las niñas podían escoger beber agua del grifo también. Pero si un niño bebía algo que no fuese cerveza... inmediatamente se convertía en sospechoso.

«Sospechoso de ser niña», decía mi padre.

El médico recomendaba cerveza para casi cualquier dolencia. Y si eso no funcionaba, recomendaba dejar de tomarla durante unos días. Ir probando entre esas dos opciones hasta que el problema se arreglase.

Cada domingo, en misa el cura partía el pan con cerveza, obviamente. Lo seguía llamando «vino», claro, pero en el copón había cerveza.

Eso había provocado cierta controversia y hasta llegaron a mandar curas del Vaticano a investigarlo. Finalmente, lo arreglaron acordando que cada vez que se mencionara el vino el cura tenía que hacer el gesto de comillas con los dedos.

Respecto al deporte, recuerdo que el fútbol ya me encantaba por aquel entonces. Para cualquier niño criado en España eso sería de lo más común, pero no en Dos Piedras. Ahí el deporte rey eran las peleas clandestinas en el aparcamiento, mientras que el fútbol se consideraba una afición para débiles y acomodados. Cada domingo, después de misa, lo habitual era que todas las familias nos juntáramos a comer carne en el solar trasero de la gasolinera del pueblo, y al terminar llegaban los distintos equipos de luchadores para librar el *match* de esa semana. Se solía alargar hasta pasada la medianoche.

Había siete equipos en toda la comarca. Cada uno estaba formado por entre cuatro y seis luchadores (según cómo hubiesen terminado en anteriores encuentros) y el entrenador (que la mayoría de las veces también terminaba peleando). Las peleas eran de uno contra uno y cada luchador podía escoger su arma entre las siguientes opciones: palo de madera, botella de cristal rota, llanta de camión o a mano limpia.

En cada encuentro se enfrentaban dos equipos y tenían que pelear todos sus luchadores. En caso de empate, se terminaba con una lucha de «todos contra todos», una batalla campal.

El reglamento era bastante simple: cada pelea duraba hasta que uno de los dos luchadores quedaba inconsciente o, directamente, moría. También existía la opción de que alguno de los luchadores huyera corriendo; en ese caso, estaba permitido dispararle con las escopetas que traían los cazadores del pueblo. Si aun así lograba escapar, entonces se volvía un hombre libre, pero no podía volver a pisar Extremadura jamás.

En los combates valía todo mientras la actitud del luchador fuese la adecuada. Si gritaba mucho y desde el público veíamos que estaba loco y nos daba miedo, valía. Aun teniendo tan pocas normas, se contaba con un árbitro para determinar lo correcto en situaciones de confusión. La posición de árbitro no era nada agradecida, ya que en ocasiones terminaba peor que los propios luchadores. Así que el Ayuntamiento había llegado a un convenio con la cárcel provincial para que cada semana pudieran sacar temporalmente a un presidiario a que arbitrara las peleas. En

caso de muerte del árbitro, se podía continuar sin él. Era una figura más simbólica que útil, en realidad.

El público se agolpaba de pie en un perímetro de unos cinco o seis metros y animaban a los de su equipo. Durante el torneo, el ambiente a veces se caldeaba hasta el punto de que algunos hombres del público también terminaban tostándose entre ellos. Muchas veces era así como entrenadores de distintos equipos decidían sus próximos fichajes.

Al terminar la temporada, el equipo ganador recibía tres cajas de cerveza Dos Piedras y el luchador que hubiese ganado el combate final se convertía en el nuevo alcalde del pueblo.

Mi padre era un fanático de este deporte. Siempre le había apenado no poder participar como luchador debido a una lesión que tuvo de joven en la fábrica, que lo había dejado cojo de por vida. Por eso era tan importante que todos sus hijos peleáramos alguna vez con el equipo local, el Dos Hostias.

Para cuando yo rondaba los ocho años, cuatro de mis hermanos ya habían peleado y uno estaba en curso. Habían sufrido múltiples lesiones; algunos habían perdido ojos, orejas o cuero cabelludo, pero ninguno había muerto. Todos habían terminado trabajando en la fábrica de cerveza, claro está. Ese era el procedimiento habitual para cualquier chico en Dos Piedras: estudiar (opcional), luchar, hacer la mili y, finalmente, entrar a trabajar en la fábrica de cerveza.

Pero a mí me gustaba el fútbol... a pesar de que mi padre lo viera como un «deporte de niñas».

Estaba apuntado al equipo de fútbol de la escuela, aunque procuraba no alardear mucho de ello en casa ya que tanto mi padre como mis hermanos se burlaban de mí. Para ir a los partidos que jugábamos los sábados contra escuelas de otros pueblos me levantaba muy temprano y me iba de casa sin hacer ruido, para meterme en el coche de Alberto, el entrenador.

Alberto era conocido como el maricón del pueblo. No es que fuese homosexual ni nada, es que una vez se le escapó decir que había ido al cine a ver una película en versión original y ya le pusieron ese mote.

Aunque no le gustase, mi padre sabía que yo estaba apuntado a fútbol e incluso que se me daba bien. Pero era un tema que más valía evitar. Mi madre era quien mediaba entre nosotros. Ella lo veía con mejores ojos y se encargaba de gestionarme el papeleo para apuntarme a entrenos extraescolares.

Me daba mucho miedo decepcionar a mi padre, pero por otro lado disfrutaba muchísimo con el balón. Nuestro equipo era el primero en toda la provincia y yo, modestia aparte, era el pichichi de esa liguilla.

Recuerdo con mucho cariño esas tardes frías de invierno en las que los entrenos me hacían entrar en calor, un calor reconfortante y lleno de emoción. Después de los entrenos, sudado y con los mofletes rojos, esperaba a mi madre en el bar del pueblo tomándome mi quinto de cerveza. Durante ese rato podía gozar de *Bota contra balón*, un programa de tertulia futbolística que daban a esa hora en la tele del bar. Ahí aprendía la teoría del juego. Finalmente, volvía a casa con mi madre, a quien le contaba mis peripecias deportivas de ese día. Al llegar a casa, cada uno se iba a

lo suyo: ella a preparar la cena y yo a hacer mis deberes... y ahí no había pasado nada. Era nuestro secretillo.

Hasta el día en que mi padre explotó.

Yo tenía catorce años y había hecho ganar tantos partidos a mi equipo que la gente del pueblo empezó a hablar. Hablaron y hablaron y mi fama terminó llegando a mi padre a través de un compañero suyo en la fábrica. Le fue a felicitar por mis victorias y él montó en cólera. Reaccionó partiéndole varias costillas con una barra de hierro y salió hecho una furia, buscándome por el pueblo, cojeando como un viejo borracho.

Yo estaba en el bar, como cada tarde a esa hora, mirando *Bota contra balón* mientras me tomaba una Fanta. A la vista de cualquiera que pasara por esa calle.

Recuerdo a mi padre dando un portazo brutal que rompió el cristal de la puerta.

—¡RAFAEL BRAVO! ¡MARICÓN DE MIERDA! —Jaime, el *barman*, intentó frenarlo, pero mi padre lo tumbó de un puñetazo—. ¡Te voy a meter el fútbol por el culo, a ver si te gusta!

—¡Padre, reprímase, por lo que más quiera! —Asustadísimo, corrí a esconderme detrás de la barra—. ¡Jugando a fútbol no hago daño a nadie!

—¡Ese es el problema, gilipollas!

Se quedó quieto de repente, el verde luminoso del fútbol en la tele lo había paralizado momentáneamente. A pesar de su cojera, se subió rápido a una mesa para agarrar el aparato y con la fuerza de un gigante lanzarla contra mí, destrozando la estantería de botellas que tenía justo encima. Me cayó una lluvia de cristales y alcohol, y antes de poder abrir los ojos él ya me había agarrado del pelo, sacándome a rastras por encima de la barra, llorando y sangrando. Me puso en pie y me pegó una hostia que me volvió a tumbar.

—Como me llamo Benito que mañana te apuntas a pelea.

Los cuatro señores que había ahí bebiendo estaban en *shock* sin saber cómo reaccionar, como si un camión se acabara de estrellar contra el bar.

—¡Mi hijo todavía no sabe que en esta vida un hombre tiene que PELEAR Y FABRICAR CERVEZA! Él prefiere la vida cómoda de jugar a fútbol como uno de esos pijos de la tele. ¡Como una nenaza! ¿Te crees que algún día serás alguien? ¿Un futbolista famoso y rico? ¡Eres un desgraciado y lo serás toda tu vida! ¿Me oyes, niño? —Me agarró del pelo otra vez y me gritó a la oreja—: ¡A partir de mañana, te van a partir la cara cada día!

Así fue, a hostias, como entré en el equipo de pelea de Dos Piedras.

Mi felicidad futbolera se vio sustituida por la violencia pura y dura de la España profunda. Entrenamientos diarios, en la escuela y extraescolares, peleando por mi vida contra otros niños borrachos. Encajando puñetazos, mordiscos, puñaladas, salpicaduras de sangre, escupitajos... En el patio, en la calle, en casa...

Durante un año entero. Endureciéndome. Peleando bajo la lluvia hasta vomitar.

Nuestro entrenador era Salazar, un exmercenario que había intervenido en distintas guerras a lo largo del siglo XX y que aseguraba no haber visto una película en versión original en toda su vida.

No había visto ninguna película, a secas. Decía que había viajado por todo el mundo en busca de «la selva perfecta en la que desafiar a un duelo al mismo demonio» y que en Dos Piedras había encontrado su paraíso.

Tenía puñetazos catalogados para todo: puñetazos para cuando llegabas tarde, para cuando llegabas antes de tiempo, para cuando llegabas en punto... para hombres, para mujeres, de día, de noche... Fueses quien fueses y pasara lo que pasara, tenía algún tipo de puñetazo para ti. El entrenador más hijo de puta que he conocido en mi vida, y eso que no son pocos los que me han presentado.

En mi decimoquinto cumpleaños, por primera vez en mi vida mi padre me regaló algo: una botella de cerveza.

Nos la bebimos entre los dos sin decirnos nada, en la cocina de casa. Al terminárnosla, todavía en silencio, la reventó de un golpe contra la nevera. Después de un año recibiendo hostias, ni me inmuté por el estruendo.

Me entregó la mitad resquebrajada de botella que había quedado en su mano, la del cuello.

—He hablado con Salazar y te han aceptado en el Dos Hostias. Ya eres un hombre.

Y me dio un abrazo.

Iba a pelear en el siguiente torneo con el equipo oficial de mi pueblo y ya tenía mi arma. Debutaba ese mismo domingo.

Esa noche, mi madre vino a mi cama a decirme buenas noches. Ya casi no hablábamos desde que había dejado el fútbol. Se la veía preocupada.

—Rafael. No debería decirte esto, pero ya no me puedo aguantar más. No me lo perdonaría nunca si te pasara algo grave y te hubieses quedado sin saberlo.

—¿Qué pasa, madre?

—Poco después de que dejaras de jugar a fútbol, llegó esta carta... —Asomó un folio que tenía guardado en el regazo—. Suerte que la pillé yo antes que tu padre. Es de un club de fútbol de Madrid. Uno juvenil de Tercera División en el que por lo visto oyeron hablar de ti.

El corazón me empezó a latir a toda castaña.

—Algún cazatalentos te debió de ver en uno de tus partidos. Ha pasado un tiempo ya, pero con lo bueno que tú eres seguro que todavía están interesados en ficharte.

—Pero, madre, no puedo irme a Madrid sin que padre se dé cuenta. Y él nunca me dejaría...

—Por eso te animo a que te escapes.

—¿Cómo?

—Que huyas, que te vayas de este agujero y no vuelvas nunca más. Estoy dispuesta a no verte nunca más si eso implica que tengas una vida mejor.

—Pero no... no puedo, es una locura. Cuando padre se enterase vendría a por mí y me mataría. Además, aquí tengo todas mis cosas, a vosotros...

—Aquí no tienes nada que hacer, Rafael. Tu talento es jugar a fútbol y, según esta carta, en Madrid lo valoran. Aquí a lo máximo que puedes aspirar es a sobrevivir y trabajar en la fábrica,

nada más.

—¡Pero huir sería de cobarde!

—Hijo mío, peleas como el culo. A no ser que haya un milagro, este domingo te van a matar. Tú mismo.

Apagó la luz y desapareció por la puerta. Me había dejado la carta ahí, dentro de la cama.

No pude dormir. Me quedé dándole vueltas, palpando la carta en la oscuridad, sin poder pestañear... hasta el domingo en el aparcamiento. Mi debut como luchador oficial de Dos Piedras. Mi arma: la botella de cerveza rota regalo de mi padre, temblando en mi mano. Mi contrincante: un chaval que medía dos metros del equipo Sangre de Gorrino.

El griterío habitual reinaba sobre el asfalto manchado de sangre seca. El entrenador Salazar me propinó su conocido puñetazo en la cara para desearme suerte y me arrojó al perímetro de lucha.

«¡Arráncale la cabellera!», «¡Mátalo por los huevos!», «¡Cómele la cara, que no lo reconozca ni su madre!» o sobre todo «¡CÁRGATELO!» era el mar de arengas en el que me encontraba flotando, sin saber si iban para mí o para el otro tío o simplemente para dar ambiente.

En ese momento, una mano tiró con fuerza de mi brazo. Era mi padre, que llevaba una gorra con el logo de la cerveza Dos Piedras e iba vestido con una camiseta blanca en la que se leía «¡VAMOS, HIJO!» en letras marrones escritas a mano.

Me agarró de la nuca y me habló al oído:

—Rafael, estamos orgullosos de ti. Sal ahí a darlo todo, Dos Piedras hoy son tus dos cojones, ¿lo sientes? —Me aplastó los huevos con su mano gorda, dejándome sin respiración por un segundo—. ¡SAL AHÍ Y MÁTALO! ¡Ni te lo pienses!

Y estas fueron las últimas palabras que me dijo mi padre.

Me quité la sudadera para quedarme en camiseta Imperio y calzoncillos, el uniforme reglamentario para pelear, y al agacharme a guardarla en mi mochila descubrí un sobre con veinte mil pesetas dentro. Sentí un golpe más fuerte que el que me acababa de dar mi padre en los huevos. Eso solo podía ser cosa de mi madre, dándome el empujoncito definitivo para escapar.

Me sentí mareado. Volví al terreno de juego y me planté delante de esa mole de chaval. Me dolía todo, y eso que aún no habíamos empezado. Todo empezó a girar a mi alrededor, nada tenía sentido. Y mientras el árbitro presidiario gritaba las pocas normas, di media vuelta, agarré mi mochila y salí corriendo abriéndome paso entre toda esa muchedumbre, rajando con mi botella a todo aquel que intentaba frenarme.

Escapé.

Pude salir del barullo y eché a correr lo más rápido que me permitió el cuerpo, atravesando el solar, atravesando la gasolinera, atravesando la maleza... mientras oía disparos lejanos, perdigones silbándome a los lados y explotando cerca de mis pies.

Me atreví a girarme un instante y vi a mi propio padre el primero de todos, con su camiseta de mierda, disparándome y cagándose en mi calavera.

Eso es lo último que sé de mis padres.

Expulsado de Extremadura, en calzoncillos, corriendo como una liebre con veinte mil pesetas y una carta de recomendación del que sería el primer equipo de fútbol oficial que me ficharía. Así es como llegué a Madrid.

Huérfano.

A partir de entonces, pasé a ser Rafael Bravo, el huérfano quinceañero necesitado de que algún club de fútbol lo adoptara.

¿Y qué saco yo de haber escrito todo este rollo? ¿De qué manera me ayuda?

La verdad es que nunca antes se lo había contado a nadie, ni en público ni en privado... y haberlo explicado, aunque sea por escrito, me hace sentir raro... como si de repente pudiese ordenar todos mis miedos.

¿Es Dos Piedras una representación subconsciente de mi idea de España?

¿El vértigo que siento por entrenar la Selección es un reflejo de mi pánico por pelear en el equipo de mi pueblo? ¿Tengo miedo de volver a decepcionar a mi padre? ¿O debería centrarme en la bondad y esperanza de mi madre? ¿Es la cerveza el fluir que nos une y nos hace a todos iguales?

¿Son mis cojones dos piedras o dos trozos de plastilina?

Menuda gilipollez, lo único que ha avanzado aquí ha sido la serie que se está mirando la psicóloga en su portátil.

Dejar de jugar

En el fútbol, al igual que en el porno, la jubilación llega rápida y a la fuerza. Ambos gremios están formados por veinteañeros alegres y llenos de energía que lo único que desean es salir ahí a comerse el mundo. Es un trabajo sobre todo físico. Dominar el terreno de juego realizando peripecias, sudando y brillando bajo la luz de los focos, con sus cuerpos perfectos, flexibles, atléticos... haciendo realidad las fantasías de millones de espectadores alrededor del mundo.

Hasta que llega la treintena y nos damos cuenta de que ya no damos para tanto. Nuestros cuerpos se van volviendo cada vez más blandos y difíciles de mantener. De repente, todo cuesta el doble. Al igual que pasa con el champú que utilizamos en las duchas después de un partido (o de un *bukake*), cada vez tenemos que apretar más fuerte para que salga algo de ahí.

En mi caso, fue en la temporada 2003-2004. Con mis treinta y cuatro años recién cumplidos, me di cuenta de que esa era mi temporada de despedida. Acababa de ser padre de los trillizos. Había llegado el triste momento de dejarlo...

... por lo menos en la Primera División española.

Del mismo modo que cuando se acaba el champú existe el truco de echarle algo de agua para apurarlo unos días más, existe el equivalente de eso en una carrera futbolística. Estoy hablando, por supuesto, de fichar por la Nihon Puro Sakka Rigu. Es decir, la liga japonesa.

Japón recibe con los brazos abiertos (y un montón de dinero) a futbolistas europeos a punto de retirarse. No tienen ni puta idea de fútbol, así que celebran cualquier gilipollez que uno les pueda hacer con el balón. Es un país de gnomos felices, encantados de pagar literalmente por cualquier cosa. Para los futbolistas es una manera perfecta de despedirnos del oficio, echando nuestros últimos partidos ahí, gozando del juego sin complejos ni presión.

De manera que acepté la primera oferta que me hicieron sin pensármelo. Fiché por el Cerezo Osaka, en la ciudad de Osaka. Porque me hizo gracia el nombre.

Tan pronto firmé el contrato, quise currármelo para Ángeles, que por entonces todavía era mi mujer. Estábamos atravesando una etapa un poco tensa, así que me encargué yo solito de buscar casa en Osaka, guardería para los niños y hasta un trabajo en la tele japonesa para ella.

Presenté mi retirada ante la directiva de mi club e inmediatamente pusieron en marcha todo el papeleo necesario, comunicados, rueda de prensa, etc. Mi contrato lo permitía y ellos lo entendieron perfectamente. Fue todo mucho más fácil de lo que imaginaba.

A la mañana siguiente, se celebró mi despedida oficial ante los medios, que fue como la seda. Solemne y emotiva. Todos fueron muy amables conmigo. El presidente del club dio un discurso

lleno de buenas palabras, muy sincero. El mister hizo un poco de retrospectiva de mi paso por el equipo y mi carrera como futbolista en general.

El presidente del equipo japonés había volado desde Osaka para poder estar también ahí presente para hacerme entrega de la camiseta del que iba a ser mi nuevo equipo.

Por mi parte, intenté dar un bonito discurso de agradecimiento hacia mi club, nuestra afición y España en general, a la que, muy a mi pesar, tenía que decir adiós.

Hubo aplausos de periodistas, cámaras y personal técnico del equipo. Casi se me saltan las lágrimas.

Después de las fotos y los abrazos correspondientes, tocaba el almuerzo de rigor con los medios, pero yo no me quise liar y me fui discretamente. Todavía tenía que ponerme en serio con el jaleo de la mudanza y no quería perder ni un minuto.

Conduciendo hacia casa, por fin sentí que empezaba una nueva etapa, un cambio real, lleno de ilusión. Sentí que todavía había algo de esperanza por mi matrimonio. Por primera vez, sentí que lo tenía todo bajo control. ¡Estaba tan orgulloso de mí mismo!

Llegaba a tiempo para ver cómo daban la noticia por todos los canales de televisión... lo cual, de repente, como un dardo mortífero disparado directamente a mi cerebro, me hizo darme cuenta de que estaba pasando por alto un detalle bastante importante.

Se me heló la sangre de golpe.

Mierda.

Se me había olvidado comentárselo *a ella*, a Ángeles. Había hecho todo eso: despedidas, declaraciones oficiales, contratos internacionales, gestiones de mudanza... sin consultárselo a mi propia mujer.

Empecé a sudar por la nuca mientras encendía la tele para encontrármela ahí, en TVE, dando las noticias delante de toda España.

Recé para que no fuera demasiado tarde mientras le escribía un SMS explicándole de malas maneras todo ese lío, pero, antes de llegar al botón de «enviar», pasó lo que más me temía: ella misma dio la noticia de mi retirada de la liga española para trasladarme a Japón.

¡MIERDA!

Por su mirada, pude ver cómo ella misma se estaba enterando de todo ahí, en ese mismo instante, leyéndolo de su apuntador.

Su sonrisa perfecta de presentadora cambió a una poco disimulada cara de hartazgo al leer «el futbolista Rafael Bravo», que mutó a una mueca de desconcierto según leía a trompicones el resto de la noticia, desencajándose definitivamente al leer la palabra «Japón», terminándola en alto a modo de pregunta: «¿Japón?».

Dieron paso a los vídeos de mí mismo esa mañana, despidiéndome del equipo entre aplausos, estrechando la mano del tipo japonés que me daba la camiseta, mientras el periodista correspondiente ampliaba la información en *off*. Emitieron imágenes de archivo de Osaka y su equipo de fútbol, con japoneses anónimos ondeando banderitas con mi cara.

Volvieron a pinchar la imagen de Ángeles, sin palabras, intentando claramente contener su ira apretando bien fuerte la mandíbula, con los orificios de la nariz bien tensos, hiperventilando. Mirándome directa y personalmente a mí a través de su cámara, a través de los espectadores de todo el país, con esa mirada de leopardo rabioso que ya conocía de muchas otras ocasiones pero que en ese caso era más intensa que nunca. Tenía clarísimo que yo debía estar viéndola a través de algún televisor y telepáticamente me estaba mandando el mensaje: «Cuando te pille, te voy a cortar los cojones».

Apagué la tele como acto reflejo dejando escapar un gritito de terror.

Apagué también el móvil y desconecté el teléfono de casa.

Me puse a temblar.

Lo siguiente fue escuchar el frenazo del 4×4 de Ángeles ante nuestro chalé, con su correspondiente portazo. Llegó en un tiempo récord y creo que ni siquiera apagó el motor del coche, lo dejó ahí en medio de la calle con las llaves puestas y todo.

La puerta de casa se abrió como una explosión, como cuando un equipo SWAT entra en el edificio donde se esconden los terroristas.

—¿QUÉ COÑO SIGNIFICA ESTO, BRAVO?

—Bueno, tranquila, que lo tengo todo bajo control.

Me arrojó las llaves de casa, que impactaron contra mi mano derecha y me cortaron un dedo. Que me llamara por el apellido siempre era muy mala señal. Se acercaba muy rápida hacia mí mientras yo andaba hacia atrás saltándome varios sofás, buscando algún rincón en el que atrincherarme.

Todavía llevaba el maquillaje de la tele, lo cual intimidaba mucho más.

—¿QUÉ BAJO CONTROL NI QUÉ NIÑO MUERTO? ¿QUÉ COÑO SIGNIFICA QUE HAS FICHADO POR UN CLUB JAPONÉS?

—Pues eso, que esta ya es mi última temporada y lo más inteligente en estos casos es fichar por un equipo de ahí, que pagan muy bien. ¿No lo hablamos ya?

—¡La única señal que me haría pensar que pretendes retirarte es esa barriga penosa que estás dejando crecer!

Vi claro que lo más seguro en esta situación era mantener siempre el mueble revistero entre nosotros dos. Había que andar dando vueltas en torno a él y esperar a que ella se cansara.

—Vale. Entonces has fichado por un club japonés. ¿Con contrato firmado y todo, entiendo?

—Sí, de dos años.

—Joder, Rafael.

Por fin, frenó.

—Pero si es muy poco tiempo, y había pensado que un cambio de escenario nos vendría muy bien a todos.

—¿Cómo que NOS? ¿Pretendes que los niños y yo vayamos contigo? A mí aquí me va mejor que nunca, y los trillizos ACABAN DE NACER... ¿De qué manera ir a Japón es un cambio positivo para

alguien que no seas TÚ?

—Mira, tranquilízate, por favor. Para que veas que no ha sido una decisión egoísta, ya he comprado una casa chulísima en Osaka, que te encantará, y he movido hilos para conseguirte un trabajo ahí, en la tele japonesa.

—¿Qué...? ¿Cómo voy a dar las noticias ahí si no sé japonés?

—Bueno, no es dando las noticias.

—¿Qué trabajo es, a ver?

—De azafata en el nuevo *Humor amarillo* que van a empezar a grabar en septiembre. ¡Es el sueño de cualquiera que se dedique a la tele, no me digas que no!

En milésimas de segundo, agarró un cenicero del revistero y me lo disparó a la cara, partiéndome una ceja. La sangre empezó a caerme por la cara.

—Joder... A ver, dentro de tres semanas es mi presentación oficial en el nuevo equipo. Vamos ahí, vemos el ambiente y, según lo que te parezca, ya decidimos cómo lo hacemos, ¿vale?

—Dentro de tres semanas... ¿qué día?

—El... el 22 de mayo era, sí.

—¿Tú eres subnormal? ¡ESE ES JUSTAMENTE EL DÍA DE LA BODA!

Mierda, es verdad, también había olvidado que uno de esos días teníamos la boda de una antigua compañera de curro suya. Me lo había dicho hacía casi un año. Se me desmoronaba todo.

—Bueno, mujer, pero algo podremos hacer, ¿no? Será una boda con un montón de invitados, si faltamos tampoco va a ser tan grave... Y, además, ¿cuánto hace que no te hablas con ella? Desde que se marchó de la tele ya no sois tan amigas...

—¿Pero es que eres imbécil de verdad? ¡ES LA PUTA BODA REAL!

Bueno, sí, un detalle importante: su antigua compañera era Letizia Ortiz y se casaba con el, por aquel entonces, príncipe Felipe. Nos habían invitado y debo reconocer que a mí también me hacía bastante ilusión. Empecé a pensar que igual sí que me había engorilado demasiado con eso de Japón.

Ángeles, respirando hondo, intentó recomponerse.

—Vamos a ver si lo he entendido bien... No solo has fichado por un equipo en la otra punta del mundo sin decirme nada, sino que también pretendes que yo y tus tres hijos recién nacidos dejemos nuestras vidas aquí y te acompañemos para verte echar tus últimos partidos como un dominguero que juega a «solteros contra casados» en una barbacoa... ¿Y ENCIMA PRETENDES QUE ME PIERDA LA BODA DE NUESTROS FUTUROS REYES, PEDAZO DE GARRULO?

No supe qué decir. La sangre de la ceja partida caía por encima de mis ojos y se me estaba empezando a nublar la vista.

—Mira, Rafael, esto no es la gota que colma el vaso. Esto es un puto chorrizo de sifón en un vaso que ya llevaba tiempo rebosando. Ahora mismo me largo a hablar con mis abogados para tramitar nuestro divorcio. Como lo oyes. Vete poniéndote las pilas porque te vas a ir a Japón tú solito después de las reuniones y los juicios que hagan falta para quedarme con todo esto.

Según Ángeles me echaba la bronca, todo se iba enrojeciendo. Estaba perdiendo fuerza. Me frotaba los ojos, pero eso solo lo empeoraba, lo veía todo cada vez más rojo. La veía a ella enfurecida, amenazándome, señalándome y escupiendo bilis, cada vez más roja y borrosa.

—Y te lo juro: ¡voy a conseguir que la despedida de soltera de Letizia se convierta en MI FIESTA DE RECIÉN DIVORCIADA! ¡Voy a dejar lo de Punta Cana en una simple anécdota!

Derrotado, me senté en uno de nuestros varios sofás de cuero, manchándolo todo de sangre, para ver cómo ella se alejaba, cruzando la puerta principal, atravesando nuestro jardín, hacia su coche en medio de la calle. Inmóvil y desangrado, vi los últimos segundos de Ángeles Torero siendo mi mujer, mi señora. Quemando rueda, conduciendo en dirección contraria a toda velocidad, para convertirse en mi exmujer.

¿Qué hora es? La hora del triunfador ¹

¿Qué hora es?

Dirijo la mirada a mi muñeca y salgo de dudas: es la hora del triunfador.

La hora del hombre actual. Elegante y deportivo a la vez. El hombre que fluye firme como un tiburón, siempre hacia delante, sin tregua, sin descanso. El hombre que sabe identificar su momento y exprimir cada minuto. ¿Qué hora es? Es la hora Viceroy.

Soy consciente de que esto es un diario terapéutico y personal y que técnicamente nadie puede acceder a él (ni siquiera la doctora Angulo), pero por contrato estoy obligado a hacer publicidad de Viceroy en cualquier declaración o aparición. Por lo que estoy obligado legalmente a hacer promoción aquí también.

Todos mis conocidos lo saben, no es nada raro.

Anoche, por ejemplo, cené con mi buen amigo Diego Pablo Simeone y en un momento del postre tuve que interrumpir lo que me estaba explicando para describirle las virtudes del último lanzamiento de Viceroy: la colección Antonio Banderas Design, personalmente diseñada por el mejor actor de cine que existe actualmente en el planeta. Relojes para hombre y mujer, con acabados metálicos en tonos negro, azul, acero y rosa. Una colección atrevida de aspecto ligero, moderno y elegante.

Simeone es la clase de profesional que entiende perfectamente este tipo de situaciones. De hecho, él tiene el mismo tipo de contrato con Dolce & Gabbana, y gracias a mi intervención publicitaria recordó que también él debía soltarme el discursito promocional sobre sus trajes. Casi se le olvida y me lo agradeció.

Son solo diez minutos de nuestras conversaciones los que debemos dedicar a nuestros respectivos patrocinadores, nada más. De lo contrario, podríamos estar metiéndonos en un lío tremendo; si alguien en Viceroy descubriese que he tenido una reunión, una entrevista o un encuentro casual y no he mencionado sus relojes, la empresa tendría pleno derecho a quitarme el patrocinio y quedarse con uno de mis hijos (el que yo escoja) para emplearlo sin sueldo en alguna de sus fábricas.

Es un contrato millonario de lo más estándar para estos casos.

Así que allá va, este es el momento de promocionar mi producto:

Llevo disfrutando los relojes Viceroy desde hace más de cinco años y jamás me han fallado.

Dan la hora tanto de día como de noche, no descansan. Gestionan mi tiempo minuto a minuto con una precisión y elegancia sorprendentes. A veces observo atentamente sus agujas para

pillarlas dando algún paso en falso, pero es imposible. Segundo a segundo, avanzan dando la hora exacta. Enseñándome el presente más fino, destilado, puro.

Perdido en el cristal de mi Viceroy, me viene a la cabeza un recuerdo...

Era joven, lleno de vida. Gozaba de un elegante crucero por los cálidos mares del Caribe. Hasta que nuestro barco chocó contra un enorme iceberg. El desastre hundió a todos los tripulantes en altamar. No hubo supervivientes, solo yo, que tuve la suerte de flotar hasta la orilla de una pequeña isla aparentemente desierta.

Me convertí en un náufrago, descalzo, con la camisa rota, los pantalones llenos de arena, pero mi Viceroy modelo Heat intacto en mi brazo izquierdo, sin un solo rasguño. Brillante, pulido, funcionando incansable. Su perfección me dio esperanza, todavía tenía posibilidades de salvarme si mantenía la calma. Saber la hora era fundamental para no perder la cabeza.

Pero, de pronto, un jaguar enorme, tan grande como furioso, saltó rugiendo desde la maleza.

Por unos instantes se mantuvo alerta delante de mí, estudiándome, mirándome directamente a los ojos mientras me rondaba en círculos.

Intentando descifrar si ese cabrón era real o solo una alucinación provocada por el terrible sol que me cubría, yo procuraba mantener la compostura y no hacer ningún movimiento brusco. Mis primeros minutos como náufrago y ya tenía que enfrentarme a la peor de las bestias: el rey de la selva.

Sus lentas vueltas iban cerrándose poco a poco mientras yo intentaba descifrar algún detalle de su psicología, por pequeño que fuese. En sus ojos pude descubrir mil amaneceres, ardientes como el fuego, que ahora se veían amenazados por la inesperada intervención humana. Su vida en esa isla no contaba con la aparición de ese ser extraño de muñeca brillante.

Mostrándole cuidadosamente las palmas de mis manos en señal de paz, le dije: «Me llamo Rafael Bravo, soy entrenador de...», pero no pude seguir porque rugió como un trueno y se abalanzó sobre mí con toda su fuerza animal.

Por suerte, el fútbol me ha preparado para estas «situaciones-cañonazo» en las que debo tener reflejos para afrontar algo que sale disparado hacia mí, así que me agaché hacia un lado y logré esquivarlo con éxito. Pero el jaguar es varias veces más rápido que el humano, con lo que apenas me dio tiempo de levantarme porque me pegó un zarpazo a traición que me arrancó media camisa y me abrió en la espalda cuatro rayas bien definidas de carne viva a la luz del sol. Grité como un esclavo romano y, entonces sí, se me echó encima aplastándome con todo su peso felino.

Mi espalda destruida me escocía contra la arena salada de la orilla, pero eso daba igual porque tenía a la bestia mirándome cara a cara. Hundiéndome en la tierra, entendí que el cielo, el sol caribeño y un jaguar babeando en primer plano sería lo último que vería en mi vida.

Así sería como Rafael Bravo abandonaba este mundo.

Enseñándome esos colmillos monumentales, abrió la boca todo lo que pudo, pillando impulso para comerme la cara. Tenía todo mi cuerpo bloqueado... excepto mi brazo izquierdo. Así que, según la bestia dejó caer su cabeza a toda velocidad, tuve el acto reflejo de protegerme con él.

¡ZAS!

Y cuando pensaba que ya me habría matado, abrí los ojos para darme cuenta de que su poderosa dentadura había quedado perfectamente encajada en mi ultrarresistente Viceroy Heat, neutralizando el ataque.

El animal, confundido, no entendía cómo su mandíbula destructora no estaba convirtiendo en puré ese trozo de carne. Apretaba, sentía su presión, pero no era capaz de atravesar ese pedazo de titanio reluciente. En lugar de soltarme para volverme a atacar, se enzarzó en esa lucha imposible, mientras yo reía y gritaba: «¡RAFAEL BRAVO NO MORIRÁ COMO UNA RATA EN UN CALLEJÓN! ¡SIENTE LA FUERZA DE VICEROY!».

Justo en ese momento, una flecha de bambú atravesó de lado a lado el cráneo de mi salvaje enemigo, rociándome la cara con su sangre bestial. Su cuerpo se convirtió entonces en toneladas de peso muerto ahogándome contra la blanda orilla.

Me asfixiaba bajo el cadáver de ese monstruo cuando un grupo de indígenas me lo quitaron de encima. Ellos habían disparado la flecha que me había salvado y ahora me apuntaban a mí, temerosos, intentando entender quién coño era yo.

Eran unos diez, iban con taparrabos y las caras pintadas de blanco y rojo. Me gritaban en su idioma tribal que les hacía parecer salidos de un tebeo. Viéndome como estaba yo, lleno de sangre y con la espalda en carne viva, me agarraron entre varios y me ataron con cuerdas al cuerpo del león, para luego arrastrarnos a los dos hacia la maleza.

La combinación de dolor, insolación y pérdida de sangre hizo que me desmayara.

Me sumí en un sueño profundo en el que estaba en el palco presidencial de un campo de fútbol infinito. A través del cristal podía verme a mí mismo en el césped, como un puntito, gritando a mis jugadores. Era la Selección, jugando la final del Mundial. En los marcadores no había ningún resultado, solo el tiempo, patrocinado por Viceroy. No sabía si ganábamos o perdíamos y el minuterero iba hacia atrás en lugar de hacia delante.

Nosotros teníamos el balón, yo me desgañitaba desde la banda. Los jugadores defendían a muerte la pelota, pero había un detalle de lo más inquietante: no existía equipo contrario. España estaba dándolo todo contra la nada.

«Retroceder en el tiempo no es bueno para nuestro país, Rafael.»

Antonio Banderas estaba ahí, conmigo en el palco, tomándose una copa de champán. Tenía el reloj más brillante que he visto en mi vida. Brillaba tanto que me dolían los ojos. Desprendía cada vez más luz y Antonio, tan elegante, no parecía darse cuenta.

«Tira hacia atrás y solo encontrarás odio, violencia y sangre. No puedes ir contra el tiempo, Rafael. Nadie puede.»

De repente, Antonio era yo mismo.

«No intentes cambiar el pasado, Rafael. Abrázalo y viajad juntos hacia el futuro.»

Esa luz cegadora se convirtió en fuego.

Todo él empezó a arder y las llamas se convirtieron en llamas reales, que me despertaron

gritando en medio de la selva, rodeado de aborígenes salvajes.

Ya era de noche y habían organizado dos grandes fogatas. Pude identificar al león despedazado encima de una, mientras me arrastraban hacia la otra.

Mi cabeza ya estaba entrando en la fogata, los primeros pelos empezaban a chamuscarse, cuando me puse a gritar y patalear para que me soltaran. Ellos se asustaron y corrieron a por sus lanzas. Inmediatamente, adoptaron una posición de defensa colectiva, como si estuvieran viendo un fantasma. Yo alcé las manos en señal de paz, según me iba levantando, pidiendo calma.

Al extender los brazos, mi camisa cayó un poco y desveló el Viceroy, lo que de repente les sorprendió. Parecía que el reloj les excitaba, algo metálico y brillante que no estaban acostumbrados a ver, así que me lo quité de la muñeca para mostrárselo bien, zarandeándolo ante sus caras.

El truco parecía funcionar, porque se quedaron hipnotizados por la belleza de ese objeto futurista.

«¡Esto ha podido contra el león! ¡Mi Viceroy ha ganado al jaguar! ¡El tiempo lo puede todo!»

Lo movía como un escudo diminuto, protegiéndome con él aunque ellos ya estaban bajando sus armas. Se fueron apartando de mí con prudencia.

«OS TRAIGO... ¡EL TIEMPO!»

Me salió gritar eso, no sé.

Lo dije tan decidido que los aborígenes entendieron que se trataba de algo importante, algo con poderes mágicos.

Con cuidado me fui acercando a ellos, mostrándoles el Viceroy de cerca. Uno por uno. Poco a poco fueron sonriendo ante esa cosa tan bonita. Les transmitía buenas vibraciones. Sonó el pitido que indicaba que eran las siete de la tarde, lo cual les asustó levemente, provocándoles una risa nerviosa al descubrir lo inofensivo que era en realidad.

Se fueron separando para abrir un pasillo entre ellos y dar paso al que imaginé que era el jefe de la tribu. Un tipo gordo con un cetro y muchas plantas en la cabeza. Desconfiado, anduvo hasta mí y analizó con cuidado el reloj. Le dije que se llamaba Viceroy y con signos intenté explicarle que, si no me quemaban, les explicaría cómo funcionaba.

Me miró muy serio durante unos segundos.

De repente, alzó el brazo con el reloj en alto y gritó: «¡VIZER-OY!». Toda la tribu respondió: «¡VIZER-OY!». Lo celebraban.

Por segunda vez ese día, el Viceroy me había salvado la vida.

Dado mi penoso estado, me llevaron a su curandero local. Ahí pasé los siguientes días, entre mejunjes curativos y ejercicios de recuperación, mientras explicaba a esos salvajes cómo funcionaba el reloj.

Les presentaba los números como símbolos de orden y los relacionaba con la posición del sol en cada momento. Les explicaba cómo esas agujas no paraban, igual que el sol. Que cuando todas las agujas apuntaban al símbolo «12», el sol estaba en su punto álgido, del mismo modo que,

cuando volvían a marcar «12» por segunda vez, el sol estaba en su punto más alejado a nosotros. Y de ahí ya iban entendiendo el resto.

Les encantó descubrir el tiempo, tener hora.

Colocaron el reloj en un poste en el centro de la plaza donde se reunían para comer y hacer sus fogatas. Empezaron a aplicar las horas a sus tareas, convirtiéndose en una sociedad más rápida y mejor organizada. Pasaron a tener sus horas para cazar, para sembrar y recolectar, cocinar, comer, hacer sus rituales, etc. Poco a poco fueron esforzándose para hacer más de todo en menos tiempo.

Mi espalda iba mejorando estupendamente y, cuando me sentí más o menos en forma, se me ocurrió enseñarles también a jugar a fútbol.

Me ayudaron a construir un par de porterías en un descampado. Hicimos una pelota con hojas envueltas en piel de pollo y marqué la línea divisoria entre las dos mitades del campo. Organicé un par de equipos de once tíos y les expliqué que tenían que meter la pelota en la portería del otro ayudándose únicamente de sus pies. Todo en un total de 90 unidades de Vizer-oy, con un descanso a las 45. Utilizamos sus pinturas para diferenciar equipos por colores. Jugamos un par de partidos de prueba para pillarle el tranquillo y me sorprendió lo rápido que fueron asimilando las normas. El ambiente estaba cada vez más animado y ya no querían hacer otra cosa que jugar partidos.

Para hacerlo más emocionante, empezaron a jugarse cosas como la cena, la mano de obra o el derecho de pernada sobre las mujeres de algunos de ellos. Se divertían como niños.

Yo mismo arbitré los primeros partidos, pero para cuando llegó la noche ya tenían su propio árbitro aborigen con todo el reglamento perfectamente aprendido. Llevaba el recuento de puntos y era muy estricto con las faltas y los tiempos del partido. ¡Estaban tan entregados que incluso entendieron cómo funcionaba el fuera de juego!

El día siguiente lo pasaron entero jugando partidos. Les expliqué que ese día lo podíamos llamar «domingo».

El pueblo entero estaba entregadísimo, animando a sus equipos. Los familiares de cada jugador animaban a su equipo y, según veían que había más en juego, más fuerte animaban. Yo no entendía su lengua, pero no era necesario: la pasión por un equipo no conoce idiomas. Me adoraban como a un Dios por haberles traído tantos avances.

No tardaron en desarrollar también cierta enemistad hacia los del equipo opuesto, claro está.

Empezaron las protestas y los insultos y el árbitro reaccionaba estoicamente poniendo orden. Entre el público, los hinchas de cada equipo se habían ido sentando juntos, vistiéndose con sus respectivos colores, improvisando banderolas. Alguno llegó a las manos, pero nada grave. ¡Así es el fútbol!

Una vez más, se nos hizo de noche jugando, y esta vez fue imposible terminar ese torneo porque el equipo perdedor siempre pedía una revancha. Eran insaciables. Así que, a pesar de estar pasándolo en grande, me retiré cansado a mi cabaña dejando a la tribu enloquecida con el fútbol.

A la mañana siguiente desperté de un susto, sobresaltado porque tenía a los capitanes de cada equipo ahí plantados dentro de mi cabaña. Me miraban fijamente, muy serios, como amenazantes,

y uno de ellos lanzó algo duro y peludo contra mi pecho. Era la cabeza del aborígen-árbitro, que me hizo pegar un grito muy poco varonil.

Horrorizado, me abrí paso entre ellos para salir de mi cabaña y descubrí otros cuantos cadáveres repartidos por el poblado, así como un par de chozas carbonizadas. El juego se les había ido un poco de las manos.

Los capitanes me agarraron por la espalda y me señalaron la cabeza decapitada del pobre árbitro. Luego me señalaron a mí, dándome la pelota de piel de pollo e indicándome el camino hacia el campo de fútbol.

¿Después de todo aquello todavía querían jugar MÁS? ¿Y que yo fuese el árbitro!?

Se me heló la sangre al entender que les había dado a probar una droga imposible de superar y ahora querían ajustar cuentas con su camello. Querían más y mejor.

Estaba bastante recuperado de mis heridas, así que mi plan fue tan sencillo como urgente: chuté la pelota lo más fuerte que pude para que fueran tras ella, corrí al poste del centro de la aldea para recuperar mi Viceroy y salí disparado en dirección contraria.

Corrí desesperado campo a través sin saber hacia dónde me dirigía, alejándome del pozo de odio en que se había convertido ese poblado.

Lo de recuperar mi reloj fue una cagada porque hizo saltar todas las alarmas. Ahora los tenía pisándome los talones y desgañitándose para alertar al resto, que me imaginé debían estar armándose a toda leche para, directamente, liquidarme.

No sé cuánto rato estuve corriendo, pero finalmente llegué a una orilla. Fin de trayecto, con esos gritos salvajes cada vez más cerca.

Tan oportuno como un milagro, de repente descubrí un destello en el cielo.

Una visión gloriosa que cada vez se hacía más grande y clara: un helicóptero de rescate, más oportuno imposible.

Entendí que todavía debían estar buscando supervivientes del naufragio, así que me puse a gritar y saltar todo lo que pude para llamar su atención. ¡Y funcionó! Tan pronto como los aborígenes empezaron a aparecer a través de la maleza, el helicóptero ya estaba disminuyendo su altura, acercándose a mí. Al ver ese ruidoso espectáculo, la tribu se quedó pasmada y al instante empezaron a volar flechas contra el aparato.

Desde el helicóptero dejaron caer una escalera de cuerda que logré alcanzar, subiéndome lo más rápido que pude a los primeros peldaños. Una vez agarrado, enseñé el pulgar al equipo de rescate y el helicóptero emprendió el vuelo hacia el horizonte azul, dejando atrás esos violentos *hooligans* que me disparaban. Dejando atrás esa isla, ahora maldita.

¡He tenido salidas de estadios complicadas, pero ninguna como esa!

Qué grata sorpresa me llevé cuando, ya calmado y trepando hacia el helicóptero, pude leer escrito en letras grandes y elegantes: VICEROY. Al entrar por fin en la cabina, ahí me esperaban eficientes trabajadores de mi marca de relojes favorita, soldados de Viceroy que con cuidado me sentaron en un asiento libre y me dieron un casco con radio intercomunicadora.

—Sabíamos que entre las víctimas del naufragio había uno de nuestros mejores clientes, señor Bravo. Llevábamos semanas tras usted.

—Muchas gracias, muchachos. Estaban a punto de matarme ahí abajo.

—Hemos podido identificarlo gracias a los destellos de luz que hacía con su brillante Viceroy.

—Alabado sea Dios. Ahora, respondedme solo una duda: ¿qué hora es?

El piloto se dio la vuelta para mirarme a los ojos a través de sus gafas oscuras, con el sol brillando en el horizonte, haciendo chiribitas contra el océano mientras las gaviotas volaban a nuestro alrededor. Y, con una sonrisa, me dijo:

—La hora del triunfador, señor.

(Fin de la promoción.)

Osaka

Después de dar la espalda a mi matrimonio, a mi familia, a una boda real y lo que más me dolió, a mi patria, aterricé en el aeropuerto de Osaka.

Ahí me esperaba la comitiva de bienvenida de mi nuevo equipo. Un trío de *geishas* y un joven traductor acompañaban a la directiva del club, y, tan pronto como pisé el asfalto de la pista de aterrizaje, me hicieron entrega de una caja transparente llena de braguitas usadas. Era un obsequio del patrocinador del club, una famosa empresa de braguitas usadas de niña, algo que por lo visto pegaba fuerte ahí.

Detrás de ellos, más de quinientos fans japoneses gritándome mientras el cuerpo de seguridad del aeropuerto hacía lo posible para contenerlos. Una multitud desgañitándose, agitando fotos de mi cara, intentando tocarme... A mí, que después de catorce horas de vuelo y un par de semanas de insomnio procuraba disimular mi desgaste con unas gafas de sol que no eran lo suficientemente grandes como para tapar la cicatriz que todavía escocía en mi ceja.

Los directivos del club parecían pequeños muñecos de salpicadero diseñados para hacer reverencias compulsivamente, sonriéndome contentísimos. Yo intentaba corresponderlos, pero daba la sensación de que, si no paraba, podíamos quedarnos clavados en ese ejercicio el resto de la temporada.

Entre todo el jaleo, me guiaron a un Toyota 4×4 negro con el que me llevarían a mi nuevo hogar.

«*Domo arigato*» es todo el japonés que había aprendido, y poco a poco iría descubriendo que era todo lo que necesitaba para prosperar en ese nuevo país. Japón se me presentó como la tierra del agradecimiento: cuanto menos hacía, más agradecidos estaban. Cuanto menos pedía, más me ofrecían. Cuanto menos me conocían, más importante se pensaban que era. Tener una cara occidental y decir «*Domo arigato*» era todo lo que me pedían para tratarme mejor que a su presidente.

Mi nueva casa era enorme: un chalé de diseño zen con tres pisos, dos cocinas, cuatro cuartos de baño, salón con vistas al bosque, gimnasio, tres cuartos individuales llenos de juguetes para mis hijos y el ático con la cama de matrimonio más grande que había visto en mi vida, todo preparado con pétalos rosas y velas perfumadas para que mi familia se sintiera como en casa.

Claro, había olvidado avisarles de que al final iba a ser yo solo.

La casera reaccionó extremadamente apenada al ser informada de estos cambios, convirtiéndose en una máquina de disculpas al borde del llanto.

«Nado en un profundo lago de vergüenza», «Ni mil años de humillaciones son suficientes para

compensar este terrible fallo» o «No merezco este noble trabajo inmobiliario» era lo que, según el traductor, estaba diciéndome esa señora mientras se propinaba sonoros cabezazos contra la pared.

Me costó, pero conseguí hacerle entender que no pasaba nada.

Me explicaron que era una casa inteligente: se limpiaba automáticamente a sí misma, la temperatura se adaptaba a la temperatura de mi cuerpo, las paredes cambiaban de color según la luz del día y la comida se cocinaba sola en barras de tofu que rellenaban de sabor y coloreaban según lo que yo escogiese entre un menú con diez mil opciones. Todo a través del ordenador central, interconectado con pantallas táctiles en cada habitación. La casa tenía memoria, así que iría amoldándose según yo fuese interactuando con ella. Solo necesitaba introducir una clave secreta y empezar.

Y al decirme eso, se largaron.

Por fin podía relajarme y merendar algo. Pero la nevera no se abría. De hecho, ni siquiera parecía una nevera; era más bien un rectángulo de madera blanca que se camuflaba entre las paredes de la casa. Yo suponía que era la nevera. Lo mismo pasaba con todo lo demás en esa casa; la tele era una enorme pantalla negra encajada milimétricamente en la pared sin ningún botón a la vista, no había luces porque estaban integradas en el techo, tampoco encontraba interruptores por ninguna parte. Ni cadena en el retrete.

Me encontré realmente solo por primera vez en mucho tiempo, en otro club, en otra ciudad, en otro país, en otro continente, y la única compañía que podía tener era una casa inteligente que yo no sabía ni enchufar porque las cosas de tecnología siempre las había llevado mi mujer. Yo no sabía ni programar el vídeo.

Por no poder no podía ni sentarme, no había ni una puta silla en toda la mansión. Así que me senté en un rincón y cené la bolsita de cacahuets que me había guardado del último vuelo. Viendo cómo iba anocheciendo a través del gran cristal del salón, quedándome gradualmente sin luz.

Esa iba a ser la semana más absurda de toda mi vida.

Mi nuevo equipo, el Cerezo Osaka FC, resultó ser una fiesta surrealista de ruidos y colores en la que parecía que a nadie le interesaba realmente jugar a fútbol.

El entrenador, Gudde Kutsuoto, era un viejo maestro del kemari, un antiguo deporte o arte marcial basado en ir dando toques a la pelota sin que esta caiga nunca al suelo. «Los toques» de toda la puta vida, vamos. Pero en Japón tenían un respeto increíble hacia esta mierda, tanto que había que practicarlo vestidos de kimono y con un abanico en cada mano acompañando los movimientos del balón en el aire.

Ya en mi primer día de entreno me encontré con que no disponía de uniforme oficial. Lo único que había en mi bolsa reglamentaria era ese disfraz de Locomía, nada más.

Pensaba que era una novatada, así que avisé al entrenador. Haciéndome entender como pude, le expliqué que yo quería jugar a fútbol, no hacer el moñas. No podía identificar si me entendía o no,

pero, al ver que me reía, el señor Kutsuoto frunció el ceño, sonó un ¡clac! seco y sentí que me habían disparado en la rodilla derecha.

No vi ni cómo lo hizo ni con qué, pero juro que en milésimas de segundo ese viejo samurái me tumbó contra el suelo alicatado de ese vestuario. Tenía que haber sido él porque no había nadie más. El dolor era de una precisión quirúrgica. Temblando y en calzoncillos, estaba seguro de que había sido un balazo, aunque no sangraba por ninguna parte. ¿Sería una pelota de goma, como la que usan los antidisturbios? Sentía mi rodilla pulverizada y notaba una lagrimilla asomando en mis ojos.

—¿Por qué? —me salió preguntarle.

—¡KEMARI! —es lo único que me dijo Kutsuoto, ahí plantado sin haberse movido ni un centímetro.

—Pero ¿qué coño...? —insistí, esforzándome por no llorar. Pero antes de terminar la frase ya me había arreado otra leche, ¡clac!, esta vez en la nariz.

Al atizarme en plena jeta, pude identificar que el cabrón me estaba dando con una caña de bambú. Esto es lo que vi desde el suelo:

El viejo Gudde, recto, mirándome con esa cara de sabio mandarín con los ojos más achinados de lo que ya los tenía por defecto.

Todo mi campo de visión ocupado por una gorda caña de bambú en primer plano.

El viejo exactamente igual de recto, pero con sus largos bigotes ondeando ligeramente por la inercia del imperceptible golpe.

Limpio. Impecable. Y mi nariz sangrando, rota por la mitad.

Había visto y vivido muchas técnicas de castigo, desde el clásico abuso verbal hasta las míticas descargas eléctricas que Luis Aragonés daba con un *taser* que se compró en Andorra... pero nunca nada tan doloroso y humillante como esos latigazos de bambú.

Indignado, fui a quejarme al segundo entrenador.

Resultó ser un robot. Tal cual. Un puto robot blanco del tamaño de una persona, con tres opciones de cara: feliz, triste y cara neutra. Se llamaba D. O. M. O. Por lo menos, le habían instalado el español, así que podía hablar sin problema con él. Le expliqué lo sucedido, puso su cara triste y me reparó la nariz atornillándome un hierro sin aviso ni anestesia.

Vi las estrellas.

Lo siguiente fue encontrarme vestido con esa túnica dando toques con los demás jugadores mientras bailábamos con nuestros abanicos mientras el entrenador Gudde gritaba: «¡KEMARIIII!».

Nuestra rutina diaria era: kemari toda la mañana, cinco minutos para comer (nos servían pastillas de colores), una hora y media para ver a los niños de la escuela local representando una obra de teatro sobre la historia del Cerezo Osaka FC (cada día) y por la tarde jugábamos al FIFA con la Nintendo o meditábamos, según si era día par o impar. Pero lo que era jugar a fútbol, *fútbol-fútbol*, no jugábamos nunca.

Y por si esa dinámica de locos no era suficiente, al terminar la semana me jodieron la vida

enseñándome el campo.

A ver cómo lo explico... La relación entre Japón y el fútbol tiene su base en la serie de televisión *Kyaputen Tsubasa*, o lo que de toda la vida hemos conocido como *Campeones: Oliver y Benji*.

Representaban el fútbol como el deporte más épico que jamás ha existido, con jugadas interminables, chutes que duraban varios capítulos, rivalidades imposibles, virguerías extremas, etc. Estos dibujos lo petaron durante los años ochenta y, en consecuencia, en los noventa las instituciones deportivas de Japón potenciaron todo lo posible el fútbol en la vida real.

En España pasó algo parecido con los niños de esa época; enganchados a la serie, todos querían jugar a fútbol, y así salieron obedientes *boy scouts* como Íker Casillas o Carles Puyol.

El problema era que en Osaka no tenían referencia del fútbol de verdad, solo del de dibujos, así que construyeron un campo el doble de largo de lo reglamentario y, atención, con *el terreno abombado*. Se lo tomaron al pie de la letra y lo diseñaron con una empinada pendiente de unos siete metros de altura en medio del campo. Era como un monte perfecto, como la mitad de un huevo, y para ir de portería a portería había que subir la cuesta y luego bajarla. Igual que en la serie.

Al verlo, quise matar a alguien, no me lo podía creer.

—Conoce tu nuevo terreno de operaciones futbolísticas —me dijo D.O.M.O.

—Tenéis que estar de coña.

—«Coña» o «humor» no son variables instaladas en mi *software*. Puedo descargar el *plug-in* «risa» para reaccionar acorde con cualquier ocurrencia humorística. Iniciando descarga.

—Jugar en este campo va a ser diez veces más cansado de lo que ya es habitualmente. ¡No tiene ningún puto sentido, me tenéis hasta los cojones! ¡Quiero reunirme con el presidente del club!

—... Descarga finalizada...: ja, ja, ja, ja, ja, ja...

Después de llamar a un técnico para que reiniciara a D.O.M.O., este me guio hasta la junta directiva, una gran sala con una larga mesa de reuniones. Las paredes estaban repletas de arte japonés, y el suelo, de braguitas desperdigadas. Ahí estaban los peleles trajeados que habían venido a recibirme al aeropuerto, firmando papeles y esnifando ropa íntima.

Yo estaba furioso, así que exigí hablar con el mandamás. Mi demanda les generó algún tipo de cortocircuito porque se pusieron a corretear alrededor de la mesa de reuniones, muy nerviosos, haciendo reverencias sin parar. D. O. M. O. procuraba hacer de intermediario hablando medio en japonés medio en español, gritando frases sin sentido. Hasta que se me hincharon oficialmente los cojones.

—¡TRAEDME A VUESTRO JEFE O ME VOY A CAGAR EN CRISTO!

En ese instante pararon en seco y se alinearon uno al lado del otro, firmes ante mí. Muy lentamente, se doblaron hacia delante en señal de absoluto respeto. También D.O.M.O. se calló, como si lo hubiesen desconectado, y se colocó al lado de los pequeños empresarios.

—No será necesario cagarse en ninguna figura religiosa, señor Bravo —susurró una voz detrás de mí.

Me di la vuelta, asustado.

—Me presento: soy Doraemon Fujimoto Nobi, presidente de este club. Tengo entendido que quiere hablar conmigo. Pase a mi despacho.

Y, joder, por increíble que suene, era el puto Doraemon en persona.

El que todos conocemos: gato azul, bajito, cabezón, con pelotas en lugar de manos. El dibujo de la serie que de alguna manera había cobrado vida y ahí estaba, delante de mí. De la nada. Obviamente, yo no daba crédito.

Me hizo un gesto, con esa cabeza como una pelota de pilates, indicándome que lo siguiera. Me llevó a su despacho a través de esa mítica puerta rosa que sacó de su bolsillo mágico.

Me invitó a tomar asiento en un sillón delante de su gigante escritorio. Me ofreció pastelitos de los que come en la serie. Toda la vida pensando que eran de chocolate y resulta que eran putos frijoles. Hice como que me gustaban y disimuladamente dejé a un lado el pastelito mordido. Tranquilamente, sirvió un par de whiskies con hielo en su mueble bar y con su muñón blanco me dio uno. Se encendió un cigarro y se sentó en su cómoda silla de directivo.

Ahí estaba, el jodido Doraemon, al otro lado de la mesa. Detrás de él, unas vistas impresionantes de toda Osaka. Delante, yo, que no tenía ni idea de dónde estábamos porque habíamos llegado ahí por teletransporte.

A pesar de tener cuerpo de muñeco, me infundía un enorme respeto. Me miraba muy relajado, con ojos de Buda, esperando a que yo empezara a hablar.

—Doraemon, tú... ¿te puedo tutear?

—Por supuesto.

Hablaba un castellano perfecto.

—¿Tú eres el presidente de este club?

—Sí, y de tantas otras empresas japonesas: Yamaha, Toyota, Samsung, Toshiba, Mitsubishi, Nintendo... y lidero la mayoría de los grupos de telecomunicación de este país. Se podría decir que medio Japón es mío. El otro medio es de Hello Kitty, con quien por suerte me llevo fenomenal.

—Vaya, qué sorpresa. He visto alguna vez tu serie por televisión.

—Todo el mundo lo ha hecho, lo sé. Solo con los beneficios de los Condonos Doraemon ya pagamos tu sueldo, tu casa y tu coche.

—Muchas gracias.

Di un sorbo de ese glorioso whisky.

—Rafael. Tengo entendido que no estás sintiéndote muy a gusto en esta nueva familia.

—Bueno, en realidad no... Verás, yo vengo de la liga española y ahí estamos acostumbrados a entrenar duro y luego jugar para ganar.

—Ahá.

—Sé que llevo pocos días en Osaka, pero por lo que voy viendo aquí no se entrena. Lo que nos están obligando a hacer aquí no es fútbol, es más parecido a un *show* de parque temático. Con todos mis respetos.

—Claro, entiendo. —Respiró hondo, sacando humo de tabaco. Se acomodó—. Mira, Rafael... esto no es España, esto es Japón. Llevas toda la vida jugando por tus colores y por tu honor y eso es algo muy bonito. Pero no es la razón por la que te hemos fichado en este equipo; no te hemos fichado por buen jugador, sino porque eres un aparato a través del cual se mueven cantidades de dinero suficientemente grandes como para generar otras cantidades de dinero todavía mayores. Nuestro dinero. Lo que tú hagas entre medio nos da igual. El hecho de que te hayamos movido de un país a otro ha generado ruido, ese ruido constituye una historia, y esa historia vende cromos. Tan simple como eso. Puedes tomártelo como una especie de retiro, de jubilación, una forma suave y entretenida de dejar lo que desde pequeño eres adicto a hacer. O bien puedes torturarte pensando en el honor y la nobleza de este deporte.

—Pero... ¿y si al final no puedo dejar eso a lo que soy adicto? ¿Y si el fútbol es lo único que se me da bien?

—Entonces no tienes nada que hacer en Japón. Aquí valoramos el espectáculo absurdo. Vacío, dadaísta. Capitalista, sí. No nos importa el marcador, sino cómo brillan los números en él.

Apagó su cigarro.

—Fíjate en mi serie, por ejemplo. Cada capítulo es el mismo. Damos vueltas y más vueltas a la misma idea y hacemos como si pudiésemos cambiar algo, pero en el fondo todos sabemos que el puto Nobita volverá a cagarla una y otra vez con cualquier invento que yo le dé. Todos conocemos el final, el resultado. Pero es el invento lo que nos mantiene enganchados. Lo que varía a cada episodio. Cada invento abre un sinfín de fantasías, todas ellas egoístas y miserables, sobre qué haríamos nosotros con el aparato de turno. Es lo bonito de la tecnología, que despierta lo más asqueroso de nuestro ser. Y pensamos que nos ayuda, pero en realidad nos hace más impacientes, más viciosos, más tramposos. Como le pasa a Nobita. —Bebió un sorbo de whisky—. Nobita es la metáfora de la sociedad capitalista y el invento de esta semana eres tú.

—Pero yo no quiero ser un invento. Yo solo quiero jugar.

—Pues estás en el planeta equivocado. Vete acostumbrando, Rafael, porque Japón es solo la punta de lo que se nos viene encima a todos. El futuro es absurdo y vacío. El mundo entero ya se está convirtiendo en el tercer acto de cualquiera de los capítulos de mi serie. Y cada día que pase nos costará más verlo porque los capítulos vendrán cada vez más pegados el uno con el otro, con lo que cada vez habrá menos espacio para reflexionar. Antes de que podamos asimilar el sabor del nuevo chicle, nos estarán embutiendo siete sabores más. Cada uno más flipante que el anterior, pero con menos rato para saborearlo. El sabor ya no es lo importante, sino todo lo que se arrastre con él. Publicidad, dinero, eslóganes, diseño, imágenes, colores, formas... Pero el hecho de que estés jugando bien o mal en un equipo japonés ya no le importa a nadie.

Me quedé sin palabras, cabizbajo. Dándome cuenta de en qué me había convertido.

Doraemon se encendió otro cigarro.

—A no ser... —Echó el humo, pensativo—. A no ser que le des la vuelta a esta situación.

—¿Cómo?

—Podrías dejar de ser el invento para convertirte en inventor. En tu caso, entrenador. Volver a tu primitivo país en el que ganar todavía significa algo y empezar una nueva historia desde cero.

—Pero...

—Por tu contrato de dos temporadas con nosotros no te preocupes, podemos sustituirte por un holograma. No sería la primera vez que lo hacemos y, de hecho, los estudios de mercado demuestran que el público se divierte más con el holograma. Nadie reparará en que estás en dos lugares a la vez, no sufras por eso.

—Rafael Bravo... ¿entrenador...?

Noté cómo se me iluminaba la cara al decirlo. Doraemon me sonrió. De repente, había esperanza. Mi divorcio, Japón, el campo abombado, mi casa inteligente que no lograba encender... De repente, todo cobraba sentido. Todo eran señales para que hiciese borrón y cuenta nueva.

—Rafael Bravo, entrenador —dijo el gato sonriente—. Ese es el invento que te doy. Ahora corre a joderlo todo.

Y, gracias a los sabios consejos que me dio Doraemon, descubrí que mi destino era ser entrenador en la liga española.

Rafael Bravo: El mito

«Valiente. Luchador. Tenaz. Un hombre hecho a sí mismo. Rafael Bravo: el futbolista español. El mito.

»Huérfano de padre y madre a la tierna edad de cinco años, Bravo se crio en La Virgen de la Misericordia de las Dos Piedras, un humilde orfanato de Badajoz. Ahí se le recuerda como un niño discreto e introvertido, pero con una capacidad de concentración excepcional cuando se trataba de lo que le interesaba de veras, su verdadera pasión: el fútbol.

»Jugando contra los equipos de otros orfanatos de toda España, a Rafael le faltó tiempo para destacar. Jugador precoz, con solo nueve años ya lo ascendieron de la liga infantil a la juvenil, y en 1980 le consiguió a su equipo la victoria contra el mismísimo orfanato de San Ildefonso, campeón indiscutible en las últimas siete temporadas.

»Símbolo de prosperidad y esperanza para quienes le rodeaban, Rafael no tardó en ser descubierto por Javier Gómez, ojeador de la liga de Segunda A, que inmediatamente le facilitó su traslado a la capital para empezar a jugar en el Valdemorro Club de Fútbol.»

Así empieza el documental sobre mi vida.

Lentamente, me hundo en mi butaca aplastado por la presión de la pantalla gigante. Viendo imágenes de archivo a cámara lenta con banda sonora de *Gladiator*. Con fotografías en blanco y negro de cualquier otro niño al que ni siquiera me parezco.

Lo están montando para emitirlo la semana que viene en el canal de deportes de Movistar+, pero antes lo proyectan en primicia en este evento benéfico para los orfanatos de toda España.

Igual me tendrían que dejar entrenar más y no atender tantos saraos. Pero la publicista Marta Prieto insiste en que me conviene atender este tipo de mandangas. Estamos en la recta final hacia el Mundial y es preciso acabar de pulir una imagen impecable de líder, de hombre hecho a sí mismo. A mí mismo.

No es cómodo ser el centro de atención en un auditorio lleno de huerfanitos y cargos institucionales de distintos rangos, y menos para presenciar de qué manera monstruosa ha mutado una mentira que en su día tuve que contar para salir del paso.

Nunca he vivido en un orfanato. No sé ni qué aspecto debe tener uno de ellos.

Nunca le he metido ni un solo gol al equipo de fútbol de San Ildefonso. Debió de ser cualquier otro chaval apellidado Bravo y eso les valió para el documental.

Y definitivamente nunca me «trasladé» a Madrid, y mucho menos de manera «fácil».

Después de ser expulsado a balazos de Extremadura, llegué a la ciudad sin lugar donde caerme muerto, en calzoncillos y camiseta, sucio por el hollín de los camiones de la carretera, apestando

a granja. Y con el sonido de las balas de la escopeta de mi padre todavía silbando en mi cabeza. Costaba andar sin mirar hacia atrás cada dos minutos.

Corrí no sé cuántos kilómetros hasta que un camión que transportaba gallinas me recogió a la salida de la autopista dirección a Madrid. Al llegar a nuestro destino, le di tanta pena al camionero que me regaló una gallina.

Llegué a la capital el amanecer de un lunes de 1985, y sin ni siquiera desayunar fui a la dirección que indicaba la carta que me había dado mi madre. La oficina de Javier Gómez, el ojeador. Hombre de negocios con una firma seria y respetable al que ahora tenía que convencer de que me fichara. Yo, un paleta de quince años recién llegado del pueblo con una gallina bajo el brazo.

El portazo que me dieron fue sonoro.

Llamaron a seguridad con solo verme. Le repetí una y otra vez quién era yo y que recibí una carta firmada por el mismo Gómez en la que me recomendaba como jugador profesional... pero no hubo manera. Imagino que la gallina cagándose por la moqueta de su despacho no ayudó.

Con las veinte mil pesetas que llevaba en la mochila me daba para alojarme en una pensión de mala muerte del barrio de Vallecas, conseguir algo de ropa decente y comprarme un balón. La gallina me la comí.

Mi único trabajo a partir de entonces fue volver cada día a la puerta de la oficina de Javier Gómez y ponerme a dar toques en medio de la calle. Malabares con el balón. No tenía nada más que hacer que intentar convencer a ese hombre de que estaba capacitado para jugar a fútbol y no se me ocurrió nada mejor.

Dejándole recordatorios en el buzón, indicándole dónde me podía encontrar. Día y noche, lloviese o pegara el sol, ahí me tenía a todas horas dando por culo con mi pelota. Solo pedía una oportunidad, rescatar algo de compasión de esa carta de la que parecía haberse olvidado.

Gómez tenía dos respuestas: ignorarme o insultarme. Ese hombrecillo con gafas y bigotillo no paraba de repetirme que me olvidara, que si de verdad me había mandado esa carta entonces se arrepentía, que ya había pasado mi oportunidad.

Así pasé varias semanas, ofreciendo virguerías y recibiendo escupitajos. Me llegué a aprender sus horarios de entrada y salida, identificando incluso los días que tenía por costumbre comer fuera.

Hasta el día que perdí la esperanza. Completamente agotado, una tarde a las 18:05 lo vi salir puntual por el portal y aproveché que el balón estaba en el aire para propinarle un cañonazo con toda mi rabia. El balón cruzó la calle y con toda su potencia le pegó en plena cara. Se lo comió. Iba con tanta fuerza que lo tumbó inconsciente en el suelo de la portería, con las gafas rotas y el conserje de la finca gritándome escandalizado. Pude ver un charco de sangre juntándose con todos los documentos que había vomitado su maletín.

Me fui de ahí corriendo y al día siguiente ya no volví.

Vino él a mí, esperándome en el portal de la pensión, con media cara vendada. Por lo menos no

lo he matado, pensé.

Algo en ese balonazo debió de hacerle recapacitar, porque después de perseguirme a lo largo de varias manzanas consiguió explicarme que no quería denunciarme, sino recomendarme para un club. Que me conseguiría un puesto en el Valdemorro CF, el peor club de Tercera División, con la condición de que él se llevaría el 10 % de todo el dinero que yo generara a partir de entonces, ya fuesen trabajos conseguidos a través de él o no.

Por supuesto, hoy en día sigue comprándose coches, pisos y viajes exóticos con ese 10 %.

Y ahí lo tengo ahora, en la pantalla, ya mayor pero con el mismo ojo de cristal que adquirió tan pronto como cobró mi primer ingreso. El ojeador tuerto, hablando de mis orígenes:

—«Confíe en Rafael desde el primer día, por supuesto. Viéndolo jugar en la liga infantil, no tuve ninguna duda del potencial que ese niño irradiaba, había que estar ciego para no verlo. Recuerdo el impacto que supuso descubrirlo. Así que, sin vacilar ni un momento, me lo traje a Madrid para que lo adoptaran en Valdemorro, un equipo de Segunda donde solía meter a los mejores.»

Una mierda. El Valdemorro era un club de Tercera y el peor agujero en el que he jugado. Lo que sería mi pueblo si fuese un equipo de fútbol. Situado en el lejano extrarradio de Madrid, ese club apostaba por delincuentes, balas perdidas y futuros yonquis.

Como menor de edad que era, el papeleo de mi fichaje se tenía que gestionar a través de mis padres. Como de costumbre, mi suerte no era más que un espejismo que desaparecía cuando me acercaba demasiado a ella.

—Soy huérfano.

Me salió del alma. Lo único que quería era entrar a jugar y alejarme todo lo posible de mi familia. Pensaba que sería la típica mentirijilla que sirve para agilizar una gestión, pero resulta que este tipo de mentiras hay que mantenerlas, cuidarlas y alimentarlas.

—Bueno pues, ¿quién es tu tutor legal? —preguntó el funcionario resoplando humo de tabaco —. ¿Algún orfanato al que podamos llamar?

—Soy huérfano y mi orfanato ardió en un incendio. No queda nada.

Rezongó, cansado. Echó una mirada a Javier Gómez, a mi lado, con la cuenca de un ojo llena de gasas.

—El pobre chaval vino hecho un Cristo a pedirme ayuda... —Se puso de mi parte, no había perdido un ojo en vano—. Lo he visto jugar y es bueno, créeme, te sale a cuenta. Yo me haré cargo de él, no hay problema.

Y en esa época previa a Internet en la que a los funcionarios les gustaba terminar puntuales para poder ir al bar, colar este tipo de bola era mucho más fácil y natural de lo que cualquiera pueda pensar.

No tenía casa ni nada parecido, así que durante esa primera temporada dormí en el mismo vestuario del club. No se lo dije a nadie, simplemente me esperaba a ser el último en ducharse y luego a que todos se hubiesen ido. En mi mochila lo tenía todo: mis ahorros, mi comida, mi ropa,

mi uniforme para jugar, y la utilizaba como almohada para dormir en esas húmedas banquetas que olían a sudor de culo.

Recuerdo esa época como fría, húmeda y tormentosa. Pantanosa. Pero cualquier cosa era mejor que estar en Dos Piedras. Ya podía estar lloviendo a mares, chapoteando en el fango y recibiendo hostias de quinquis, que si tenía el balón en mis pies a mí ya me valía.

Lo bueno de jugar en un equipo tan malo es que era fácil destacar, y en menos de un año Javier Gómez me fue ascendiendo a equipos de Segunda, mejores, con más potencial.

Iba durmiendo en camas cada vez más cómodas al tiempo que me iba volviendo más y más huérfano.

En el auditorio, el público aplaude porque acaban de ver el primer gol que marqué ante una cámara, con diecisiete años. Ya en Segunda A, cuando jugaba en el CE Júpiter, en Barcelona, en un partido contra el Girona.

Por el rabillo del ojo puedo ver a la reina Letizia aplaudiendo sin demasiadas ganas. Sé a ciencia cierta que le caigo mal.

En el documental habla Enric Cordero, mi tercer entrenador:

—«Rafael ha sido ante todo un tío legal, siempre. Reservado, sí, pero honesto y transparente. Y eso sin duda se veía reflejado en su juego. Su estilo era tan puro y desenfadado... como si esa honestidad la pudiese transmitir al balón en una especie de conexión... casi espiritual. Establecía una relación de confianza total.»

Para cuando empecé a salir en televisión, mi falsa historia personal ya se había depurado a un nivel de detalle realmente sofisticado. Tenía las respuestas a todas las preguntas. Secas, monosilábicas, pero respuestas.

Mi principal estrategia era marcar goles. Pensaba que cuanto mejor jugara, menos preguntas me harían. Pero resulta que esto funciona al revés.

Y no entendía nada, ¿no podían dejarme jugar sin más? ¿Por qué había que indagar siempre en mi vida personal, mis orígenes, mi misteriosa infancia...? En un momento dado, empecé a pedir en las entrevistas que no me preguntaran por mi pasado... pero eso generaba todavía mayor interés.

¿Es que no puede uno aparecer y marcar goles sin tener que dar explicaciones? ¿Por qué en el fútbol todo tiene que estar relacionado con la niñez de uno? Según los periodistas, cada gol que metía tenía que establecer una conexión cada vez más fuerte con mi niño interior, con las ilusiones de un pobre huerfanito que vivió tantos años apresado en la duda de si algún día podría llegar a triunfar en la vida.

El fútbol es para hombres, punto. ¿Desde cuándo los niños han sido tan importantes en este deporte?

Por otra parte, salir en la tele haciendo lo que te gusta sin duda facilita mucho las cosas; de repente, pasas a ser *alguien*, alguien en quien confiar, a quien apoyar, una imagen para recortar...

... y entonces se te abren las puertas de la ansiada Primera División.

A finales de 1988 debuté en Primera, pocos días antes de cumplir los dieciocho años. En lugar

de celebrarlo, me encerré en mi habitación, temeroso de que eso hiciera saltar las alarmas en mi pueblo. De que a mi padre le diese por localizarme y pegarme el tiro que no me alcanzó en su momento.

En el documental aparece un chaval que no sé quién es hablando un idioma que no entiendo.

—«Lo que Rafael Bravo significó para mi supervivencia fue fundamental —leo en los subtítulos—. No hay palabras para agradecerle la esperanza que me transmitió.»

«Poco sabía Rafael Bravo lo significativos que serían sus logros como futbolista. Su pericia con el balón no solo hizo merecer trofeos a los clubes con los que jugó, también mandó un mensaje de esperanza a personas de todo el mundo. Es el caso del joven Banan Gromova, que a principios de los años noventa tuvo que sobrevivir al conflicto albanokosovar en un orfanato.

»—“Recuerdo que, siendo niños, teníamos que soportar el sonido de los disparos en la calle. Los gritos y el horror... y yo me refugiaba en mi litera, con un pequeño transistor que conseguí en el mercado negro. Lamentablemente, no podía sintonizar demasiadas emisoras, pero había una dedicada al deporte que sí podía escuchar bien. Fue así como me aficioné al fútbol, en concreto a la liga española. Y descubrir que había un jugador tan bueno, marcando goles a equipos tan importantes, y que era huérfano como yo, que también había crecido en un orfanato... me daba mucha esperanza. Me hacía ver que había una vida mejor después de toda esa angustia, que solo tenía que ser fuerte y resistir.”

Me cago en la puta.

—«Recuerdo especialmente ese gol que marcó contra el Atlético de Madrid en la final de una Copa del Rey. En mi cabeza yo lo relacionaba con mi propia situación, y me decía: "Si Bravo pierde, yo pierdo...". Y parecía que el partido estaba perdido hasta que escuché cómo el locutor cantó bien fuerte el golazo que marcó Bravo en el último momento. Y no recuerdo momento más feliz en toda mi vida. No exagero si digo que ese gol fue lo que me ayudó a sobrevivir a la guerra.»

No, mi padre no reapareció para rematarme, aunque quizá es lo que merezco. Muchas veces me lo he imaginado viéndome por televisión, sabiendo que la mejor condena por traición es dejarme vivir en esta mentira. Poniéndome a prueba, a ver lo lejos que puedo llegar con la farsa antes de derrumbarme definitivamente.

Justo eso es lo que me pasaba por la cabeza el día de mi debut en Primera División.

Me habían fichado en el Valencia y jugábamos contra el Barcelona en el Camp Nou, nada menos. Con dieciocho años recién cumplidos que no había celebrado con nadie, como mi fichaje.

El corazón me iba a mil, y cuando nos colocaron en el pasillo de salida al campo sentí que abandonaba mi cuerpo. Pasé a ser aire, o así lo notaba. Algo parecido debe de ser cuando uno se muere y se ve penetrando en el cielo. Ya solo es el alma la que se mueve, siguiendo una recta automática hacia la luz, rodeada de otras tantas almas que igualmente están traspasando hacia el más allá. Y lo poco que queda de conexión terrenal le permite a uno sentir ilusión por haberlo conseguido... pero pánico al mismo tiempo.

Nadie comenta nada, cada uno está centrado en el latido de su propio corazón. Cada uno intentando dominar su ritmo respiratorio.

Todo se resume aquí: la ira, el miedo, la traición, la mentira, el balonazo contra Gómez... sentir que todo eso me había traído hasta ese momento de gloria inmerecida y que más me valía compensarlo.

Y cuando parecía que definitivamente me iba a desmayar, una manita se agarró a la mía devolviéndome de nuevo a la Tierra.

Era el niño con quien todos los futbolistas tenemos que salir al campo. Un niño, mi niño, que me miró sonriente y tiró de mí para andar juntos hacia la luz.

«No es el cielo —pensé—. Es real. Esto es real. El niño es real.»

Tan real como el fútbol. Eso es. En el campo no caben mentiras. No hay trucos ni efectos especiales. El sudor, las lágrimas, la sangre, las fracturas, *la muerte*, todo lo que uno ve en un partido de fútbol es real, está pasando, en directo. Cada jugador se habrá inventado lo que sea necesario para terminar ahí, pero los goles son de verdad. Eso no hay manera de falsearlo.

El público aplaude sonoramente porque el documental ha llegado a su fin.

Respiro hondo.

El niño es real.

Llorando en la cantina Azteca

Mis hijos: Alberto, Juan y King Kunta.

El Mundial es ya inminente, y según Marta Prieto y la doctora Angulo me he portado bien. Me he ganado un fin de semana libre, que he aprovechado para pasarlo en Port Aventura con los trillizos.

Que quede claro de entrada: yo amo a mis hijos. A los tres por igual. Aunque cada uno es de una manera distinta.

Bueno, físicamente son calcados, claro. Cuando nacieron, se me antojó como algo cómodo. Pensé que sería como tener un solo hijo pero con los gastos multiplicados por tres, lo cual nunca sería un problema para nosotros. Pensaba que serían tres enanos que irían creciendo en paralelo y que lo que era aplicable para uno lo sería para los otros. Pero resulta que no, que es un poco más complejo que eso. Resulta que el hecho de haber salido el mismo día del mismo coño no es garantía de que luego vean el mundo del mismo modo. Aunque los vistiéramos iguales, luego cada uno tenía sus mierdas personales. Yo pensaba que hasta cagaban sincronizados.

Alberto y Juan son bastante parecidos. Como a cualquier niño de catorce años, les gustan los videojuegos, el fútbol y pelearse entre ellos de vez en cuando. Tocar las pelotas como cualquier adolescente normal. Todavía los confundo a veces. Pero me entiendo muy bien con ellos.

King Kunta es otra cosa.

Es obvio que su nombre mismo ya marca cierta diferencia. Ángeles y yo pensamos que sería guay ponerle un nombre exótico a uno de ellos, no se nos ocurrió que eso era para toda la vida. ¡Muchos futbolistas lo hacen, no es tan raro! No imaginábamos que ese detalle afectaría tanto.

No es un adolescente problemático, no. Más bien lo contrario. Es un niño... no sé, ¿sabio? Es sabio, pero de una manera que infunde cierto temor. Como un cura, o un telépata. Personalmente, reconozco que me incomoda quedarme a solas con él.

Siempre ha sido un chaval muy discreto y nunca se ha interesado por ningún deporte. Por otra parte, le encanta leer, ver la tele y buscar cosas en Internet. Es todo lo contrario a lo que yo era a su edad, así que con él siempre estoy desorientado.

En su corta vida ya ha dicho y hecho un montón de cosas que todavía hoy no entiendo. Estamos acostumbrados a que sus profesores nos llamen a menudo para hablar.

Por ejemplo, en tercero de primaria su redacción sobre qué había hecho ese verano se tituló «Crecer en la era Rajoy: impacto del "entretenimiento *fast-food*" de YouTube en tiempos de recuperación socioeconómica». Era un ensayo de treinta páginas en el que teorizaba y citaba a distintos autores, periodistas y filósofos contemporáneos. Incluía bibliografía.

O más adelante, cuando entregó un trabajo de Sociales sobre sus series favoritas titulado: «Pocoyó y el salvaje vacío de significado de principios de milenio, ¿peligro o trampolín hacia una nueva mutación del lenguaje?». La profesora nos explicó que, en principio, el trabajo era correcto (no había faltas de ortografía y las ideas estaban ordenadas con claridad), pero que era demasiado avanzado incluso para ella, doctorada en Magisterio.

De estos hemos visto muchísimos: «Sistemas de recompensa en la industria alimentaria para infantes: evolución del Happy Meal a lo largo del siglo XX», «Fidget Spinner: propaganda occidental con beneficios económicos exclusivamente orientales, el arma global definitiva», «Monster High y las consecuencias morales de la inmortalidad en el entorno estudiantil»...

Aun sin entender nada, siempre he presupuesto que todo este trabajo mental debe de ser algo bueno. Lo que Juan y Alberto invierten en entrenos, King Kunta lo ha ido invirtiendo en libros y vídeos de conferencias en Internet. A veces lo he espiado mientras está ahí encerrado en su habitación y me da un poco de miedo. Serio, recto, con la mirada clavada en el libro de turno. De repente, me mira, me sonrío y yo echo a andar pegándome una hostia contra alguna mesa del pasillo.

Los niños de su edad son muy cabrones y obviamente se han metido mucho con él. Le han hecho «el bulín». Muchos se han burlado de su nombre, otros se han metido con él porque sus padres eran de otros equipos que no eran el mío, otros le han jodido simplemente por ser distinto.

Aunque siempre me ha sorprendido lo bien que lo ha llevado. Una vez me dijo: «La gente tiende a ponerse nerviosa con lo que no entiende, se bloquean», lo cual me dio más miedo todavía porque era exactamente lo que yo sentía hacia él.

Lo tenía todo aparentemente controlado hasta hace dos años, cuando recibimos una llamada de su escuela, el colegio privado Liceo Europeo, para alertarnos de que los otros niños habían pasado a las agresiones físicas, que lo habían zurrado bien. Lo habían acorralado en los vestuarios de natación y le habían pegado una paliza que lo había dejado inconsciente. El personal de mantenimiento se lo había encontrado colgado como un muñeco con el bañador agarrado al trampolín de la piscina.

El director del colegio nos explicó que lo normal en estos casos es que el niño lleve ya un tiempo sufriendo abusos de este tipo y que no diga nada por miedo. Es habitual que a los abusones en un momento dado se les vaya de las manos y hagan algo demasiado vistoso como para ocultarlo, como era el caso. Estaban haciendo todo lo necesario para encontrar a los chavales que le habían hecho esto, pero era complicado. Lo peor era que King Kunta no quería delatarlos. El director nos explicó que siempre pasaba lo mismo; el niño está atemorizado de chivarse y deja que los abusones mantengan su tiranía.

Su madre y yo estuvimos insistiéndole, incluso regañándole, para que nos dijera quiénes coño eran esos cabrones, y él solo nos dijo que eran cuatro niños, nada más. Pero que lo tenía controlado, que no nos preocupásemos. Con el labio partido y chicles pegados en el pelo, nos pedía calma. Nosotros intentábamos dejarle claro que no era una de esas situaciones que no

entendemos pero que podemos hacer como si no pasara nada, que esto era grave. Él, saliendo del médico con muletas y tosiendo por culpa de un par de costillas rotas, nos aseguraba que lo tenía todo controlado. Con escupitajos en el uniforme y pelos de polla en su estuche, nos decía que solo necesitaba algo de tiempo.

Fue una época bastante jodida. Ese drama nos venía grande. Entre los informativos nocturnos de mi ex por una parte y mis entrenamientos, partidos y viajes por otra, la verdad es que no éramos los padres más presentes que pudiese tener un niño. Éramos padres divorciados que él solo veía juntos cuando había problemas, imagino que eso debe de ser confuso.

En el colegio no podían hacer nada si el niño no decía quiénes eran sus agresores.

Tres meses después, volvieron a llamar. Me temía lo peor, pero rápidamente me dijeron que King Kunta estaba bien.

Pero que lo de esta vez era bastante más complejo que una simple paliza.

Fuimos en el mismo coche Ángeles y yo, recuerdo que ese día llovía a lo bestia. El colegio estaba vacío a pesar de ser un lunes por la tarde. El director de la escuela nos guio hasta un aula, y en la puerta estaba King Kunta con un señor. No nos dijeron nada. Se quedaron fuera y a nosotros nos metieron ahí dentro con otras cuatro parejas. Padres de otros niños, sentados en pupitres que formaban un círculo.

Yo no entendía nada, pero el ambiente era claramente tenso. Las mujeres, recién salidas de la peluquería, protegidas tras sus abrigos de piel de visón, nos miraban con asco. Los hombres, visiblemente de mal humor, negaban con la cabeza mirando sus móviles o simplemente al suelo. Pensé que debían ser de equipos contrarios al que yo entrenaba.

El director, junto con el psicólogo del colegio, nos puso al día:

—Buenas tardes. No sabemos muy bien cómo exponer lo sucedido hoy, nunca antes nos habíamos encontrado con otro caso ni remotamente parecido... Como bien saben ustedes —refiriéndose a nosotros—, tres meses atrás el alumno King Kunta Bravo sufrió una terrible agresión por parte de cuatro compañeros de clase y se negó a delatarlos.

Manoseaba nervioso un cuaderno de tapa plastificada mientras nos hablaba.

—Hoy King Kunta ha delatado a sus agresores. Son cuatro compañeros de su clase, los hijos de estos cuatro matrimonios aquí presentes —refiriéndose a las parejas que había delante de nosotros—. Los ha delatado después de repartir (que sepamos) seiscientas copias de estos dossieres impresos por él mismo.

Alzó la mano para enseñarnos lo que parecía un trabajo de clase encuadernado con canuto de espiral y tapa transparente.

—Por lo visto, ha venido al colegio una hora antes que el resto del alumnado y ha dejado copias en todos los pupitres, taquillas y buzones de la escuela. Sabemos que ha sido él porque los ha firmado y él mismo nos lo ha explicado muy amablemente cuando le hemos preguntado. Nuestro bedel, junto con otros profesores, están intentando recopilar todas las copias que encuentren para su consiguiente exterminación, puesto que infringe múltiples normativas de esta escuela.

El psicólogo hojeaba su copia atentamente. Las otras parejas tenían sus copias encima de sus pupitres, pero no las tocaban. Los únicos que no teníamos éramos Ángeles y yo.

—La excepcionalidad del asunto nos ha obligado a cancelar las clases de hoy para poder controlar la situación lo mejor posible. Nos hemos encargado de revisar las mochilas de todos los alumnos de la escuela, una por una. Los únicos niños que no han sido mandados a casa han sido King Kunta Bravo, ahora mismo junto al bedel en el pasillo —lo podía ver sonriéndome a través de la ventanilla de la puerta— y los cuatro niños que le agredieron, que están haciendo deberes en el aula de estudios con otro profesor. Ellos son —se acercó a un pósito que tenía en la mesa—: Gonzalo Roura, Martín Caballero, Alberto Salamanca y Álvaro Gutiérrez.

Levantó la vista hacia las otras parejas.

Uno de los hombres refunfuñaba impaciente, cagándose en todo. Yo no me estaba enterando de nada.

—Pero y ellos ¿qué tienen que ver con el dossier que se supone que ha impreso mi hijo? —preguntó por fin mi exmujer—. ¿Qué pasa con ese dossier y por qué tanta ceremonia?

—Este dossier, señora Torero, es una recopilación de conversaciones privadas realizadas en distintas redes sociales a lo largo de estos últimos tres meses entre su hijo y las madres de los niños que lo agredieron, aquí presentes.

Miradas de claro desprecio hacia nosotros. Trueno.

—¿Cómo...?

—King Kunta se creó un perfil falso de Facebook e Instagram —continuó el director— bajo el pseudónimo de Armando Christian Pérez.

Vi como una de las madres bajaba la mirada, tapándose la cara.

—El niño alimentó estos perfiles con datos, aficiones, fotografías, amistades aleatorias... y posteriormente agregó a estas señoras como contactos. Lo siguiente fue abrirles conversación privada una por una, excepto en el caso de la señora Ramírez, que fue ella quien le abrió a él. Anticipándose a lo que presumiblemente también habría pasado.

La mujer con la cara tapada se hundió todavía más en su pupitre. A su lado, su marido murmuró algo como: «Joder, Merche, me cago en...».

En ese momento, el psicólogo tomó la palabra.

—El asunto, señores Bravo y Torero, y para no andarnos más por las ramas, es que su hijo se ha pasado los últimos tres meses seduciendo virtualmente a estas cuatro mujeres, madres de sus compañeros.

—¿Qué coño...? —dijo mi exmujer.

Yo estaba pensando lo mismo.

—Está todo aquí. En el primer mes se interesó discretamente por sus problemas y preocupaciones, ejerciendo de confesor, conociéndose a fondo. El segundo mes lo dedicó a apreciar sus novedades, alabando y dándole *like* a la mayoría de sus publicaciones. A finales de ese mes, rompió el hielo de la seducción, pasando al tercer mes, organizando citas con un

objetivo, digamos, exclusivamente sexual. Manteniendo conversaciones... digamos, subidas de tono. Lo que se conoce como *sexting*, al que las madres respondían positivamente.

Miré afuera del aula y ahí estaba mi hijo, de doce años, siguiendo una mosca con la mirada.

—¿Y no puede ser que el niño haya falsificado estas conversaciones? Estas cosas son fáciles de hacer hoy en día, ¿no? —pregunté.

—La identidad de todas ellas está confirmada por fotografías de contenido explícito en las que les podemos ver claramente sus caras. —Eché una rápida mirada a las madres—. El *alter ego* de su hijo las convenció para que le mandaran todo tipo de *selfies* íntimos, mostrando sus cuerpos desnudos. Fotografías eróticas. Y, de hecho, es interesante, en la última etapa ellas han mostrado un patrón común según el cual mandaban fotografías de sus genitales de manera compulsiva, solo para abrir conversación o simplemente porque estaban pensando en él. Fotos tomadas primero en sus hogares, pero, según ganaban confianza, también en sus puestos de trabajo, supermercados, espacios públicos, en la iglesia...

—José María, por favor... —interrumpió el director, haciéndole un gesto para recordarle que las mujeres estaban ahí presentes.

—Ah, disculpen... Lo que quiero decir es que su hijo fue capaz de manipular a estas mujeres a su antojo y sin compartir siquiera una foto suya. Hemos revisado a fondo sus falsos perfiles y no existe material gráfico alguno que indique quién se supone que es este tal Armando Christian Pérez. No tiene cara. Solamente tiene publicadas fotografías de paisajes exóticos, selvas, carreteras desérticas, cascadas tropicales... lo cual me lleva a pensar que el niño hizo una selección muy cuidada de «escenarios de fuga» que evocaran una especie de huida, de ruptura con la rutina. Como un hipnotizador con su reloj.

—Hostia puta —me salió del alma.

—Hemos estado hablando con su hijo (que, por cierto, ha sido muy colaborativo y ha respondido encantado todas nuestras dudas) y nos ha explicado que durante todo este tiempo ha estado haciendo una investigación en paralelo sobre las novelas, películas y series favoritas de estas mujeres, según sus perfiles en Internet. Y de ahí ha sacado la mayor parte de la inspiración necesaria para interactuar con ellas.

—¿Y ninguna de ellas buscó a ese tal Armando Christian Pérez en Google para saber con quién estaba hablando? —preguntó Ángeles, periodista.

—A eso también puedo responderle a través de lo que he hablado con su hijo. Armando Christian Pérez resulta que es el nombre real del cantante latino Pitbull y, efectivamente, con una rápida búsqueda en Google hubiesen dado inmediatamente con ese dato, que probablemente habría desenmascarado el perfil falso. Pero no, no lo hicieron. Según el niño, era una especie de pista que les había dejado a modo de solución a este, digamos, «juego».

—¡ME CAGO EN LA PUTA! —uno de los maridos estalló pegando una hostia contra su pupitre.

—El dossier termina —prosiguió el psicólogo— con una foto de grupo de las cuatro madres en el mismo bar, el pasado sábado, donde fueron citadas por el misterioso hombre a fin de consumir

todas las fantasías sexuales previamente apalabradas en los chats. En dicho bar imaginamos que las cuatro mujeres se reconocieron, hablaron y concluyeron que habían sido víctimas de algún tipo de broma. La foto es un *selfie* del propio King Kunta con las cuatro madres de fondo, ajenas a la fotografía.

Alzó el dossier abierto por esa página y ahí estaba mi hijo en primer plano, con su seriedad habitual, con esas cuatro mujeres de fondo, juntas en una mesa del bar, vestidas de noche.

—Ya está bien—intervino uno de los padres—. Soy abogado y pienso llevar a juicio este caso de salvaje violación de la intimidad. Es completamente ilegal distribuir conversaciones o correspondencia privada. Eso sin contar con el daño psicológico infligido a estas mujeres aquí presentes, por no hablar de nuestros hijos, y al honor de todos nosotros.

—Tiene razón, señor Salamanca.—El director volvió de nuevo a coger el mando de la situación—. Todavía estamos estudiando las implicaciones legales de todo este desagradable asunto, y es cierto que puede que tenga entre sus manos un caso denunciabile. PERO: me veo obligado a advertirle de que el propio niño lo ha tenido en cuenta también y, según lo que nos ha explicado, se ha informado a fondo sobre los límites legales de cada uno de los pasos que ha dado en todo momento. Por otra parte, tenemos un factor imposible de ignorar: el hecho de que... técnicamente... estas señoras han estado todo este tiempo manteniendo conversaciones de carácter sexual con un... menor de edad.

El abogado se quedó visiblemente en blanco mientras el director lo miraba, alzando las cejas en expresión de disculpa.

La lluvia sonaba de fondo. En ese momento, noté unas cosquillitas de orgullo en los huevos.

—Obviamente, este último detalle el niño también lo tiene en cuenta. Pero nos ha explicado que no piensa emprender acciones legales contra nadie—prosiguió el director en tono conciliador—, siempre y cuando no lo expulsemos de esta escuela. Por nuestra parte, estamos dispuestos a seguir sus condiciones.

Y así concluyó la reunión. Poco más había que añadir.

Salimos de ahí con King Kunta, completamente en silencio.

Ni Ángeles ni yo sabíamos si regañarlo o estar orgullosos de él. Lo que sí estaba claro era la postura de los otros matrimonios respecto a sus hijos, a quienes les estaba cayendo una somanta de hostias en el mismo aparcamiento del colegio. Pudimos verlos haciéndose pequeñitos en el retrovisor.

Poco tiempo después, supimos que las cuatro parejas terminaron divorciándose y esos niños no tardaron en cambiarse de escuela. Se podría decir que King Kunta había conseguido lo que en el mundo de los bolos se conoce como un *strike*.

Ese es, en líneas generales, mi hijo.

Junto a él y sus otros dos hermanos pasé el día en Port Aventura, ayer mismo. Nos montamos en todas las atracciones varias veces. Juan y Alberto iban como locos, pero con King Kunta pasaba,

una vez más, que no podía descifrar si se lo estaba pasando bien o estaba ahí de mala gana. Tan discreto, tan en su mundo. Era difícil saber si había que preguntarle o simplemente dejarle ser así.

Miro las fotos de las atracciones a las que nos subimos y él siempre sale con la misma cara neutra. No es una cara triste. Es una cara de paz, de tranquilidad, como la de un pequeño monje, rodeado de chavales que gritan con las manos arriba y los ojos como platos. Parece como si a King Kunta ni siquiera se le mueve el pelo por el viento.

Fue a la tercera vez que Juan y Alberto quisieron subirse a la caída libre cuando les dije que yo me quedaba en tierra, que fueran ellos. Me había ganado mi media hora de descanso tomándome una cerveza en la cantina azteca. King Kunta tampoco subió a la atracción para quedarse haciéndome compañía. Se lo agradecí, pero interiormente me jodió vivo, ya que entonces tendría que pasar un rato realmente a solas con él, con el monje tibetano, sin saber de qué hablar.

—¿Te lo estás pasando bien? —le pregunté para romper el hielo, sentados a una mesita a la sombra, con una cerveza yo y un Calippo él.

—¡Mucho! Me encantan los parques de atracciones.

—¿Sí? No te veo yo muy a tope...

—Lo estoy disfrutando mucho, papá. Supongo que me gusta más observar que expresar, pero eso no quita que esté pasando un gran día. Los parques de atracciones, especialmente los temáticos, son espacios extremadamente interesantes. Son decorados que celebran los estereotipos de una manera inocente, de tal manera que paseándote por las calles del Oeste o de China puedes sentir que estás viviendo una pequeña aventura. Aquí todo es mentira, pero es una mentira tan clara y transparente que pasa a ser más honesta que la propia realidad. Como las películas. Como cuando subimos al Dragon Khan, que sentimos que estamos en peligro pero a la vez sabemos que es imposible que nos pase nada. Estas experiencias, tomadas en dosis pequeñas, son una buena manera de sobrellevar la gris crueldad del mundo real.

—Ok...

Eché un trago. Una vez más, todo lo que contaba sonaba interesante, pero no se me ocurría qué añadir.

—Papá... No he subido a la caída libre para hacerte compañía, pero también porque tengo algo importante que decirte. —Aquí sí que me acojoné de verdad—. Soy consciente de que no soy como Alberto y Juan. De que no soy como los otros chicos. Y sé que eso a menudo puede hacer que tanto mamá como tú os sintáis un poco bloqueados sin saber muy bien cómo tratarme.

Tragué cerveza lentamente.

—No tenéis de qué preocuparos, simplemente quiero dejar claro que soy feliz y que estoy agradecido por la cómoda vida que me habéis dado. Sé que no soy bueno expresando mis sentimientos, es algo en lo que debo trabajar más.

Mierda, yo sí que no soy bueno expresando mis sentimientos, pensé.

—Tengo que darte una noticia importante: hace un tiempo apliqué para estudiar en la Universidad de Harvard, en Estados Unidos. Les envié muchos de mis ensayos y una propuesta

todavía por desarrollar de una nueva red social que creo que podría funcionar. Me han hecho algunas pruebas y exámenes, y me han aceptado. Así como el proyecto de red social, para el que han encontrado inversores interesados. Y el curso que viene me voy a ir a vivir ahí, a Boston. Este fin de semana lo he querido vivir como una especie de despedida.

—¿Qué me dices? ¿Y tu madre lo sabe?

—Sí, se lo conté hace un tiempo y me ha ayudado con todo el papeleo. A ti no te he dicho nada porque no quería preocuparte con todo lo que estás viviendo ahora mismo. No quería suponerte un problema más y prefería esperarme a contártelo a solas en un momento como este.

—Vaya, errr... gracias, supongo. —Me estaba mareando.

—En tu caso, papá, necesito subrayar que, a pesar de que no me interesa el fútbol, siento un profundo respeto por tu trabajo. Lo que tú haces es duro y complicado, y solo porque te pagan mucho dinero la gente ya asume que debes contentarlos en todo momento. Tu trabajo inspira a millones de personas, cada día asumes una enorme responsabilidad con todo lo que haces. Yo no soy de tomarme en serio el valor de las banderas o sentimientos por una nación, para mí significan lo mismo que el atrezo de este parque. Pero reconozco la presión que debe suponer cargar con el peso de los colores de este país. Es un país tan visceral, tan furioso consigo mismo, que necesita depositar toda su esperanza en este deporte al que tú te dedicas, por encima de la cultura, la política o hasta la economía.

—Joder, hijo... no lo había pensado así... qué... qué bonito, joder.

—Por eso quiero hacerte este regalo de despedida, como símbolo de cariño y para desearte lo mejor.

Metió la mano en su mochila para sacar una bolsa de plástico. Me la entregó y de ahí saqué tres camisetas oficiales de la Selección española, cada una con un nombre de mis hijos en la espalda.

—Me he tomado la libertad de hacer camisetas de Alberto y Juan porque sé que ellos están igual de orgullosos de ser tus hijos. Son camisetas para que recuerdes que nosotros, tus hijos, somos también jugadores de tu equipo. Y que, vaya bien o vaya mal, no te preocupes, porque, si lo piensas, España también puede ser un decorado, una zona temática de Port Aventura en la que parece que estás en peligro pero al final todo acaba bien.

Ya me jode, pero no pude más que echarme a llorar. De repente, sentí como si todo mi cuerpo no pesara nada, y temblando le di un abrazo a mi hijo.

Llorando con King Kunta en la cantina azteca.

Mi casa es la tuya

Me encuentro en el avión dirección a Moscú. Dentro de unas horas aterrizaré en el Aeropuerto Internacional Moscú-Domodédovo y podré dar por zanjada la terapia.

Según la doctora Angulo, la terapia nunca finaliza del todo, pero lo ocurrido ayer sin duda marca un punto y aparte. Ya no la volveré a ver como mínimo hasta que vuelva del Mundial.

Si todo va bien, nunca más.

Debo escribir sobre lo sucedido ayer para recomponerme. Para rematar. Y para reconstruir mi cerebro, roto en mil cachitos afilados a cada cual más puñetero.

Esto no es una confesión. Todo lo contrario, puesto que, según avanzo por el cielo a ochocientos kilómetros por hora, toda España lo está viendo en sus televisores, ordenadores, móviles e iPads. La cara más sucia de mi terapia, mi rotura mental, es ahora de dominio público.

Debo escribirlo para entenderlo.

Ayer.

Ayer vino Bertín Osborne a grabar su programa: *Mi casa es la tuya*. En este caso, era la mía.

Es el tipo de entrevista que me sienta como un tiro en la rodilla. De las de hablar de la vida. Íntima y larga de cojones. Pero según Marta Prieto es importante hacerla para que el público descubra mi «perfil más humano». Y después ya no habrá más.

La última y se acaba la campaña. La última y a jugar a fútbol, por fin.

Por suerte, Bertín me parece un tío de puta madre.

Días antes de la grabación, Prieto vino con un pequeño equipo de interioristas de El Corte Inglés para que redecoraran mi casa.

Me cambiaron el sofá, varias mesas, dos butacas, la campana de la cocina y hasta el dormitorio del piso de arriba, aunque no estuviese previsto grabar ahí. Cambiaron incluso el interior de mis armarios, por lo que pudiera pasar. Me pusieron una gran alfombra blanca, como de piel de oso polar. Me limpiaron el patio trasero y guardaron todas mis cosas en el garaje. Si me levantaba por la mañana y quería ponerme las pantuflas, tenía que bajar descalzo hasta ahí para encontrarlas.

Todo diseñado para mostrar al público cómo soy yo, mi lado más cotidiano, el auténtico Rafael Bravo.

A las nueve de la mañana llegó el equipo técnico de Bertín: cuatro operadores de cámara, dos electricistas, dos técnicos de sonido, un operador de dron (con su dron), una maquilladora, una publicista, un *community manager*? y una chica de Producción que hablaba sobre todo con Marta Prieto. Qué tipo de llegada íbamos a grabar, en qué habitaciones de la casa nos íbamos a mover y qué comida íbamos a cocinar. Según la orientación de las ventanas y la hora a la que íbamos a

grabar, lo mejor era empezar con la escena de la comida. Por lo visto, la luz más indicada para filmar en mi cocina es la de las diez de la mañana.

Un puñado de gente trabajando, montando estructuras, haciendo pruebas, tomando decisiones, mirando sus móviles y relojes... mientras yo esperaba solo, sentado en mi nuevo sofá de toda la vida.

Y al fin llegó Bertín, que vino directo a mí sin hablar casi con nadie más.

—¿Qué pasa, macho? Vamos a echar un ratejo bueno, ¿que no? —me dijo mientras me daba un abrazo enorme que me aplastó todo. Es un tipo grande.

Olía a madera de roble, mezclado con un aroma de café y licor. Su pelo plateado estaba engominado hacia atrás a conciencia y sus ojos eran de un gris brillante. Penetrante.

—Ya me han contado que vamos a empezar con la escena de la cocina. Esta suele ser la parte más cachonda del programa, ya verás —me explicaba.

—Antes nos sacamos de encima el bloque del encuentro —saltó la chica de Producción, que parecía estar hablando con Prieto a la vez que estaba pendiente de lo que decía Bertín.

—Coño, claro. Primero nos saludamos. Lo mismo que acabamos de hacer pero con las cámaras en marcha. —Se dirigía solo a mí a pesar de tener a un montón de gente alrededor pendientes de él—. Tenemos que fingir como si hiciese mucho tiempo que no nos vemos, ya sabes.

Eso hicimos, ya maquillados y después de un par de pruebas de sonido. Con el recibidor de mi casa lleno de cámaras, focos y marcas en el suelo para indicarnos dónde saludarnos, hacia dónde andar y dónde pararnos. Hacer lo que ellos llamaban una «segunda toma de contacto», en la que Bertín hace algún comentario sobre lo mucho que le gustaba la casa. Rompiendo el hielo.

Después de esto, nos grabaron cocinando; un «bloque» que en realidad iba después del «bloque sofá», pero que convenía más grabarlo primero. Teníamos que simular que era la hora de comer y llevábamos toda la mañana juntos.

En la cocina, Bertín insistía mucho en lo poco que sabe manejarse con la comida y se lo pasaba pipa con eso. A mí no me hacía tanta gracia, pero comparto su opinión: cocinar es imposible.

Nos grabaron intentando preparar una dorada, apretando botones en el horno y echándole sal de Nepal. Este era el bloque más distendido en el que yo simplemente tenía que seguirle la corriente. Luego cortaron y alguien de Producción trajo una dorada cocinada de verdad para grabar cómo nos la comíamos.

Se calculó que para cuando el episodio hubiese llegado a este punto ya habríamos hablado de toda mi vida y mi trayectoria, así que me preguntó más que nada cosas de la Selección y el Mundial. Lo mismo que he andado respondiendo todos estos días en esta especie de campaña electoral que me han montado. Sin dificultad.

A pesar de no ser ni las once de la mañana, nos bebimos un rioja que, a diferencia de la mayoría de las cosas que nos rodeaban, era de verdad. «Con esto no se bromea», comentaba Bertín.

Y entonces llegó lo importante, lo gordo, el «bloque sofá».

El cara a cara puro y duro. El Bertín psicólogo.

—Ahora vamos a conocer al auténtico Rafa —me dijo, esta vez sin cachondeo.

Los electricistas montaron los focos en el salón de mi casa, los cámaras cambiaron baterías y un tipo que no había visto antes se acercó a mí para hacerme firmar un contrato. «Soy de Legal. Esto es solo una cesión de derechos de imagen, lo estándar en cualquier programa de televisión.»

Nada que no supiera ya.

Firmé, Bertín se sentó a mi lado, y a partir del grito de «acción» todo lo recuerdo como una niebla difusa.

La buena gente de la productora me ha facilitado hoy un archivo de vídeo para que lo pueda ver en mi portátil aquí, en el avión. Quiero verlo con calma, escuchándolo con los auriculares y transcribiéndolo palabra por palabra. Quiero reconstruir este trauma para entenderlo. Para entenderme.

—Rafael Bravo.

—Ese soy yo, je, je.

—Tú te criaste en un orfanato de Extremadura, ¿no es así?

—Correcto. Yo era un bebé cuando mis padres murieron, los dos, en un trágico accidente de coche. Tristemente, yo era tan pequeño que no recuerdo nada de ellos.

—Bueno, así por lo menos no pasaste por el trauma de echarlos de menos, ¿no?

—Supongo que es una forma positiva de verlo, sí.

—¿Y no recuerdas nada, nada, nada de ellos?

—Nada, nada... ni siquiera una foto pude ver.

—¿Ni una foto, macho?

—Dio la casualidad de que en ese coche, además, llevaban el álbum con todas las fotos que teníamos juntos, y también ardió en el accidente.

—Hostia, qué lástima. Oye, y tú llegaste a Madrid con... ¿quince años? ¿Es así?

—Quince años, eso es. Y ya me puse a jugar con el Valdemorro FC.

—Sí... y por lo que hemos hablado con el club, nos cuentan que llegaste solo y que venías de... ¿de un orfanato que había ardido en un incendio?

—Eso es... sí...

—¿Otro incendio?

—Bueno, lo de mis padres fue un accidente de coche, no un incendio.

—Ya, pero has dicho que ardieron, ¿no? Perdona si estoy siendo insensible, no es mi intención.

—No... sí, murieron quemados, desgraciadamente.

—Es horrible. Todos esos fuegos que vas dejando detrás de ti... ¿No te da miedo que un día te pille un incendio a ti también?

—Hombre, pues toco madera, espero no verme nunca en una de esas, claro que no...

—Pero, vamos, qué casualidad, ¿no?

—Sí... a veces se dan estas coincidencias tan nefastas. Por suerte, en mi adolescencia tuve la

gran ayuda de Javier Gómez, que fue quien me fichó para el Valdemorro. Ahí me acogieron como a un hijo y me...

—Ya, bien, pero volvamos a lo de tus padres. ¿Nunca has imaginado cómo serían hoy en día si siguieran vivos?

—...

—Si pudiesen ver todo lo que has logrado tú en la vida... qué diría tu padre al verte jugar, ganar, entrenar a la Selección...

—Pero... ¿por qué iba yo a pensar en eso? Si ya te digo que no recuerdo nada de ellos. Es un tema del que no me gusta hablar demasiado si te soy sincero, Bertín.

—Por lo que tengo entendido, Rafael, estás viendo a la psicóloga de la Selección, ¿no es así?

—...

—La doctora Angulo.

—... ¿esto de qué va?

—Sabemos que llevas unas semanas yendo a terapia, desde que te hicieron seleccionador, y gran parte de esa terapia se basa en escribir un diario. Así me lo ha explicado ella, que ha venido hoy aquí también.

—Hola, Rafael.

Entre focos y cámaras, la doctora Angulo entró en escena. Se sentó al lado de Bertín, que seguía hablándome, pero yo ya no escuchaba nada.

En la pantalla veo su figura, tan recta y estilosa, perfectamente encuadrada e iluminada. La estaban esperando.

En este momento, recuerdo sentir el primer impulso de arrancarme el micrófono e irme, pero, coño, ¿irme dónde, si ya estaba en mi propia casa?

—Por lo que me ha contado la doctora, Rafael, en un punto de la terapia te pidió que escribieras sobre tus padres, ¿es así?

—¿Qué está pasando?

—Tú le recordaste que eres huérfano y que no los recuerdas, pero aun así escribiste sobre ellos. No sobre cómo te los imaginabas, no sobre qué sensaciones te provoca su ausencia, sino sobre ellos, sobre tu padre y tu madre, a quienes recuerdas perfectamente porque todas las historias que has contado públicamente son falsas, Rafael.

—Esto es una puta broma o qué. Dejad de grabar, se acabó la entrevista, fuera de mi casa.

Nadie del equipo era capaz de mirarme a los ojos.

—Rafael, relájate —intervino la doctora.

—Rafael, escúchame bien: sabemos que mientes y no pasa nada. —Bertín me hablaba completamente en serio—. Lo entendemos. Sabemos por lo que has tenido que pasar, hemos leído tu diario.

—PERO ¿QUÉ COJONES...?

—RAFAEL BRAVO. —Bertín se levantó indignado del sofá—. ¿ENTIENDES LO QUE SUPONE ESTAR

EN TERAPIA SIENDO EL SELECCIONADOR DE ESPAÑA? ¿ERES CONSCIENTE DE QUE EL PAÍS ENTERO DEPENDE DE LAS DECISIONES QUE TOME TU CABEZA?

El calor de los focos me estaba abrasando. Bertín se había vuelto loco gritándome, con esos ojos de toro inyectados en sangre.

La doctora Angulo también me miraba, muy seria, mientras yo miraba a Marta Prieto en busca de explicaciones, pero ella tenía la mirada perdida con símbolos de euro en lugar de pupilas.

La doctora Angulo se inclinó, cogiéndome de la mano. Hablándome como quien le habla a un niño asustado que acaba de descubrir que en lugar de ir a Disneylandia lo han llevado al dentista.

—Soy consciente de que habiendo leído tu diario personal he violado nuestro código de confianza, Rafael, pero tienes que ser consciente de que mi trabajo no es el de una terapeuta normal. Yo trabajo para la Selección española, y a grandes males hay que aplicar grandes remedios. No es solo tu salud mental lo que está en juego aquí, es un problema de escala nacional lo que estamos intentando solucionar. Esta es la última sesión que tendremos; mañana te vas a Rusia a defender nuestros colores, así que te pido que dejes tu ira y tus miedos a un lado y te dejes llevar por lo que ahora va a suceder.

—Rafael —intervino Bertín, casi como si lo hubiesen ensayado—, el equipo de documentación del programa ha viajado hasta tu pueblo natal, Dos Piedras...

No daba crédito. Me temía lo peor. Llevaba todo este tiempo siguiendo las normas estipuladas, sin salirme de la raya, yendo a donde me decían que fuera, diciendo las gilipolleces que querían que dijera... ¿Cómo era posible que se estuviese girando tanta mierda contra mí?

—Ahí encontraron a tu padre. Sigue vivo. Tu madre, lamentablemente murió hace dos años. Me estaba mareando.

—Al enterarse que habíamos ido hasta ahí por ti, costó bastante hablar con él. Pero finalmente accedió a cambio de tener un cara a cara contigo.

—Fuera de mi casa ahora mismo.

—Escúchame, Rafael, ya no te puedes permitir el lujo de tener secretos, de ocultarnos la verdad. Y lo que es peor, de ocultarte a ti mismo la verdad. Todo el país —señaló las cámaras— depende de la gestión que hagas de tu vida. Aquí y ahora. Escúchame bien: hemos traído a tu padre.

—¿QUÉ?

—Tienes la oportunidad de redimirte delante de toda una nación y marcharte limpio al Mundial.

En mi interior, la ansiedad chocó contra el mareo que me estaba provocando el olor a mueble nuevo y reaccioné vomitándolo todo sobre la alfombra del salón. Eché la dorada y el vino que nos íbamos a comer en la escena siguiente. Provoqué lo que en lenguaje televisivo se conoce como *un fallo de racord*.

Bertín ni se inmutó por el vómito y me agarró fuerte de la nuca.

—¡RAFAEL! ¡Tienes que echarle un par de huevos! ¡Mira! ¡Alza la cabeza, cobarde!

Tirándome del pelo, me levantó la cabeza. En el vídeo se me puede ver lloroso y babeando

bilis por la barbilla.

De entre las cámaras se abrió paso dando golpes un viejo roñoso, rezongando y blandiendo un bastón. Gritando, escupiendo en mi suelo. Mi padre.

—¡MARICÓN! —fue la primera palabra después de más de treinta años sin vernos—. ¡QUE SOLO SABES QUE MENTIR, MARICÓÓÓÓN!

Me pegó una hostia con el bastón en la barriga. Me doblegó, volviéndome a sentar en el sofá ya arruinado por las salpicaduras de vómito.

—¡He venido a luchar! ¡Me debes una lucha, traidor!

Estaba más gordo y más arrugado. Más gris. Y con ese olor a MIERDA tan característico de Dos Piedras. Era el único sin maquillar. Como si lo hubiesen cogido con pinzas y lo hubiesen traído hasta aquí sin pasarlo por una ducha o perfumarlo mínimamente. Sin ni siquiera peinarlo.

—¡LEVÁNTATE Y LUCHA, COBARDE! ¿No eres capaz de luchar ni contra un viejo lisiado?

Estaba paralizado. Miré a la doctora Angulo, que permanecía sentada ahí delante, con la espalda recta y las piernas cruzadas, analizándolo todo meticulosamente igual que estoy haciéndolo yo ahora a través del vídeo.

—Lucha, Rafael. Confronta tus miedos —me dijo en un tono amable pero asertivo.

—Rafael, levántate y lucha. —Bertín también estaba muy involucrado en la escena—. ¡POR ESPAÑA, JODER!

A unos metros tenía a Marta Prieto mirándome sonriente, animándome con gestos. Moviendo los puños simulando una lucha en el aire y enseñándome los pulgares en señal de aprobación.

Creo que nunca antes me había sentido tan acorralado. Ni el día que me escapé del pueblo.

Mi padre me miraba con esa mirada de desprecio que durante más de treinta años he estado intentando borrar de mi memoria.

—Me das pena. No tienes huevos *pa na*. —Y diciendo esto me escupió y se dio media vuelta para irse por donde había venido.

Ahora era él quien me daba la espalda y se escabullía entre el círculo de gente que nos rodeaba. A diferencia de mí, él no huía, simplemente se iba decepcionado.

—Este es el momento, Rafael —me dijo la doctora Angulo—. Te necesitamos. Hazlo por España... ¡Por tu madre!

No recuerdo absolutamente nada de este momento, y ahora puedo ver cómo fueron las cosas.

Como propulsado por un muelle, me levanté y fui a por el viejo. Lo agarré por la espalda y le di media vuelta para poderle ver los ojos al pegarle una buena hostia en medio de la cara.

—¡Eso es, Rafa! ¡Claro que sí! —me animó Bertín.

Mi padre se tambaleó, pero se mantuvo en pie. Me sonrió y me pegó un bastonazo en la oreja. Pero eso ya no me dolía, yo estaba fuera de mí. Le chuté el bastón, le pegué un puñetazo en la barriga y lo empujé sobre mi propio vómito.

Con mi padre tirado en el suelo, a todo el mundo le dio por animarme. En el vídeo se puede escuchar hasta a los técnicos gritándome «¡Dale duro, Bravo!», «¡Machácalo!», «¡Mata a este

cabrón!!» mientras a mí me dio por sentarme sobre su barriga y empezar a destrozarle la cara a puñetazos.

Mi cuerpo se movía solo, sin que yo tuviese que pensar nada.

Encajaba hostias una detrás de otra contra la cara vieja de mi asqueroso padre. Me iba raspando las manos, perdiendo piel de los nudillos contra su barba mal afeitada, mezclando su sangre con la mía.

En la grabación se puede ver cómo un charco de sangre se va extendiendo sobre el charco de vómito. Mezclando distintos tonos de rojo.

En el contraplano veo mi cara maquillada de psicópata. Le pegaba tan fuerte que me salpicaba. Y según su cara se iba desfigurando, yo sentía que una paz enorme me iba creciendo por dentro.

Sentía que borrándole la cara borraba todos mis temores. La vida se volvía más fácil a cada puñetazo.

Hasta que gradualmente fui recuperando la conciencia y me di cuenta de que ya estaba pegándole a un cadáver sin rostro. Ya no quedaba nada de mi padre, se había fundido por completo con el vómito.

Por fin, paré.

Me levanté y en ese momento todo el equipo empezó a aplaudirme. Bertín se me acercó y me dio un enérgico abrazo.

—Bravo, Rafael. Eres el hombre que necesitamos. Vamos a arrasar, cojones. ¡Ya somos campeones!

—Buen trabajo, Rafael —me dijo la doctora Angulo estrechándome la mano—. Ya estás listo para ir al Mundial.

Un sentimiento general de hermandad invadió el salón y todo el equipo empezó a abrazarse alrededor del cadáver de mi padre. Yo no entendía nada y no podía dejar de temblar.

—¡Nos ha quedao programón! —gritó Bertín, feliz.

Así terminó mi terapia. Mi último día en España antes de meterme en este avión que ahora ya está aterrizando. Me siento fuerte, un hombre nuevo.

Y sí, es cierto que en el proceso he matado a un hombre, y que todo está grabado en un programa que se acaba de emitir por televisión. Además de seleccionador, ahora también soy un fugado de la justicia. Es probable que al volver tenga que afrontar una pena de cárcel, pero cuento con los mejores abogados del mundo: los del fútbol español.

Me siento optimista. Me siento ganador. Y me doy cuenta, escribiéndolo, de que es verdad. De que por primera vez en toda mi vida digo esto con total sinceridad.

Ya puedo encender el móvil, que estalla en mensajes. Algunos de felicitación, otros de la policía. Uno de mi exmujer, que me dice que me quiere y me desea toda la suerte del mundo en el Mundial.

Recibo la llamada de Marta Prieto, que me explica que el programa ha sido líder de audiencia y la reacción en redes está siendo inmejorable. Por lo visto, el país entero está de mi parte, la

gente ya habla de mí como un campeón. Celebrities de todo tipo me mandan mensajes de apoyo. Incluso el presidente.

Marta me dice que está muy orgullosa.

—Hemos hecho un buen trabajo, Rafael. No sé qué trabajo exactamente, pero lo hemos hecho bien.

Ha hablado con los abogados y, dado lo excepcional de mi situación, están acordando que hasta que no termine el Mundial no voy a tener que ser juzgado.

—Y... se acabó lo que se daba, ya no eres *trending topic*.

—Anda, ¿y pues?

—El Cirque du Soleil ha hecho un musical sobre Messi, y resulta que el día del estreno coincide con su juicio por evasión de impuestos. Según las redes, parece que eso interesa más a la gente. Así que puedes relajarte.

—Gracias por todo, Prieto.

—Te deseo toda la suerte del mundo, Rafael.

Los presidentes hablan de Rafael Bravo

En una ocasión me aposté el pulgar de mi mano izquierda a que Bravo metería el gol ganador en los penaltis de una final de Champions. Una de esas situaciones de doble o nada. En ese momento yo era presidente, y si no hubiese sido por el enorme talento de Bravo, España hubiese tenido su primer presidente sin pulgar.

FELIPE GONZÁLEZ,
Presidente de España (1982 – 1996)

Si tuviese que escoger a un hombre para acompañarme en un trío de mayoría masculina, ese sería Rafael Bravo.

JOSÉ MARÍA AZNAR,
Presidente de España (1996 – 2004)

Con Rafael Bravo he saltado en paracaídas desde un avión, he derrotado dictadores africanos, salvado osos polares del deshielo, bailado bajo la luz de la luna... todo en mis sueños, claro. Pero no pierdo la esperanza de que algún día... Algún día.

JOSÉ LUIS RODRÍGUEZ ZAPATERO,
Presidente de España (2004 – 2011)

Rafael Bravo es un gran ejemplo de lo que en mi opinión tiene que ser un español ejemplar.

MARIANO RAJOY,
Presidente de España (2011 – 2018)

Yo veo a Rafael Bravo como un faro. El faro que nos guía en la oscuridad. El faro que guía a España. Nuestro faro: Bravo. Estoy moviendo hilos para cambiarle legalmente el apellido por FRAVRO.

PEDRO SÁNCHEZ,
actual Presidente de España

Agradecimientos

A Vanessa por darme siempre los mejores consejos.

A Esteban Navarro, Carles Gras, Marc Morueco y Enrique Barro por recorrerse España conmigo.

A Roberto Álvarez, Ramón Besa y Javi García por ayudarme a entender un poco de fútbol.

A mis editores Sergi Siendones, Marcel Ventura y María Sobrino por ponerme incómodo.

A Mateo por los caiguitos y los bertines.

A Miguel Noguera y Alice Incontrada por animarme a escribir desde siempre.

A mis padres por la paciencia.

Y a Will Ferrell para servirme como modelo mental para crear a Bravo.

Xavi Daura

Es humorista. Miembro del dúo Venga Monjas junto a Esteban Navarro, lleva más de diez años colaborando en distintos proyectos televisivos como *Museo Coconut*, *APM?* o *Comedy Central News*. Miguel Noguera, Nacho Vigalondo y Ernesto Sevilla son algunos de sus padrinos y colaboradores habituales. Actualmente recorre teatros a lo largo de toda España para representar *Da Suisa*, una versión surrealista de *Los Simpson*. *Bravo* es su primera novela.

Notas

1. Nota legal: es posible que el relato tenga componentes exagerados o directamente falsos, justificados en favor de la finalidad publicitaria de este.

Bravo
Xavi Daura

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Diseño de la cubierta: Vávava

© Xavier Daura, 2019
Corrección de estilo a cargo de Rosa Iglesias Madrigal

© Editorial Planeta, S. A., 2019
temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2019

ISBN: 978-84-9998-771-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NARRATIVA CONTEMPORÁNEA



¡Síguenos en redes sociales!



XAVI DAURA



Una novela muy española.